



2017

St. Paul's
Cuentos
Contes
Short stories



➤ ➤ **Premio Literario Internacional**
Premi Literari Internacional
International Literary Prize



19ª EDICIÓN 19a EDICIÓ 19th EDITION



2017

St. Paul's
Cuentos
Contes
Short stories



➤ ➤ **Premio Literario Internacional** Premi Literari Internacional International Literary Prize

Patrocinador



Colaborador



19ª EDICIÓN 19a EDICIÓ 19th EDITION





2017

St. Paul's

Cuentos
Contes
Short stories

PRESENTACIÓN

Con esta decimonovena Edición del Premio Literario Internacional St Paul's quisiéramos reafirmar nuestra vocación de ayudar a desarrollar el talento de nuestros jóvenes.

En un mundo tan cambiante y variable como el actual, los cuentos de todos (participantes, finalistas y ganadores) nos brindan la oportunidad de descubrir cómo las noveles generaciones abren nuevas ventanas al mundo -tantas como participantes hemos tenido a lo largo de estos casi veinte años de vida- y la de ser testigos de las distintas perspectivas con que los jóvenes y adolescentes se enfrentan al mundo, a sus vidas, a sus propias historias.

**Una vez más,
felicitaciones a todos,
Enhorabona a tots els finalistes i guanyadors!
Congratulations!!**

Patricia Carranza
Directora
St Paul's School





>> Por amor a la palabra

Prólogo
Pròleg
Prologue

Lo más importante que me ha pasado en la vida ha sido aprender a leer y escuchar. Gracias a ello, y desde la infancia, las palabras me han educado en el conocimiento, me han llevado de viaje a los lugares más remotos del planeta, me han ofrecido la oportunidad de vivir las aventuras más apasionantes y me han ayudado a disfrutar de mi gran afición por la naturaleza.

Esa afición me llevó a vivir una infancia de plenitud en el campo: descubriendo el entorno, siguiendo el vuelo de las aves y aprendiendo a reconocerlas por su canto. Leyendo las huellas de los animales y estudiando su biología y su comportamiento. Mi mayor afán era tomar nota de todo lo que me rodeaba, que gracias a las palabras quedaba convenientemente almacenado en mis cuadernos de campo.

Pero junto a la afición por descubrir estaba mi pasión por conocer. Algo a lo que accedí gracias a los libros de naturaleza. Los manuales de excursionismo, las guías de campo y los tratados de cada una de las ciencias naturales eran mi segundo lugar favorito después del campo, al que acudía para contrastar lo observado. Y luego estaban los relatos de los grandes exploradores y naturalistas de todos los tiempos: desde Kipling hasta Heyerdhal; desde Darwin hasta Thoreau. Todas esas

lecturas me cautivaron profundamente e hicieron que cayera para siempre en el hechizo de las palabras. Las palabras dichas, leídas, escritas o cantadas, son uno de los principales patrimonios de la humanidad. Mi buen amigo Eudald Carbonell, catedrático de Prehistoria de la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona y codirector del yacimiento arqueológico de Atapuerca, uno de los más importantes del mundo para el estudio de la evolución humana, explica que las dos principales herramientas que nos han hecho humanos han sido la técnica y la cultura.

Descubrir y contar: esa ha sido la clave de nuestra evolución. Una evolución que dio un salto en el tiempo cuando aprendimos a usar las palabras. Por eso debemos guardarles la consideración que merecen y utilizarlas con el adecuado respeto. Pero más allá de ser el instrumento básico para la comunicación y de facilitarnos el acceso al conocimiento, hay algo más de especial valor en ellas: la belleza.

Además de ayudarnos a adquirir y transmitir cultura, lo que probablemente sea una de las tareas más nobles del ser humano, el lenguaje de las palabras puede cautivarnos también por su belleza. Porque trenzadas con el arte las palabras se convierten en literatura.

2017

St. Paul's
Cuentos
Contes
Short stories



Prólogo
Pròleg
Prologue

José Luis Gallego

Hace un tiempo tuve la fortuna de conocer y convivir durante un tiempo con una de nuestras escritoras más célebres para la realización de un documental sobre su vida: la gran novelista Ana María Matute. Fallecida hace tres años, en el verano de 2014, Ana María fue miembro de la Real Academia Española y recibió los premios más importantes de las letras castellanas, entre ellos el Premio Cervantes de 2010. Cuando le expliqué que ella había influido en mi afición a la lectura me dijo que todo está en la magia de las palabras: "La palabra es lo más bello que se ha creado, es lo más importante de todo lo que tenemos los seres humanos. La palabra es lo que nos salva".

Y así es. Las palabras nos permiten expresar y compartir toda clase de emociones y pensamientos. Convertidas en literatura nos ofrecen la posibilidad de conocer otros mundos, otros puntos de vista, otras formas de contar y otras maneras de vivir. Nos hacen retroceder a épocas remotas o nos propulsan hacia futuros imaginarios. Y todo ello desde las confortables páginas de un libro. Por eso resulta tan esperanzador comprobar que hay tantos jóvenes que siguen cayendo en el hechizo del lenguaje y se atreven a ejercitarse en este noble arte de las palabras que es la creación literaria.

El elevado nivel creativo y la admirable calidad artística de las obras que han resultado finalistas en esta nueva

edición del Premio Literario Internacional St. Paul's, vienen a demostrar que las palabras siguen ejerciendo un gran poder de atracción en las nuevas generaciones de alumnos. Algo que resulta especialmente emocionante para todos los que amamos la cultura en general y la literatura en particular.

Los centenares de autores que han presentado sus relatos a este concurso, procedentes de los países más lejanos, son el mejor testimonio de que el arte de contar, ese oficio que practicó con tan notable maestría mi querida y añorada Ana María Matute, sigue despertando interés entre los jóvenes.

Wittgenstein dijo que "solo podemos decir aquello que el lenguaje nos deja expresar" y las obras que siguen a continuación dicen mucho, por lo que me atrevo a aventurar que el lenguaje, las palabras y la literatura tienen un brillante futuro por delante, porque las mejores obras literarias están por escribir, por lo que animo a todos los jóvenes a ello.



2017

St. Paul's

Cuentos Contes Short stories

> > Ganadores 19ª Edición

Lengua Castellana

Categoría 1 - Un día en mi mundo. Gabriela Romero Gómez
(St. Paul's School, Barcelona - España)

Categoría 2 - La llamada. Núria Romero Fernández
(Escola Valldemia, Mataró - España)

Categoría 3 - Interiores. Adrià Ibáñez Pelegrí
(IES Samuel Gili i Gaya, Lleida - España)

Llengua Catalana

Categoria 1 - Premi Desert

Categoria 2 - Els ulls que no veuen. Maria Canals Gonzalez
(Escola Jardí, Granollers - Espanya)

Categoria 3 - Insòlit regal de Nadal. Aina Casal Pelegrí
(Escola Roig Tesalia, Barcelona - Espanya)

English Language

1st Category - Worry dolls. Sasha Foubister
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)

2nd Category - What am I?. Andrea Pérez Pujol
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)

3rd Category - Murphy's law. Khushi Kohli
(Macleans College, Auckland - New Zeland)

05



19ª EDICIÓN 19a EDICIÓ 19th EDITION



Ganadores y Finalistas - 19ª Edición

Primera Categoría

Un día en mi mundo. Gabriela Romero Gómez
(St. Paul's School, Barcelona - España) - Ganador

¿Por qué el gallo canta por la mañana?. Evelyn Tetrushvili
(St. Paul's School, Barcelona - España)

El capitán perro. Piero Sosa Cruz
(Consortio Educativo Ingeniería, Perú)

La cebra sin rayas. Valentina Pérez Barbonetti
(St. Paul's School, Barcelona - España)

Lo más importante. Simón Suken Rosenberg
(Beth Thames, Bs.As-Argentina - España)

Segunda Categoría

La llamada. Núria Romero Fernández
(Escola Valldemia, Mataró - España) - Ganador

Cuatro elementos, tres esfuerzos. Álvaro Viscarri Pardo
(St. Paul's School, Barcelona - España)

El hallazgo. María Elena Regueiro García
(Escuela Fernando Wirtz Suárez, A Coruña - España)

Besos con sabor a nostalgia. Blanca Valero Morales
(St. Paul's School, Barcelona - España)

Las aventuras de Felipe. Amaia Zufía Azaola
(Colegio Vizcaya, Zamudio - España)

Tercera Categoría

Interiores. Adrià Ibáñez Pelegrí
(IES Samuel Gili i Gaya, Lleida - España) - Ganador

El gato que vivía bajo la luna. Marie Louisa Wunderli Loaiza
(Liceo Cartago, Cartago Valle del Cauca - Colombia)

La voz del miedo. Patricia Lorenzo Navarro
(Escola Pare Manyanet, Barcelona - España)

El silencio. Elisa Caballero Testón
(San José del Parque, Madrid - España)

Fantasmas al ocaso. Jorge Valdés-Hevia Le Lanchon
(Escuela San Ignacio, Ponferrada - España)

Castellano

Ganadora y Finalistas - 19ª Edición Primera Categoría

Un día en mi mundo. Gabriela Romero Gómez
(St. Paul's School, Barcelona - España) - Ganador

¿Por qué el gallo canta por la mañana?. Evelyn Tetrushvili
(St. Paul's School, Barcelona - España)

El capitán perro. Piero Emanuel Sosa Cruz
(Consortio Educativo Ingeniería, Perú)

La cebra sin rayas. Valentina Pérez Barbonetti
(St. Paul's School, Barcelona - España)

Lo más importante. Simón Suken Rosenberg
(Beth Thames, BsAs-Argentina - España)



Me levanté con el canto de una sardina avariciosa que estaba como una loca contando todas sus gominolas de cereza.

Mi casa olía a bollos recién horneados acompañados de mermelada de ojos de salamandra y pensé... ¡mmmm el día empieza estupendamente!.

Después de ponerme el pijama fui a la pastelería a comprarme un reloj, me atendió un bebé con bigote y sombrero mexicano que hablaba un japonés impecable, me enseñó varios modelos pero el que más me gustó fue uno con diez agujas para marcar la hora del té de las 10.

Al salir, me encontré con doña Mariposa intentando cazar al señor Abejorro para enmarcarlo en la pared de su salón, cosa que me pareció un tanto extraña, pero ¿quién soy yo para juzgar las rarezas de los demás?.

Seguí caminando con entusiasmo cuando observé a un conejo azul con rayas negras que llevaba unas gafas de porcelana preciosas e intentaba coger la nuez donde vivía una pequeña ardilla que comía zanahorias.

Después del paseo, volví a casa con mucha hambre y me preparé una pizza con guacamole y nutella. Ya estaba acabando cuando tuve que salir pitando hacia mi habitación para poner orden puesto que mis peluches estaban armando un jaleo de migraña. Mi osito Tontorrón había montado una fiesta con los más cañeros del lugar, estaban doña Rosa, la muñeca, don Juan, el mazapán y por supuesto la rana charlatana.

Después de un baño de espuma y leche de dragón me puse mi esmoquin blanco y negro, cené y antes de irme a dormir desordené como siempre mi casa y mi jardín.



Al principio de los tiempos, vivían en el cielo tres hermanos que se querían mucho: el brillante y cálido sol, la pálida Luna y un gallo charlatán que se pasaba el día canturreando.

Los tres hermanos se llevaban muy bien y solían repartirse las tareas de la casa. Cada mañana, era el Sol quien tenía la misión más importante a realizar: abandonar el hogar familiar para empezar el día y calentar la tierra. Era muy consciente de que sin su trabajo no existiría la vida en el planeta. Mientras tanto, la Luna y el gallo hacían las labores domésticas como recoger la cocina, regar las plantas, cuidar el ganado o vigilar sus tierras.

Una tarde, casi de noche, la Luna le dijo al gallo:

– Hermanito, ya casi es de noche. El Sol está a punto de regresar del trabajo y quiero que la cena esté perfecta y a tiempo. Mientras termino de hacerla, ocúpate de llevar las vacas al establo ¡Quiero que duerman calentitas!

El gallo, que acababa de tumbarse en el sofá, respondió de mala gana:

– ¡Huy no! ¡Qué dices! He hecho toda la colada y he planchado una montaña de ropa más alta que el Everest y más larga que el río Nilo ¡Estoy agotado y quiero descansar!

La Luna se enfadó muchísimo. Se acercó a él, lo miró a los ojos y, muy seria, le advirtió:

– ¡El Sol y yo trabajamos sin parar y jamás dejamos de lado nuestras obligaciones! ¡Ahora mismo vas a salir a llevar las vacas al establo como te he ordenado!

Ni la mirada maligna de la Luna consiguió convencerle, al contrario, el gallo se reafirmó en su decisión:

– ¡No, no y no! No me apetece, así que no lo voy a hacer.

La Luna, perdiendo los nervios, le gritó:

– ¿Ah, sí? ¡Pues tú te lo has ganado! ¡Aquí no hay sitio para los vagos! ¡Fuera de aquí para siempre!

Indignada, lo sujetó con fuerza, echó el brazo hacia atrás y con un movimiento firme lo lanzó al espacio exterior dando vueltas rumbo a la Tierra.

Al cabo de un rato, el Sol regresó a casa y se encontró con su hermana la Luna que venía del establo.

– ¡Hola, hermanita!

– ¡Hola! ¿Qué tal te ha ido el día?

– Muy bien, sin novedades. Por cierto, no veo por aquí a nuestro hermanito el gallo.

La Luna enrojeció de rabia y levantando la voz, le dijo:

– ¡No está porque acabo de echarle de casa! ¡Es un egoísta! Le tocaba hacer las tareas del establo y se negó ¡Menudo caradura!

– ¿Qué me estás contando? ¿Estás loca? ¿Cómo has podido hacer algo así?... ¡Es tu hermano!

– ¡Ni hermano ni nada! ¡Me enfadó mucho ! ¡Solo piensa en sí mismo y se merecía un buen castigo!

Al Sol casi le da un patatús al terminar de escuchar lo que le dijo la Luna y se enfadó con ella.

– ¡Lo que acabas de hacer es imperdonable! A partir de ahora, no quiero saber nada más de ti. Yo trabajaré durante el día como siempre y tú saldrás a trabajar por la noche. Cada uno irá por su lado y así no volveremos a vernos nunca más .

– ¡Pero eso no es justo!

– ¡No hay nada más que hablar! Le rogaré a Gallo que me despierte cada mañana desde la Tierra con su canto para poder seguir estando en contacto con él y además le pediré que se oculte en un gallinero por las noches para que no tenga que verte a ti cuando salgas.

Desde ese momento, el Sol y la Luna empezaron a trabajar por turnos. El Sol salía muy temprano y cuando regresaba al hogar, la Luna ya no estaba porque se había ido con las estrellas a iluminar a la oscura noche. Al terminar su tarea, antes del amanecer, volvía a casa, pero el madrugador Sol ya se había ido. Jamás volvieron a encontrarse ni a cruzar una sola palabra.

El gallo, cómo no, recibió el mensaje del Sol y se comprometió a despertarle cada mañana con su clásico quiquiriquí. A partir de entonces, se convirtió en el animal encargado de dar la bienvenida al nuevo día. Se acostumbró muy bien a vivir en una granja y a esconderse en el gallinero nada más ver la blanca luz de la Luna aparecer entre la oscuridad.



Hace mucho tiempo, en las oscuras y profundas aguas del mar Mediterráneo existía un gran número de piratas fuertes y audaces que pugnaban por conseguir mapas o alguna pista que los condujera a los tesoros más valiosos y recónditos existentes allí, en las profundidades de tan rico océano. La historia que voy a contarles es la del capitán Perro Tuerto, el más temido y respetado de toda la historia marítima. Su barco se llamaba El Invencible y era tan grande que dentro se podrían haber construido dos piscinas enormes, un campo de fútbol y hasta un palacio.

Pero dentro de su barco no había nada de eso porque estaba completamente lleno de tesoros. El Invencible era tripulado por cien grumetes que remaban día y noche sin parar, siguiendo los mapas en busca de los cofres, pero a pesar de tener tantos tesoros sus piratas no tenían casi nada.

Perro Tuerto era malo y egoísta, se quedaba todos los tesoros y a sus piratas solo les daba una moneda de oro de cada hallazgo. Él tenía de todo, eso sí; tenía tantas joyas como para llenarse la cabeza con ellas y contaba con tanta comida como para llenarse el estómago hasta casi explotar.

Un día llegó a los oídos de tan mezquino capitán la existencia de un nuevo tesoro, éste no era cualquier tesoro, era un tesoro encantado, es decir, que tenía un hechizo y solo se podría abrir si se superaba una prueba que venía escrita en la pata del cofre.

Entonces Perro Tuerto enrumbó su barco en busca de tan ansiado tesoro y así le decía a su tripulación:

- ¡Rumbo al Sur, treinta ganados a babor! ¡Rápido!

Entonces, sus grumetes empezaron a remar con todas sus fuerzas, pero el tesoro se encontraba en la isla Piraña, que estaba muy lejos del barco. Había que cruzar casi medio mundo para llegar hasta allí y claro Uds. se acordarán de cuántas monedas les daba el capitán a cada uno de sus grumetes por cada tesoro encontrado ¿Eran tres?, ¿dos? ¡No! era una sola moneda. La isla Piraña estaba tan lejos que con una moneda los piratas no tenían suficiente dinero como para comer. De repente, toda la tripulación se armó de valor y decidió ir a ver a su capitán y hablar con él sobre lo que ocurría:

— Capitán, por favor, danos alguna moneda más para que podamos comprar una hamburguesa en el puerto más cercano, le dijeron.

— Ni hablar, dijo el capitán. — Hay suficientes ratas en las bodegas, podéis comeros algunas.

— ¡Ahh!, eh... pero capitán Ud. tiene muchísimas monedas, no le va a alcanzar el tiempo para gastarlas todas, ¿por qué no comparte algunas con nosotros?

— ¡Ni hablar! — Hay suficientes ratas en las bodegas, podéis comeros algunas.

Así fue como los grumetes de Perro Tuerto se hartaron del egoísmo y tacañería del capitán de modo que cuando llegaron a la isla "Piraña" hicieron sus maletas y se quedaron en la playa recogiendo troncos y palos para construir botes que les permitieran partir en busca de nuevos barcos en los que pudieran vivir sin tener que depender de él.

Perro Tuerto había llegado a la isla Piraña. El capitán no lo podía creer, se encontraba en la isla indicada y estaba él solo para buscar el tesoro, ya no le tendría que dar ni siquiera una moneda a nadie. Con una sonrisa en el rostro, empezó a seguir el mapa:

— A ver, seguimos el río y aquí giramos a la derecha- decía.

Y así llegó hasta la cueva del tesoro. Todo estaba muy oscuro, el camino casi no se veía y en su interior todo estaba silencio-

so, solo unos murciélagos pasaron por encima de la cabeza de Perro Tuerto, pero él no se asustó porque era muy valiente, eso sí. De pronto, consiguió llegar hasta donde estaba el cofre del tesoro. Perro Tuerto estaba contentísimo. Tenía el cofre, ahora solo tenía que superar la prueba, pero qué sorpresa se llevó cuando leyó la inscripción de la tapa: "Para poder abrir el cofre deberá estar toda la tripulación junta, al menos cien piratas, y repetir las palabras del hechizo".

Perro Tuerto no podría conseguir abrir el cofre solo. Necesitaba la ayuda de sus grumetes, así que salió corriendo a la playa y se los encontró casi a punto de partir:

— ¡Chicos, no os vayáis! ¡os necesito para poder abrir el cofre!

— ¡Ni hablar! - Le respondieron sus grumetes. — No queremos ayudarte a encontrar un tesoro para que luego tú comas hamburguesa, helados y macarrones mientras nosotros comemos... ratas y solo recibimos una moneda. — De ninguna manera aceptaremos.

— Tenéis razón, chicos, he sido muy egoísta, para qué quiero un tesoro si no puedo compartirlo con mis amigos.

Los piratas por primera vez en mucho tiempo vieron bondad en las palabras de su capitán y decidieron acompañar a Perro Tuerto ya que, por fin, había entendido que sin ellos estaba perdido. ¿Y saben qué más había perdido? Su orgullo, había tenido que pedir ayuda a sus grumetes ya que, de lo contrario, jamás podría haber abierto el tan ansiado cofre. El capi-

tán comprendió que los amigos son lo más importante del mundo y que hay que compartir todo lo que tenemos, sobre todo cuando tenemos en abundancia.

Así que todos juntos se colocaron alrededor del cofre y repitieron las palabras mágicas. Las tenéis que repetir conmigo:

— “Un banana yija, hici mimi house, uoh petite dance”- y de repente... ¡El cofre se abrió! ¡Estaba lleno de tesoros, joyas, dinero y cosas deliciosas!

Todos se quedaron pasmados al ver cuántas maravillas admiraban. Era el botín más generoso que habían encontrado y por fin disfrutarían de él equitativamente. Fue así como aquella noche todos los piratas celebraron el hallazgo con una gran fiesta en la cubierta del barco junto con su capitán y a la luz de las estrellas.

Desde entonces el capitán Perro Tuerto compartió todo cuanto había obtenido con sus grumetes y prometió nunca más ser tan mezquino con ellos.



Un día lluvioso en la sabana nació una pequeña cebra cuyo nombre era Blanquita.

Sus padres, desgraciadamente, murieron en una fuerte tormenta y ella se crió sola hasta que a los 5 años fue acogida por una familia de rinocerontes. Cuando cumplió los 8 años empezó a preguntarse dónde estarían sus padres ya que nunca los había conocido. Fue a beber agua al río y con el reflejo se dio cuenta de que no tenía rayas, se puso muy nerviosa y empezó a respirar como si no tuviera aire. Al final pensó en encontrar a sus amigos para ir a buscar sus rayas pero no tenía amigos así que fue primero en busca de amigos...

Cuando llegó al bosque, pasó una liebre a la velocidad de la luz y Blanquita fue tras ella hasta que al final la encontró. Le preguntó si quería ser su amiga y ella dijo:

- ¡Claro que seré tu amiga!!! ¿Cómo te llamas?
- Blanquita ¿y tú?
- Orejitas.

Entonces Blanquita le explicó que necesitaba ir a buscar sus rayas y Orejitas le dijo:

- Sin las rayas te pareces más a un caballo que a una cebra.
- ¡Pero qué dices! -gritó Blanquita
- Vale, vale, solo era un comentario. Perdona.

Y siguieron en la busca de las rayas de Blanquita...

De repente, Blanquita dio un salto de cincuenta metros y fue corriendo hacia el árbol y Orejitas gritó:

- ¿A dónde vas?
- Creo que he encontrado mis rayas.
- No, eso son sombras.
- ¡Jajajaja!- empezaron a reírse las dos.

Se estaba haciendo oscuro y no tenía dónde ir pero de repente Orejitas se cayó.

-¿Estás bien?- preguntó Blanquita.

Y Orejitas no le contestó.

- Me duele mucho, ¡mira! ¡Ahí hay una cueva! ¿Podrías llevarme?- preguntó Orejitas

- ¡Claro!

Y Blanquita la llevó hasta la cueva y se fueron a dormir.

Al día siguiente pasó un elefante muy grandote y le dijo:

- Oye, tú te pareces mucho a un caballo ¿eres un caballo?

-¡Que no soy un caballo!

- Vale, vale, tranquila. –Dijo el elefante.

Después pasó una jirafa y le formuló la misma pregunta:

- ¿Eres un caballo?

- ¡Que no soy un caballo! ¡Soy una cebra sin rayas!

- Vale, vale, tranquila. – Respondió la jirafa.

Y Orejitas le preguntó:

- Oye, ¿estás segura de que eres una cebra?

- Sí, supongo. – Respondió.

- ¿Alguna vez viste a tus padres?

- Sí, bueno... no.

- Entonces, no sabes qué animal eres.

- Pues supongo que no.

-¡Entonces debes de ser un caballo!

- ¿Soy un caballo? Y... ¿tú crees que tendré hermanos?

- Vamos a averiguarlo- dijo Orejitas.

Así que Blanquita y Orejitas fueron a buscar a sus supuestos hermanos, recorrieron campos y montañas hasta que dieron con una manada de caballos. Vieron allí que había dos caballos jóvenes y blancos como Blanquita. Blanquita y Orejitas salieron corriendo hacia ellos y cuando se miraron y comprobaron su parecido, supieron que eran hermanos.

Y desde entonces vivió feliz con todos los animales de su alrededor.



Todavía era de noche cuando me desperté. Gritos, muchos gritos venían de todos lados. Mamá y Estrella gritaban. Alegría gritaba. El Rengo gritaba. Pulguitas ladraba como si le estuvieran frotando carne cruda en la nariz. ¿Estarían peleando por algo?

Me senté en la cama y corrí la cortina: la columna de la autopista y, más arriba, el cielo gris con manchas claras que flotaban por el viento. Me reí porque parecían las calzas animal print de mamá. Pero, ¿y si eran manchas de humo? Me asusté. ¿Se estaría incendiando algo, alguna fábrica, alguna casa de por acá?

¡Mamá! ¡Ale! ¿Qué pasa que gritan?, grité y corrí a la habitación de mamá, que estaba vacía. La ventana de su pieza estaba abierta, las cortinas bailaban una música tropical. Salí al balcón. Pegué la cara a las rejas para ver si veía a alguien, cuando algo duro me golpeó en la cabeza. ¡Aia!, grité, me duele, mamá, me duele, pero nadie me respondió. ¿Por qué nadie me respondía?

En la habitación de Estrella tampoco encontré a nadie. Su ventana también estaba abierta. Corría más viento que en lo de

mamá, y los gritos se escuchaban fuertes, cercanos. Me asomé a las rejas de su balcón, seguro que desde ahí podría verlos a todos, cuando algo duro volvió a golpearme fuerte en la cabeza. ¡Aia, mamá! ¡Me duele!, grité. ¿Qué me estaban tirando?

Corrí a la cocina, al comedor, al lavadero, pero en esos lugares tampoco encontré a nadie. Ni siquiera a Pulguitas mordiendo algún almohadón. ¡Mamá! ¡Ale! ¿Por qué gritan?, grité y abrí la puerta de casa. ¡Mamá! ¡Ale!, seguía gritando mientras bajaba las escaleras hasta la puerta de calle. ¿Se habían ido sin mí? ¿Y por qué? ¿Por qué se habían ido sin mí?

Abrí la puerta y me asomé a la calle. Nada ni nadie. Ni siquiera un sapo aplastado por las ruedas de una camioneta. Sólo frío y viento que soplaba y silbaba. ¡Mamá! ¡Ale! Me puse a llorar. Cerré la puerta y pensé en subir a casa. En algún momento tenían que volver. No me iban a dejar acá solo para siempre. ¿Y si se habían ido para siempre?

Lloré un rato más, aunque el Rengo dice que llorar no sirve de nada, que llorar es de cobarde. Y en un momento pensé: yo no soy ningún cobarde, y volví a abrir la puerta y salí. Miraba a los lados cuando algo duro me golpeó otra vez en la cabeza.

¡Mamá! Aia, ¡Mamaaaaá! Me senté en el piso y otra vez me puse a llorar. ¿Por qué se habían ido sin mí? ¿Ya no me querían? ¿Nadie me quería?

Lloraba como un cobarde cuando apareció mamá, no sé de dónde. Con una mano ayudó a levantarme, con la otra sostenía un balde de plástico. ¿Qué quería hacer con eso, juntar lluvia para apagar el fuego? ¿Y qué fuego? ¿Dónde estaba el incendio?

Abracé a mamá porque estaba feliz de verla. Pero ella me apuró para que la siguiera hasta la esquina. Mientras caminábamos, vi que su balde no tenía agua, aunque tampoco estaba vacío. Tenía cosas de colores que por momentos brillaban. ¿Qué serían esas cosas de colores?

Al llegar a la esquina, solté a mamá y caminé hasta donde estaban Estrella y Alegría, que muy quietas miraban el cielo. Ellas también tenían baldes en sus manos, aunque tampoco tenían agua. Pulguitas movía la cola como cuando le damos carne con arroz. Me alejé un poco más hasta donde estaba el Rengo. Y cuando bajé la cabeza para mirar adentro de su balde, algo duro volvió a golpearme. Grité. Grité tan fuerte que los demás dejaron de mirar al cielo para mirarme. ¿Por qué me miraban así?

Mamá, en lugar de abrazarme o ir a buscar hielo para ponerme en la cabeza, vino corriendo a levantar lo que me había golpeado. Sin decir nada, ni pobrecito, ni estás bien, lo guardó

rápido en el balde, y después volvió a mirar hacia arriba. Me duele, me duele mucho, dije y me senté en el piso agarrándome la cabeza. Pero ella, nada. Seguía concentrada en el cielo. ¿Qué había en el cielo? ¿Y por qué todos lo miraban así? ¿Se habían vuelto locos?

¿Qué hacen?, pregunté pero nadie me respondió. ¿Se volvieron locos?, dije y empezó a llover. Una lluvia dura y de colores. Papeles opacos y metalizados. Tardé un rato en darme cuenta de que eran golosinas. ¿De verdad llovían golosinas? ¿Estaba despierto o en medio de un sueño? Tenía que estar en un sueño. ¿En qué planeta llovían golosinas de esa forma? Si no estábamos en la Tierra, ¿en dónde estábamos?

Con los baldes llenos volvimos a casa. Estrella y Alegría decían cosas sobre el universo y la buena suerte. Mamá y el Rengo hablaban de los pobrecitos que se habían estrellado y de cómo seguro habrían visto la Vía Láctea. Pero a mí eso de los planetas y las galaxias no me importaba. Tampoco me importaban ni los accidentes, ni el fuego, ni los camiones volcados, ni mi dolor de cabeza, ni nada. Porque, ¿qué podía importarme si estábamos en Argentina o en Marte, despiertos o durmiendo, si estábamos todos juntos y teníamos millones de golosinas?



Castellano

> > Ganadora y Finalistas - 19ª Edición Segunda Categoría

La llamada. Núria Romero Fernández

(Escola Valldemia, Mataró - España) - Ganadora

Cuatro elementos, tres esfuerzos. Álvaro Viscarri Pardo

(St. Paul's School, Barcelona - España)

El hallazgo. María Elena Regueiro García

(Escuela Fernando Wirtz Suárez, A Coruña - España)

Besos con sabor a nostalgia. Blanca Valero Morales

(St. Paul's School, Barcelona - España)

Las aventuras de Felipe. Amaia Zufía Azaola

(Colegio Vizcaya, Zamudio - España)



El cielo era de un tono gris que me recordaba mucho a mi estado moral y ayudaba a mis pensamientos a meterse en mi cabeza como esas moscas molestosas que nunca deciden marcharse. Intentando huir de la negatividad que solía acompañarme, salí a correr. Eran las seis de la mañana y en la calle no había nadie más que yo y la voz de mi cabeza, tan precavida como siempre.

-Si sigues corriendo durante diez minutos más llegarás tarde al trabajo.

Mi trabajo era el peor trabajo del mundo. Sí, yo era uno de esos que todo el mundo odia: un operador de una compañía telefónica. Mi trabajo consistía en no dejar que nadie se diera de baja. Si te lo piden, les haces ofertas como algún canal exclusivo gratis o mensajes gratis, y en un mes se lo quitas y se olvidan de que querían darse de baja. A la larga, se dan cuenta de la estafa y vuelven aún más cabreados.

Este trabajo no me inspiraba ningún tipo de sentimiento positivo, ya que todo son quejas y más quejas.

Decidí pasar de todo y ni siquiera me duché. Me vestí con traje y corbata y fui corriendo hasta la oficina.

Aquel día, cogí el teléfono y, de repente, algo había cambiado. Una dulce voz salía del teléfono:

-Hola, ¿cómo te llamas?

Nunca nadie se había preocupado por mi nombre. Me pareció bastante raro, pero me dejé llevar por la curiosidad y el bonito color de aquella voz femenina.

-Me llamo José. ¿Y usted?

-Catarina

Me pareció un nombre precioso. Se hizo un silencio.

-¿Qué necesita?

-Quiero darme de baja.

Ya está. Me sentí apesadumbrado y cansado de repente. Iba a odiarme. Como no había sentido interés por nada en muchos años, decidí hacer una excepción.

-De acuerdo.

-¡Vaya! Nunca me habían dejado darme de baja de esta compañía de timadores. ¡Te lo agradezco mucho!

Hicimos los trámites y hablamos durante al menos una hora. Acabó dándome su teléfono y me sentí repentinamente feliz.

Esa misma noche después del trabajo, le envié un mensaje de texto. Aunque no esperaba una respuesta inmediata, ella contestó al momento. Catarina era una mujer realmente simpática y me fascinaba tanto su amplio tema de conversación, que terminé pasando cada momento que podía enganchado al móvil. En el trabajo, fingía tener malestar intestinal para poder hablar con ella durante unos minutos. Era como si ella fuese mi bombona de oxígeno: cada vez que me ahogaba, llenaba mis pulmones de felicidad.

Después de cinco largos meses, por fin me atreví a pedirle que quedáramos. Ansiaba conocerla y saber de una vez por todas cómo era su aspecto, aunque para mí, eso no es lo prioritario.

Su respuesta se hizo esperar una semana entera. Para entonces, yo ya no tenía esperanza de poder llegar a conocerla, y la verdad es que me alegró bastante el día, por no decir que casi me denuncian los vecinos por los gritos que pegué.

Quedamos esa misma noche. Era precipitado, pero yo estaba impaciente por verla y me deshice de la idea de posponerlo.

Consideré nuestro encuentro una cita y me arreglé para la ocasión. Habíamos quedado en un restaurante cercano a mi casa, y yo debía ponerme una corbata de color mostaza para que ella pudiera reconocerme.

Llegué media hora antes y me senté con un movimiento que revelaba el ataque de nervios que mi corazón (y mi cuerpo entero) sufría en ese momento. Me dediqué a observar como las manillas de mi viejo reloj se movían lentamente hasta que por fin marcaron las nueve en punto. Al ver que no había nadie sentado junto a mí aún, pregunté al camarero si alguien había preguntado por José, pero me dijo que no. Esperé durante tres horas más con la única compañía de la voz de mi cabeza, que, de repente, había vuelto.

Al salir del restaurante, caminé cabizbajo por las oscuras calles que formaban el camino que me conducía a mi casa. Al llegar, cogí mi teléfono y llamé por enésima vez a la persona que tanta ilusión me había transmitido durante los pasados cinco meses.

-Quiero darme de baja. -Le dije.

Y colgué.



Estoy cansado, agobiado, agotado. Me estoy mojando. Puedo ver gente a mi alrededor, pero mis ojos no aguantan la mirada demasiado tiempo. Me duelen los brazos, las piernas y me cuesta respirar. Noto que alguien pasa por mi lado. Mis nervios van en aumento de la misma manera que lo hace la monotonía, porque llevo rato viendo y sintiendo lo mismo. Solo veo formas, siempre las mismas, y un brillo borroso azulado que me rodea. Para evadirme un rato pienso que es el cielo y que estoy volando. Pero el cansancio me baja a la tierra. Se aproxima el final. Consciente de la tensión, siento que todo esto vale la pena.

Un joven me empuja y consigue desviarme del camino. Estoy seguro de que no tiene mala intención y que sin su presencia mi rumbo no habría sido mucho mejor. Me preparo para pedalear y ganar, esa es mi intención. Ahora tengo frío, más del que tenía cuando me estaba mojando. Lo único que noto es dolor de cabeza pero no pienso abandonar. Veo a gente que me guía mientras noto una

ventisca de aire en la cara que crece con mi velocidad. Sigo mi trayecto mientras la fatiga hace que me olvide del frío.

Arrastrando los pies inicio la última etapa. Sigo mojado pero de sudor. Escucho gritos de la gente a mi alrededor, gritos de ánimo y cariño. Me siento raro, como si estuviera esperando algo. Veo a un chico parado con muy mal aspecto. Está pálido y estoy seguro de que necesita ayuda y eso hace que reduzca mi ritmo inconscientemente, pero no llego a pararme. Sé que otros tienen ese cometido y le ayudarán.

No he llegado el primero, pero aun así todos me han tratado como si lo hubiera hecho. Mi recompensa es el orgullo de mi esfuerzo por haber superado la carrera en el agua, por haber competido con mi bicicleta con la sensación de flotar en el aire y por haber corrido en tierra rojiza hasta llegar a la meta.

Un triatlón con el cuarto elemento, el fuego de mi pasión por competir.



El día del hallazgo había empezado como un día festivo más para Aldara. Descargó su desayuno y lo imprimió con su nueva impresora 3D. Estaba realmente delicioso. Definitivamente la compra de la nueva impresora había sido una idea estu-penda. No había leche, ni cereales, ni ninguna de esas cosas de las que le había hablado su abuelo tantas veces, pero los nuevos preparados para desayuno estaban bastante bien. Hoy no había clase, así que, por un día descansaría de ordena-dor, hologramas y clases virtuales y podría hacer lo que le apeteciera.

Como solía hacer todos los días que ella consideraba es-peciales, se preparó para visitar las ruinas. Le gustaba visitar-las ella sola y pasear entre ellas imaginándose cómo habría sido la vida allí hacía años. Era un sitio emocionante para ella. Estaba en las afueras de la ciudad, así que decidió coger su dron para desplazarse hasta allí.

Hacía un día caluroso, como todos los que ella había co-nocido desde que nació. A veces un poco más, otras un poco menos, pero no recordaba que la temperatura hubiera bajado nunca de los 30° y era habitual que llegara a los 40°, incluso

casi 50° en el sur de España. Ella vivía en Galicia, una peque-ña zona en el noroeste de España. En otros tiempos había si-do más grande, pero, con el aumento del nivel del mar tras el deshielo de los polos, su tamaño se había reducido. Por ejem-plo, la ciudad de la que procedía su familia, La Coruña, había quedado cubierta por el mar y ahora solo podían visitarla los buceadores. Y como esa otras muchas.

No tardó mucho en llegar a las ruinas. No había nadie ese día. Poca gente visitaba ya ese lugar. Mejor para ella por-que así podría pasear más tranquila, sin que nadie la molestara. Desde que se instalaron las colonias espaciales en la Luna y en Marte y se construyeron las ciudades submarinas, esas enormes ciudades burbuja bajo el mar, y los rascacielos sub-terráneos, la superficie del planeta estaba mucho menos po-blada. O al menos eso era lo que decía su abuelo. En las cla-ses del instituto virtual nunca te hablaban de eso, de cómo se había llegado a esa situación, quizás porque la humanidad se avergonzaba de sí misma, de no haber sabido poner freno a la situación antes de que llegara al punto en que ya no tenía solución. Y no era extraño. El planeta estaba desertizado y el cielo permanentemente oscurecido. Su abuelo contaba que, cuando él era pequeño, el cielo era azul y por la noche se po-

día ver el cielo lleno de estrellas. Ahora el cielo era siempre gris y, si querías ver las estrellas, tenías que desplazarte a una de las estaciones que orbitan la Tierra. ¡Tenía que ser tan bonito poder ver lo que contaba el abuelo! Pero eso ahora era imposible. Solo le quedaba imaginárselo.

Aldara se sentó durante un rato y pensó en cómo vivía la gente que había habitado ese lugar hacía años. No tenían muchas de las cosas que ella tenía ahora y que hacían la vida más cómoda, pero tenían otras cosas quizás más importantes. El abuelo decía que cuando él era niño sus abuelos le habían contado que Galicia antes era toda verde y que la gente preparaba sus propias comidas cocinando en las casas utilizando plantas y carne de animales que ya no existían porque se habían extinguido a consecuencia del cambio climático, ese del que estaba prohibido hablar. Si la policía tenía noticia de que alguien hablaba de esas cosas, rápidamente lo detenían y lo llevaban a uno de sus Centros para el Mantenimiento del Orden. Cuando se salía de allí, nadie recordaba nada. Sus recuerdos habían sido borrados. Ya no volvería a hablar de los otros tiempos. Todo lo relacionado con ese tema solo se hablaba en las casas, con las propias familias, a escondidas, sin que nadie más se enterase. A fin de cuentas, todo había sucedido hacía ya más de cien años.

Mientras pensaba en todas estas cosas, Aldara decidió continuar con su paseo entre las piedras antiguas y abandonadas. Fue entonces cuando la vio. Estaba en un rincón, entre algunas piedras, casi escondida. El corazón le dio un vuelco.

No podía creer lo que estaba viendo. Se frotó los ojos y parpadeó varias veces, pensando que le estaba fallando la vista. Pero no, ahí estaba. No sabía qué hacer. Se acercó y se quedó un rato contemplándola, con los ojos llenos de lágrimas por la emoción. Era como el abuelo le había contado, igual de bonita. Un pequeño trozo del pasado en el presente, pequeña, solitaria, pero hermosa. Decidió hacerle una foto con su smartphone y guardarla en secreto. Solo se la enseñaría a sus padres y a su hermano Álex. Podría ser peligroso que alguien más se enterara y, desde luego, significaría su desaparición.

Volvió a casa apurada. Estaba deseando llegar para contárselo a Álex. Y eso fue lo que hizo nada más llegar a casa. Él estaba jugando a su videojuego favorito, metido en una batalla en medio de un holograma de soldados.

- ¡Álex! ¡Deja eso un momento! ¡Escúchame!
- Tranquilízate. ¿Qué sucede?
- No te lo vas a creer. Ya sé que nos han dicho que no existen ni han existido nunca y que es todo invención de unos locos pero, hoy... he visto una flor.



Gritos. Él se despierta y, adormilado, se dispone a zarandear a Lucía repetidamente hasta que ésta por fin abre los ojos. Sudorosa, conmocionada, jadeante, se gira y busca desesperada el consuelo de un abrazo, pero apoyarse en el pecho de su nuevo amante sólo logra aumentar sus remordimientos, que se le clavan en el pecho como una fría estaca. Otra vez. Cada noche se hacen más intensas sus pesadillas, cada amanecer le resulta más insoportable que el anterior.

Siete de la mañana de un sábado. Mientras remueve su café con leche, le da vueltas a ese día. Recuerda cada detalle. Con lágrimas en los ojos se ve a sí misma caminando por la que había sido su casa durante los últimos 25 años. Discute a viva voz con Juanjo, su marido.

-¡Te lo repetiré sólo una vez más, dime de quién es este sujeto!

-Cariño, no es lo que piensas, ¿de acuerdo? Pasado mañana es San Valentín, así que pensaba regalártelo. ¡No sé qué ha pasado! Lo compré hace unos días pero de repente desapareció de la bolsa. Pipo debe de haberlo sacado para jugar con él, y por eso estaba tirado debajo de la cama. - Está desesperado por hacerle ver a su mujer que se equivoca.

-¿En serio? Mira que eres patético. ¿Vas a culpar al perro de esto? No pienso seguir aguantándote, Juanjo.

Y en un momento de rabia se va, enfurecida y desconsolada, y se encierra en su dormitorio. Su marido trata de hacerla entrar en razón incontables veces, pero ya es tarde. Ella ya ha hecho las maletas. Con un pie en la puerta, le mira una última vez. Dos pares de ojos llorosos se despiden para siempre. Se marcha, cometiendo así el mayor error de su vida. Y el pobre hombre llora, llora hasta no poder más, llora sin comprender el porqué de su abandono.

2 años después, una lágrima se derrama en el café de Lucía. Un recibo perdido entre sus cosas le sacó de su sinsentido hace 7 días. Él no le había mentado. Fue una ingenua pensando que su marido le había engañado, cuando él le quería más que a su propia vida. La de Lucía ahora se está desmoronando sin él, por haber ignorado su enorme error todo este tiempo. Antes de que su amante se despierte, coge sus cosas y se va. Le duele volver a abandonar a alguien pero sabe que este hombre al que nunca ha querido no va a echarla de menos. Reúne el coraje para salir de aquella casa y volver al lugar a donde siempre ha pertenecido, con Juanjo.

El viaje se le hace insoportable. Ha cometido tantos errores que se siente sumamente estúpida. Trata de ordenar las palabras en su cabeza para formar un discurso pero sabe que lo que ha hecho no tiene perdón. Por fin vislumbra el callejón. Se para a pensar en cómo echaba este lugar de menos, en que no ha cambiado una pizca desde que se fue. Una figura interrumpe sus pensamientos. Es Juanjo, bajando por las escaleras de mármol del portal. Se queda inmóvil y la mira patidifuso durante unos instantes antes de retroceder corriendo hacia su piso.

-¡Espera!

Lucía corre a perseguirle y cuando llega arriba él está quieto. Tiene una mano en la puerta, pero se resiste a entrar.

-¿Para qué has venido? ¿Qué es lo que quieres? - pregunta sin mirarle a los ojos.

-A ti, Juanjo. Es decir, quiero pedirte disculpas. Fui una idiota, me equivoqué. - El nudo que bloquea su garganta se hace más y más grande, pero continúa. -Te necesito y lo que más deseo es oír de tus labios que me has perdonado. Las noches son muy vacías si no tengo tu presencia, no quiero seguir sufriendo sin verte ni saber de ti. Me haces mucha falta y tengo tantas cosas que decirte.

Por fin Juanjo levanta la vista. Su mirada está llena de dolor.

-Ya no soy tu fantasma, Lucía. Aprendí a vivir, medio vivo, y ¿ahora me quieres otra vez? ¿Quién te crees que eres, yendo de un lado a otro y dejando cicatrices a tu paso? ¿Por qué vuelves a por mí? ¿Pretendes que caiga de nuevo en tus brazos, así de fácil?

-Yo... - Lucía rompe a llorar. - ¿Puedo pasar un momento?

-Si te has dejado algo, cógelo y vete.

Lucía se apresura a entrar y saca un casete de su bolso. Se oyen las primeras notas de aquella canción, la misma que sonaba en su primera cita. Lucía mira suplicante a Juanjo. Dos amantes olvidados, dos miradas, dos manos que se rozan, dos corazones rotos que buscan consuelo el uno en el otro. Y lentamente bailan. Y a medida que bailan se dan cuenta de lo obvio, pertenecen a ese momento, a ese lugar, se pertenecen el uno al otro. Vuelve la luz a sus ojos.

-Estás muy guapa.

-Tú también, pero más calvo.

Sus labios se unen en un beso que evoca mil y un recuerdos. Te quiero tanto, susurran las caricias. Con la melodía prende la llama del pasado. Se dirigen al dormitorio, y al ritmo del lento de ese sencillo de The Carpenters, sus cuerpos se entrelazan. Saben a nostalgia sus besos. Hoy vuelven a ser más jóvenes que nunca.

Lucía observa el bajar y subir del pecho de su amado. Su felicidad se transforma momentáneamente en vergüenza. Es ella la primera en romper el silencio:

-De veras que lo siento muchísimo. Lo entenderé si no me perdonas.

-En realidad ya lo he hecho, pero mi corazón no lo soportará si vuelves a dejarme.

-Jamás. He venido para quedarme, te amo. - Se ruboriza.

Juanjo la estrecha contra su pecho en un cálido abrazo y desaparecen todos sus temores.

-No es San Valentín, pero aún tengo tu sujetador...

Las carcajadas les dejan un buen sabor de boca. Así, abrazados, esperan al alba recordando su primer beso.



Felipe tenía todo lo que necesitaba para ser feliz: una familia, comida, calor, e incluso iba al cole todos los días. Pero aun así Felipe no era feliz. Todas las mañanas al llegar al cole se fijaba en los rizos rubios de Martina, que se sentaba a su lado en clase. No podía quitarle el ojo de encima, el pelo rubio, brillante, con unos rizos perfectos... Felipe estaba deseando "viajar" a ese pelo porque, claro, se me ha olvidado decir que Felipe era un piojo.

Felipe vivía en la cabeza de Lucas desde hacía unos años. Lucas era un niño que tenía una madre que estaba desesperada con la cabeza de su hijo ya que siempre tenía piojos. Felipe era muy listo. Se había aprendido la palabra tratamiento y siempre que la oía sabía que le iban a intentar matar. Entonces bajaba por el cuello de Lucas hasta ponerse en un sitio que no le viesen. Todos los amigos que había hecho durante los dos años se habían muerto. Él era el único superviviente.

Un día, al llegar del cole, escuchó que la madre de Lucas decía algo de un tratamiento súper fuerte para aniquilar todos los piojos que tenía el niño en su cabeza. Felipe decidió que ése era el momento perfecto para mudarse y dejar al pobre

Lucas en paz. Decidió elegir un día que hacía mucho frío para esconderse en la bufanda de Lucas y, cuando estuviesen todas colgadas, pasarse a la de Martina.

El lunes siguiente estaba nevando; entonces Lucas llevó gorro, bufanda y guantes. Al llegar al colegio Felipe pensó que ese era el momento perfecto para cambiarse. Empezó a balancearse en las bufandas hasta que llegó a una bufanda roja con flores de colores. Se quedó esperando hasta que llegase Martina pero se quedó dormido. Al despertarse notaba que estaba moviéndose, entonces miró y vio que estaba en la bufanda de Julia, otra niña de clase de Lucas. ¡ Se había confundido de bufanda!

Subió hasta la cabeza de Julia. Le costó mucho ya que tenía el pelo liso y muy grasiento. A Felipe le empezó a entrar el hambre; iba a probar la sangre de Julia cuando notó un olor muy fuerte: era la porquería que tenía en el cuero cabelludo. Al cabo de un rato consiguió comer algo; no le había gustado nada. Echaba de menos la cabeza de Lucas.

Escuchó que la madre de Julia decía que al día siguiente no iba a hacer tanto frío, así que Felipe iba a tener que buscar

otra estrategia para conseguir llegar a la cabeza de Martina. No se le ocurría nada.

Decidió que la mejor forma sería pasarse a la cabeza de Gorka, que era el mejor amigo de Martina y el que se sentaba al lado de Julia en clase. Felipe rezaba para que ese plan le funcionase.

Llegaron al cole y Gorka no había venido; estaba enfermo. Felipe se puso a pensar y a pensar un plan para liberarse de la asquerosa cabeza de Julia. Decidió pasarse a la cabeza de Claudia, la mejor amiga de Julia, para ver cómo tenía ella el pelo.

Llegó la hora de comer y a Felipe le encantó la sangre de Claudia, por lo que decidió quedarse unas semanas allí antes de ir a la de Martina.

La madre de Claudia decidió hacerle también el tratamiento. A Felipe el truco que tenía con la cabeza de Lucas no le sirvió porque al acabar, la madre le pasó un peine que tenía que era muy raro; se llamaba peineta. Cogió a Felipe y lo golpeó contra el lavabo. Abrió el grifo y Felipe se fue por las tuberías, hasta llegar a una especie de habitación.

Sabía que los piojos no duraban mucho tiempo fuera de las cabezas de los niños. Empezó a pensar y, de repente, escuchó un ruido y un montón de agua se le cayó encima y le dejó inconsciente.

Al despertarse sintió mucho frío y el agua estaba salada. A lo lejos logró distinguir una especie de camiseta amarilla fosforita. Se acercó nadando y de los años que había ido con Lucas al colegio sabía leer, vio que en la camiseta ponía "Bakio surf taldea". Había oído hablar de esa escuela de surf: iban niños de la edad de Lucas a hacer surf todos los fines de semana. ¡Incluso hasta en invierno!

Logró subirse a la tabla de una de las niñas y se fue desplazando al traje y del traje a la cabeza. La cabeza estaba congelada. Felipe pensaba que se iba a morir. Decidió cantar una canción que le cantaba la madre de Lucas a Lucas cuando se iba a la cama para ver si se quedaba dormido. Y lo logró.

Cuando se despertó, no reconocía nada. Fue al colegio con la niña y era todo extraño. No se lo podía creer: el sueño de estar en esa melena rubia se había desvanecido ¡No iba a volver a ver a Martina jamás!

Cogió cariño a la cabeza en la que estaba. Vivía como un rey, un día estaba en la cabeza de la niña, que se llamaba Carlota y otro día estaba en la cabeza de su hermano Unai que tenía tres años menos que ella. Se lo estaba pasando genial, cada día veía a gente diferente.

Los lunes y los miércoles le gustaba estar en la cabeza de Carlota, porque tenía entrenamiento de baloncesto y le gustaba ver cómo jugaban sus compañeras. Todos los sábados Carlota tenía partidos y Felipe visitaba sitios diferentes.

Un sábado, llegaron al lugar en el que Carlota jugaba el partido y se le hacía familiar. Entraron al pabellón y todavía más. Él no sabía de qué le sonaba pero sabía que había estado allí antes.

Desde el banquillo logró distinguir los rizos rubios de Martina ¡no se lo podía creer! estaban jugando contra el equipo de Martina.

Felipe se dijo a si mismo que solo tenía esa oportunidad y que si la perdía ya no iba a ver nunca más a Martina.

En una de las jugadas se impulsó con todas sus fuerzas y cayó en el pelo de Claudia, que también jugaba al baloncesto. Estaban todas sentadas en el banquillo y Martina y Claudia estaban juntas. Felipe saltó lo más alto que pudo y llegó al pelo de Martina. No era como él se lo había imaginado. ¡Estaba sudoroso!

Martina llegó a casa, se lavó el pelo y al secárselo era perfecto: sus rizos... ¡estaba tan limpio todo! Felipe se estaba columpiando en uno de los rizos de Martina más feliz que una perdiz.

Había logrado su sueño, ¡vivir en el pelo de Martina!

Castellano

> Ganador y Finalistas - 19ª Edición Tercera Categoría

Interiores. Adrià Ibáñez Pelegrí

(IES Samuel Gili i Gaya, Lleida - España) - Ganador

El gato que vivía bajo la luna. Marie Louisa Wunderli Loaiza

(Liceo Cartago, Cartago, Valle del Cauca - Colombia)

La voz del miedo. Patricia Lorenzo Navarro

(Escola Pare Manyanet, Barcelona - España)

El silencio. Elisa Caballero Testón

(San José del Parque, Madrid - España)

Fantasmas al ocaso. Jorge Valdés-Hevia Le Lanchon

(San Ignacio, Ponferrada - España)



Hace ya dos meses que vivo dentro de una pieza de Bach. Me mudé allí a principios de febrero, a mitad de un concierto en el Carnegie Hall. No puedo dejar de imaginarme la cara de los oyentes al ver como el violín se me tragaba en el octavo compás de la Chacona, justo en el momento en que sumergía el arco hasta las entrañas del instrumento engendrando un acorde imposible que salió despedido hacia el cielo dejando en su lugar un escenario vacío. Me recibió un acorde de quinta disminuida que me trasladó a un apartamento con vistas a la coda final. Desde entonces vivo entre estas paredes. No me puedo quejar. Por las mañanas salgo a pasear por un campo de semicorcheas y por las tardes nado en el compás 133, sumergiéndome en un acorde de Re mayor que me recuerda a un despertar junto a Ti en esa casa amarilla que solíamos alquilar los inviernos, rozándonos los pies y cubriéndonos hasta la cabeza con la sábana mientras fuera, tras la ventana, los ejércitos del aire dejaban caer suavemente contra el tejado un batallón de copos de nieve.

Los vecinos son muy simpáticos aquí. Por las noches el violinista ruso Nathan Milstein me invita a su habitación a tomar algo. Los viernes jugamos al bridge y hablamos sobre nuestros conciertos en la City. Las noches en la Chacona transcurren plácidas e imperturbables, envueltas en una atmósfera melancólica. Nuestras palabras se deslizan hacia el silencio a la vez que mueren las notas de la Chacona para nacer de nuevo al cabo de un cuarto de hora, incansables, tras los muros de la ciudad. A veces Nathan se me queda mirando y deja caer una lágrima mientras contrae deformemente el rostro. Sé que es entonces cuando debo volver a mi habitación y encerrarme para estar a salvo de los efectos de la noche. A la mañana siguiente Nathan me saluda sonriente desde su ventana. Recuerdo que Tú también solías desearme los buenos días de esta forma.

Ayer me llamó La Muerte de la Esposa para que acudiese a su castillo. Desde allí ella lo preside todo, controlando las notas falsas que de vez en cuando se escapan de los pentagramas. Nunca antes la había visto. Al llegar, un calderón me ha acompañado a los jardines del castillo, donde La Muerte de la Esposa estaba sentada bajo un arce centenario tejiendo un vestido de seda. A lo lejos dos niños y una niña, entre ellos dos

gemelos, jugaban a esconderse entre las hayas. La Muerte de la Esposa me ha invitado a sentarme junto a ella, con una voz llena de tristeza que se confundía rápidamente con la melodía de Bach. Con movimientos débiles me ha acercado un viejo violín que se me ha adaptado al hombro como una caricia y me ha indicado que tocara para ella algo que no le recordase a este lugar. Intenté visualizar la alegre melodía de la Sonata en Do Mayor, pero dentro de mí sólo acudía la incansable Chacona, que lo envuelve todo. El arco se negaba a esbozar otra cosa que no fuese la Chacona. He acabado llorando frente a la mirada impasible de La Muerte de la Esposa. Al acabar ha susurrado a mi oído su verdadero nombre: María Bárbara. Me he despedido dándole las gracias por su compañía y por el violín. De camino a casa me he acordado de que la Chacona fue compuesta por Bach en memoria de su primera esposa, María Bárbara Bach, muerta en 1720. He mirado a mi alrededor con una mueca de espanto, comprendiendo que no estoy encerrado en una chacona, sino en un afligido tombeau (lamento).

-Me voy.

Nathan deja caer los naipes sobre la mesa y me mira sorprendido.

-Si quieres puedes quedarte con el violín.-continúo.

-No puedo tocar el violín. -su mirada es un pozo de agravios donde no me gustaría caer- Tuve un derrame cerebral poco antes de llegar aquí.

La habitación se transforma en un silencio de redonda impenetrable.

-Aquí al menos no he de aceptar mi fracaso. Vete. Al menos tú no has perdido lo que más quieres. (Agosto en una playa vacía. Murmullo del oleaje a nuestras espaldas. El sol se refleja en una esquina de tu bañador mientras las clavijas del violín se llenan de arena y agua de mar. Me giro y sitúo el borde de mis labios contra los tuyos, balbuceando dos palabras que suenan como un disparo de cañón:

-Te quiero.)

Me voy de la habitación sin despedirme de Nathan. En una esquina, vestigio de mí partida, me observa el abandonado violín, intimidándome con su silencio.

De las acacias que custodian el camino cuelgan corcheras alcaídas. Tardíos bemoles se posan en la copa como pájaros cansados. Tararean a mi paso el triste lamento "bachiano". ¿Quién callará estas voces al fin? La música siempre está condenada a la muerte, es la resistencia al silencio, un engendro que nace de él y muere en él como el fuego en el oxígeno. Al principio y al final siempre será el silencio.

(-Silencio, está hablando. Escucha. ¡Lo ha dicho! ¡Ha dicho mamá! ¡Acaba de decir mamá!

¿Lo has escuchado, cariño? ¡Ha dicho mamá!)

Corro hasta llegar a la otra punta del río. A lo lejos deslumbro un palacio de cristal. Las escaleras que llevan hasta las puertas son altas y escarpadas. Las escalo jadeando sin parar. Al llegar a la cima observo el paisaje que dejo atrás. Desde aquí la Chacona se asemeja a un inmenso sepulcro. (- Ahora mismo cogeremos el avión. Cuando lleguemos a Nueva York te llamaremos.

Espera, que te paso a Sebastián. ¡Bastían, cariño, dile algo a papá!

-Te quiero, papá.)

-Yo también te quiero.

Giro con fuerza el pomo de la puerta y acto seguido, el palacio se me engulle.

Camino por pasadizos repletos de espejos y retratos familiares rotos. De lo alto del techo cuelgan sinuosas arañas que iluminan a mi paso las salas que voy atravesando, donde repican obstinadas las galopantes semicorcheas soñadas por el genio alemán, siglos atrás. La última sala está presidida por dos tumbas, una grande y otra pequeña. Comprendo donde me encuentro: estoy dentro de los últimos nueve compases de la Chacona. Del fondo del salón emergen dos figuras que

se dirigen hacia mí. Me froto los ojos. Sebastián corre hasta llegar a mis brazos, que lo rodean con fuerza.

- ¡Papá!

Con mi hijo cogido de la mano observo como la otra figura se distingue de entre las sombras.

-No llegamos a Nueva York.-dice la mujer.

Me siento como un violín manipulado por un salvaje. Noto como mis cuerdas se destensan y saltan por los aires sucumbiendo a su paso a la muerte de la música. El violinista hunde el arco en los recovecos de la cuerda que queda, jugando con los sonidos y el silencio como quien juega con la vida y la muerte. Los músicos somos madres y asesinos, jueces y condenados, pienso mientras veo como mi esposa se detiene delante de mi mirada vidriosa.

-No, cariño, por favor.-le suplico, arrodillándome sobre el suelo cristalino.

Me besa con fervor y me abraza.

-¿Por qué lloras, papá? -pregunta Sebastián arropado a mi pierna.

-Despídete de tu hijo. Has de marcharte. No puedes vivir eternamente dentro de esta pieza. Has de saber decir adiós. A ti te queda aún mucho por vivir. Hazlo por nosotros.

La música como redención. La música como refugio donde esconderse de la realidad. La música como ficción donde aferrarse, punto de retorno al pasado; la música como despedida.

-Adiós.

El palacio de cristal se desmorona. Me deslizo por los pasillos sin dejar de mirar atrás. Mi esposa y mi hijo me despiden con la mano hasta perderse tras un mar de reflejos. El penúltimo compás de la Chacona me envuelve como un grito en el vacío. La sonrisa de mi hijo se presenta ante mí como el lugar donde más feliz fui. Me siento huérfano de sus abrazos. Mis pies evitan con torpeza un acorde de La mayor que cae produciendo un fragor de cuerdas liberadas. Corro hacia la salida sin descanso. Cierro los ojos a la vez que la última nota, un Re se cierne sobre mí con delicadeza.

En la transcripción para piano de la Chacona de Bach hecha por Busoni, el compositor deja decidir al intérprete si quiere terminar con un acorde mayor o uno menor. Para el pianista, esto supone una decisión tan íntima que es imposible de decidir antes de tocar la pieza. Sólo se sabe cómo debe acabarse al llegar al último compás, colocando automáticamente el dedo índice sobre el fa sostenido o no con el poder de cambiarlo todo repentinamente, sin la opción de volver hacia atrás.

Re menor

-No te preocupes Joanna, ya recojo yo a Bastián del colegio. Todo está bien, todo está correcto. Oh, por favor, como me gustaría escuchar ahora esa pieza con la que solíamos bailar. Antes tocaba en una orquesta ¿lo recuerdas?

-Señor, por favor, no haga ruido, despertará a los otros pacientes. Tómese las pastillas.

-¿Quién es usted? ¿Bastián? ¡Qué grande te has hecho hijo mío! Ya verás cuando te vea tu madre.

-Por favor duérmase. Mañana saldremos a pasear luego podrá usted tocar el violín. Ahora tómese las pastillas.

-¡Mi violín! Tráeme el violín, Bastián.

-Señor, yo no soy Bastián. Su hijo ya no volverá, aunque estoy aquí para lo que necesite. Ahora acuéstese o llamaré a la doctora Bri.

-Oh, si te escuchase tu madre... Ahora vendrá y podremos cantar todos juntos al ritmo de mi violín.

¡Violín! ¡El mundo es un violín! Canta conmigo, hijo mío.

Liebchen, hore mich,

Bebend harr ich dir entgegen!

Komm, beglücke mich!

Re mayor

Me he comprado un piso cerca del Hudson. Por las tardes salgo a pasear con Geula siguiendo el curso del río. Es simpática y cariñosa conmigo. Sé que te habría encantado. Algunas noches le hablo de vosotros ¿Recuerdas cuando de jóvenes íbamos a las montañas de Catskill para gritar hasta quedarnos afónicos? Así solíamos desahogarnos. O cuando jugábamos con Bastián a hacer castillos de arena en la playa y se echaba a llorar cuando las olas se los llevaba consigo.

Me imagino que al final todo se limita a esto. Al bajar la marea, aun sabiendo que al atardecer llegará de nuevo para llevárselo todo, bajamos a reconstruir los castillos de arena levantados por los niños del ayer.

¿Pero qué decirte que no sepas?

Nueva York por la tarde es una fiesta. Bach y su castillo inalterable suena en los auditorios de toda la ciudad dibujando en el aire la fugaz arquitectura de los lugares donde se debe volver cuando el viento amenaza de nuevo. Yo sigo allí, con mi violín, sobreviviendo y luchando contra el silencio.

¡Qué gran sorpresa! Después del concierto de esta tarde Geula ha organizado una cena y en el momento del postre me ha susurrado la esperada noticia, que ha llegado a mis oídos más brillante y preciosa que la más poderosa pieza de Bach:

Está embarazada.



Cada noche antes de caer en el mundo de las fantasías, veo al gato sentado en el alféizar del cuarto de mi ventana, meneando la cola con ese aura de misterio y admirando la gran luna de plata, que adorna la oscuridad sobre su curiosa cabeza. Su pelaje, tan negro como las penumbras y sus ojos, como dos estrellas fugaces que persiguen los enigmas nocturnos.

Cuando camina, lo hace con tanta elegancia, que me sorprende, y ese sigilo lo hace pasar desapercibido, casi como un fantasma. El gato me mira antes de tirarse al jardín de rosales, una mirada que me intriga y me invita a perseguirlo. Sus bigotes largos y graciosos, se mueven cuando tratan de decirme algo, sin embargo, no soy capaz de captar el mensaje.

De pronto salta, desapareciendo cual brujo fuese y con un interrogante parpadeando en mi cabeza. Solo puedo cerrar los ojos, y dormir olvidando todo ese aire extraño y mágico en que el gato negro me hace creer.

Pero aun así, el gato me lo recuerda cada noche, de cada día de mi vida. Hace exactamente lo mismo, y luego desaparece.

Esta noche he decidido hacer las cosas de otro modo y embarcarme, quizás en una loca aventura. Decido esperar al gato misterioso, sentada en mi cama. Mi interior se siente revuelto y el corazón me va a millón, muevo los ojos de un lado a otro en busca de ese pequeño nocturno y lo encuentro mirando, como siempre, la perfecta luna.

Esta vez no me lanza una mirada de "sígueme", solo se limita a caer al otro lado, sin hacer el mínimo ruido. Después de tantos años, por fin me digno a seguirle hasta ese secreto que tiene oculto en algún rincón.

Su pelaje espeso desaparece bajo unos altos matorrales y yo lo persigo como puedo.

Nunca he corrido con el entusiasmo de ahora, y eso se debe a las diversas emociones, que ni yo misma puedo identificar. Quiero saberlo, quiero descubrir de qué va esa mirada que me da cada noche, quiero conocer lo que hay detrás de unos ojos brillantes que son capaces de ver el mundo y conocerlo mejor que nadie, entenderlo y aprender a conectarme con él.

Los enormes campos oscurecidos se extienden a medida que avanzamos. Nuestro recorrido es tan silencioso, que empiezo a temblar de miedo. Empiezo a arrepentirme, porque claramente desconozco la razón de seguirlo, pero una parte de mí me impulsa a correr los riesgos, porque como dicen "la curiosidad mató al gato", y no puedo negar lo interesada e intrigada que me sentía.

Me detuve en lo que parecía el fin del mundo, sin más tramos que recorrer y tan grande que la vista no me alcanzaba para avanzar.

El gato, dando la espalda, maullaba y estiraba la pata, como siempre quería decirme algo, y subiendo la mirada pude notarlo: La luna, aún más grande, que como la acostumbraba a ver, llenaba los espacios oscuros de luz, tan blanca y pura, y tan parecida a un cristal a punto de romperse.

Dejé escapar un sonido de sorpresa, admiración y deseaba saltar allí mismo, porque algo así de imposible, no se veía todos los días.

El gato, se subió a una cerca de madera, y un gran árbol lleno de hojas le daba techo.

Me acerqué tambaleante, anonada, pues parecía sacado de una ilusión. Lo acaricié y al rato, después de haber inspeccionado todo el paisaje, supe que el secreto era sencillo, pero espectacular, algo muy bien guardado.

El gato negro que para unos daba temor, para otros como yo, era un completo misterio, solo quería mostrarle a alguien su pequeño y extraño hogar, depositando su confianza en mí.

Y así me quedé, contemplando al gato que vivía bajo la luna...



<<¡Levanta holgazana!>>

La voz resuena aparatosa en mi cabeza. Retumba en mis oídos, proclama furiosa su clamorosa orden, esperando recibir una respuesta inmediata. Yo me paralizó, no me atrevo a responder. La responsabilidad me abrumba y enmudezco.

<<Todo el día durmiendo, que desperdicio...>>

La verdad de sus palabras me asombra. Me impone. El respeto se convierte en miedo y me aterra. Empequeñezco en la oscuridad, cada suspiro amenaza el dulce trance de mi sueño.

<<¿Qué hora es? ¡Seguro que ya llegamos tarde!>>

La ternura se desgarró con los pavorosos latidos de mi corazón, súbitamente acelerado. Salto de la cama y golpeándome con la mesita de noche, me levanto. Jadeo inquieta y exaltada aparto las sábanas de un manotazo. Me calzo las zapatillas como puedo y aún con la respiración entrecortada me dirijo al baño.

-¿Qué haces despierta? ¡Por Dios, vuelve a la cama! ¿Has visto la hora que es?

Esta voz, completamente diferente y más cercana, me sorprende todavía más.

-¿Mamá?

No recibo respuesta. Mi madre me agarra por los hombros, bostezando y con la mirada perdida me conduce hasta mi habitación. Cierra la puerta suavemente.

Encima de la mesa, el reloj marca las tres y media de la madrugada. Arrastro los pies hasta mi cama, luchando fatigada contra los susurros en mi cabeza. Cierro los ojos, intentando infundir una ligera brisa de normalidad en mi cuerpo. Empiezo a relajarme sobre la almohada, el abrazo del sueño viene para llevarme.

<<¿Seguro que has mirado bien la hora? No podemos llegar tarde al examen>>.

Las intenciones de Morfeo se marchan tan pronto como han llegado. El corazón me late tan rápido en el pecho que parece querer salir de un salto. Me incorporo de nuevo apresuradamente y compruebo la hora en el reloj.

Siguen siendo las tres y media, pero no consigo volver a dormir en toda la noche.

* * *

-Buenos días a todos. Recoged todo lo que tengáis sobre la mesa, voy a repartir el examen enseguida. Leed los enunciados con atención antes de responder. Si tenéis alguna pregunta por favor levantad la mano para no molestar a vuestros compañeros. Aun así, todo está muy claro y no es difícil, no creo que tengáis ninguna duda.

Ninguna duda. Las dos palabras revolotean entre mis pensamientos. No puedo tener ninguna duda, no puedo preguntar. Si el examen no es difícil no puedo preguntar. No me puedo equivocar, no puedo suspender. Tiene que salir bien.

Sin darme cuenta, empiezo a temblar. Las manos se me agarrotan sobre la mesa al intentar coger el lápiz y sin poder evitarlo, mi boca se encuentra balbuceando palabras a penas inteligibles. La mirada se me pierde y mi visión se vuelve borrosa. Los oídos se me agudizan por un instante y alcanzo a percibir el rasgar de algún bolígrafo empezando a escribir. Entonces los sonidos se atenúan, se apagan y no soy capaz de escuchar nada más. El pecho me arde con cada bocanada de aire pero no consigo respirar debidamente. Cada jadeo me ahoga un poco, cada segundo se eterniza mentalizando otro fracaso más.

<<Eres una negada>>.

No lo voy a conseguir. No importan en absoluto todas las horas de estudio invertidas. ¿Para qué el esfuerzo? Soy una negada. No seré capaz de hacerlo como los demás. No sirve de nada intentarlo si está destinado a salir mal. Un error más sumado a la lista, una caída más de la que no me podré recuperar. ¿Cómo es posible que vuelva a caerme antes de levantarme?

Me pregunto cómo mis compañeros son capaces de afrontar la situación mientras yo me ahogo en mi pequeño charco de mugre. Mis sueños no son más que imágenes perdidas en una cabeza que debería haber estudiado todavía más. Mis queridas ambiciones tiemblan, despedazando los pilares de mi integridad. Puedo ver como mis ojos se nublan al llenarse de lágrimas. Voy a fracasar.

-Buena suerte -La profesora me sobresalta al pasar junto a mi pupitre-.

El examen cae encima de la mesa como un arma apuntando hacia el pecho de su víctima. Siento como una bala me atraviesa al leer el primer enunciado. No consigo entender lo que dice. Vuelvo a leerlo. <Resuelve la siguiente ecuación y señala todas las posibles respuestas>.

A lo lejos, oigo como los demás empiezan a pasar páginas. Si me giro les veré concentrados y escribiendo. Vuelvo a leer el enunciado. Una lágrima anuncia el comienzo de mi derrumbo.

<<¡Deja de llorar y empieza a escribir! ¡No te va a dar tiempo!>>

Miro el reloj y vuelvo a leer el enunciado.

La voz de la ira me grita. La voz de la negatividad me persigue. Me rige la voz de la duda, y yo me convierto en la voz del miedo.

* * *

Llorar no suele ser plato de buen gusto. Encerrarte en tu habitación y gritar contra la almohada no es una escena digna de aplauso. Nunca es bonito llorar cuando te sientes mal. Pero cuando sientes que tu cuerpo va a desgarrarse, que pierdes la fuerza con cada jadeo; cuando sabes que no puedes hacer nada pero aun así buscas soluciones; cuando te ahogas en un mar de impotencia, llorar es lo único que consigues.

Me arrastro como puedo hasta el baño. Frente al espejo, le devuelvo la mirada a la chica en el reflejo. Tiene los ojos rojos e hinchados. No es difícil ver que está rota. Cierro los ojos, provocando una nueva ola de lágrimas.

<<Siempre igual. ¡Deja de llorar de una vez!>>

-No –Susurro de manera casi imperceptible.

Abro los ojos y repito la palabra como si de un mantra se tratase. Clara. Y fuerte.

-No –En el espejo, mi reflejo sonrío entre las lágrimas.

* * *

<<¡Llegamos tarde!>>

Giro la cabeza para mirar el reloj. Son las cuatro de la mañana. Aún en la cama, respondo:

<<Gracias por el aviso, por ahora sigamos durmiendo>>.

La habitación está sumida en la penumbra, ni un ápice de luz entra por la ventana. Doy la vuelta a la almohada y sigo durmiendo.



El piano dejó de hacerse escuchar hacía muchos años. Las manos ya no sabían cómo debían moverse en aquel extraño y a la vez tan conocido mundo. Kit había olvidado cómo sonaba una nota y lo único que escuchaba, era el silencio que hasta su corazón marcaba.

Un genio de la música abandonado en un mundo lleno de silencios. Su mente no le dejaba escuchar nada más allá de la oscuridad de sus propias ideas. Amargado y esclavizado por una inmensa y gratificante tristeza.

Había decidido hacía ya mucho dejarse consumir por su desilusión, arrojarse al eterno y desesperanzado destino.

Después de haber sido un reconocido pianista, los años hicieron que su magia y su brillantez se fueran fundiendo con el tiempo, liberando cenizas que quemaban sus fuerzas. Tras aquel concierto en el que todo se convirtió en una armonía sin música, sus manos y cuerpo habían abandonado el ritmo al que la vida antes le guiaba. El compás que previamente seguía, había sido desplazado por un sentimiento de vacío, que había aparecido sin ser compuesto y tampoco interpretado.

En aquel día lejano, aquel concierto destrozado en el que el piano no obedecía a lo que sus manos le pedían que marcara, su alma se dispersó como el sonido de las notas que no sonaron.

Tras años de desesperanza y cabeza baja. Tras años de ruidos que nada tenían que ver con la música que él conocía, al fin escuchó lo que era el verdadero silencio.

Cuando Margaret entró en casa a enseñarle a su abuelo Kit como tocaba el violín, escuchó. Escuchó como nunca antes lo había hecho. Un viejo sin vida, que escuchaba después de años sin haber oído nada.

Pero no escuchó la música del violín. Escuchó los silencios que había entre las notas. Escuchó el susurro que nadie era capaz de percibir.

¿Has escuchado el eco eterno del silencio? ¿Las voces que hablan cuando las cuerdas no vibran? ¿El zumbido de la mosca que no vuela?

El sonido del inmenso vacío, que desata la locura y arrasa con el equilibrio. Que destruye y destituye al sano pensamiento, por la oscuridad y la preciada incoherencia.

Y en este silencio, en el que el pensamiento y las voces de la conciencia fluyen, se presenta el abismo al que el ser humano odia caer. El agujero infinito del entendimiento del alma, de la comprensión de uno mismo. El conocimiento de los más internos sentimientos.

Kit se vio expuesto al reconocimiento de su propio interior. Su alma de acero inquebrantable, cúpula abovedada. Pensaba que era impermeable y sagrada, una fortaleza acorazada.

Equivocadas ideas, pues más frágil que el llanto eran sus cimientos. Y con un solo y único pensamiento, se derrumba y sangra.

Exponía el interior al abrasador sentimiento. Asimilando lo que el corazón le gritaba. Se hundieron sus ideales y decidió, a la locura atado, ahogarse con ellos. Antes de aceptar, que el amor recorría su cuerpo.

El amor a la vida, al mundo, al vacío. La inexplicable alegría que sienten los enamorados del mundo cuando observan lo que les rodea. Los artistas deprimidos que descubren que el mundo oscuro es una obra maestra dispuesta a ser retratada.



El sol caía tras las montañas y el cielo se volvía rojo y naranja. A lo lejos, las campanas de la capilla anunciaban el fin del día, coreadas por los cencerros del ganado. El paisaje parecía de otro tiempo. Apoyado en la ventana, el cronista Florián Casas observaba distraído y daba vueltas a la cucharilla entre sus dedos. Una mujer mayor entró en la salita y se sentó enfrente de la mesa. Con las manos temblorosas, sirvió café en las tazas.

–Perdone que le haya hecho esperar.

Él negó con la cabeza y esbozó una sonrisa amable.

–¿Y bien? –preguntó ella–. ¿Qué quería saber acerca de Estefanía?

–Tengo entendido que... –Florián pausó por un segundo. Revolvió el café, mirando

fijamente antes de continuar–. Usted sabe cómo ha muerto, ¿no es así? Lo vio.

–Bueno, podría decirse así. Aunque fue ya hace mucho. Fani, la llamábamos en realidad.

–¿Y puedo preguntarle qué es lo que recuerda exactamente?

–¿Eso le ayudaría?

El hombre dio un trago y asintió.

–Está bien –dijo, la mirada perdida al otro lado de la ventana–. Antes los atardeceres duraban más tiempo.

–¿Perdón?

–A veces unos minutos solamente, pero en verano duraban horas. Por eso volvíamos temprano a casa. Nuestros padres no querían que nos tropezásemos con algún fantasma. Los muertos dicen muchas cosas, muchas mentiras, ¿sabe? No son las mismas personas que cuando están vivos –acarió el asa de la taza con los dedos huesudos sin apartar la vista del horizonte–. Hasta la noche no nos dejaban salir de casa.

–Creo que no la sigo –no era la respuesta que esperaba oír.

–Mis amigos y yo encontramos a Fani al atardecer. A los niños no nos daban miedo los muertos y, por eso, las tardes de verano nos bañábamos en el río.

Florián forzó una sonrisa para apremiarla a continuar. Le estaba resultando más difícil de lo que había esperado.

–¿Conoce el Valle de los Peregrinos? Allí era. En el medio del bosque no nos molestaba la gente, y tampoco los muertos. Nuestros padres se enfadaban a veces, pero nada más. En el río construíamos fuertes con piedras y diques y puentes sobre el agua. Después de la lluvia, la corriente era muy fuerte, tanto que no nos atrevíamos a bajar más allá de los rápidos, porque nos arrastraría a las rocas más grandes. Un día, recuerdo, fabricamos unas cañas de pescar para atrapar truchas en la zona profunda...

–Perdone que le interrumpa... –el escritor enrojeció nada más hablar.

–Lo siento, sí, eso no es importante –la señora carraspeó y fijó los ojos en la mesa de madera–. Por aquellos días todo el mundo buscaba a Fani –trazaba círculos lentos con la cuchari-lla en la bebida–. El pueblo entero había organizado partidas por el monte y la costa para encontrarla. Hacía ya una semana que había desaparecido.

» Mi hermana y yo fuimos a buscarla al río: pensábamos que podría volver en cualquier momento. El atardecer amenazaba con alargarse, pero no nos preocupaba. Entonces escucha-

mos su grito. El ruido constante del agua escondía su voz, pero nos llamaba. Estábamos seguras. Corrimos río abajo. Fani lloraba y chillaba, sujeta a una rama que se desprendía. La corriente la zarandeaba de un lado a otro y el pelo, oscuro y empapado, le tapaba la cara. Le costaba respirar.

» Entré en el río, mientras mi hermana me sujetaba. Apenas me mantenía de pie. Anduve con su ayuda, resistiendo los tirones y tragando agua. Fani no me miraba. Se encogía con todas sus fuerzas, aterrorizada. Le grité hasta que me hizo caso, tendiéndole una mano. Me miró con sus ojos redondos y negros, llenos de tristeza, pero no hizo nada. Me acerqué con esfuerzo; el agua me llegaba por los hombros. Mi hermana tuvo que soltarme. Antes de que la corriente me desequilibrase, me abalancé sobre Fani. Seguía gritando, pero no quería mi ayuda. Nunca olvidaré cómo la sujeté e intenté tirar de ella hacia la orilla. Cómo mis manos la rozaron y después la atravesaron como si fuese aire. Cómo sus ojos me parecieron vacíos, mientras observaban con calma mi caída.

En la sala se hizo un silencio incómodo.

–¿Está bien? –alcanzó a decir el hombre.

–Sí, claro, sí –respiró hondo–. Ya hace mucho de eso. Florián bebió y se revolvió, incómodo.

–¿Y qué le pasó a usted? ¿Y su hermana?

–Mi hermana vive lejos de aquí. Ella –suspiró–, se fue a vivir a la ciudad. Ya no hablamos –el hombre asintió comprensivo–. En cuanto a mí... –continuó–. Bueno, mire por la ventana.

El cielo oscurecía con la llegada de la noche. Las últimas pinceladas naranjas se desvanecían a medida que el sol se ocultaba. La mujer mayor sonreía.

Guanyadors i finalistes - 19a Edició

Primera Categoria
Premi desert

Segona Categoria

Els ulls que no veuen. Maria Canals González
(Escola Jardí, Granollers - Espanya)

Qüestió de principis. Blanca Valero Morales
(St. Paul's School, Barcelona - Espanya)

Un viatge inacabat. Raquel Sabaté Torrubia
(St. Paul's School, Barcelona - Espanya)

Umara. Gemma Ibáñez López
(Escola Valldemia, Mataró - Espanya)

Te verd. Alice Oliver Contín
(Escola Jardí, Granollers - Espanya)

Tercera Categoria

Insòlit regal de Nadal. Aina Casal Pelegrí
(Escola Roig Tesalia, Barcelona - Espanya)

Llàgrimes fredes. Berta Miró Pellicer
(Escola Jesús Salvador, Sabadell - Espanya)

Passeig abans de sopar. César José de Almenara de la Peña
(Escola Valldemia, Mataró - Espanya)

Confidències. Anna Casal Pelegrí
(Escola Roig Tesalia, Barcelona - Espanya)

Fill de la revolució. Adrià Ibáñez Pelegrí
(IES Samuel Gili i Gaya, Lleida - Espanya)





Català

- ➤ **Guanyadors i finalistes - 19a Edició**
Primera Categoria
Premi desert

Català

➤ ➤ Guanyadors i finalistes - 19a Edició Segona Categoria

Els ulls que no veuen. Maria Canals González
(Escola Jardí, Granollers - España) - Guanyador

Qüestió de principis. Blanca Valero Morales
(St. Paul's School, Barcelona - España)

Un viatge inacabat. Raquel Sabaté Torrubia
(St. Paul's School, Barcelona - España)

Umara. Gemma Ibáñez López
(Escola Valldemia, Mataró - España)

Te verd. Alice Oliver Contín
(Escola Jardí, Granollers - España)



Obro els ulls i veig gent amb bata blanca. La sala és plena d'aparells que m'atabalen. Això és casa meva? On és la meva dona? Intento aixecar-me, però m'ho impedeixen, em diuen que sóc a la residència i que haig de descansar. No entenc res. Els dic que he d'anar al lavabo i m'incorporo, m'hi acompanyen. De camí voregem una taula. M'hi aturo. Al damunt hi ha una nota que diu «Llegeix-me, Asher». L'obro tan de pressa com puc. «Segurament no recordaràs res, i per això t'he de dir que pateixes alzheimer, que la teva dona va morir fa quatre anys i que vas ser presoner al camp de concentració d'Auswitch, d'aquí ve el número que tens marcat al braç dret. Atentament, tu mateix: Asher.» Immediatament els dic que marxin, que vull estar sol, assenteixen. Els miro mentre creuen l'habitació. Veig que una infermera li diu a una altra alguna cosa mentre s'assenyala el braç. Un home les escolta atentament, no aconsegueixo sentir el que diuen. Miro el rellotge que marca les cinc del matí. Poc després m'adormo i entro en un somni on puc caminar i caminar sense oblidar. Sé d'on vinc i recordo el camí que segueixo, visc amb la meva dona, un lloc on sóc feliç.

Avui tinc el cap clar. Havent dinat baixo a la cantina de la residència i de sobte m'atura una infermera. Em comunica que tindrè un nou company d'habitació, que es diu Rajam. Li demano que m'ho apunti en un paper. La curiositat em pot i no trigo a tornar a l'habitació. En arribar veig un home d'estatura mitjana i cabells foscos. Malgrat les ulleres, veig uns ulls que em resulten familiars, per alguna raó penso que formen part de la meva vida. Es presenta amb un somriure. Li corresponc i em presento jo també mentre em dirigeixo a l'escriptori per escriure que tinc un company d'habitació i que es diu Rajam. Xerrem una estona, sembla un bon home.

Tot i que segueixo cansat i fart de tot això, els dies al seu costat no són tan difícils, sovint parlem i riem. M'explica històries de quan era jove: m'agrada perquè em distreu. Em fa mal, però, no poder compartir amb ell les meves aventures. Després de tot, admiro aquest home. Admiro la seva positivitat i com és de feliç. Ens duem molt millor del que podia esperar i crec que m'ajudarà molt.

Cada dia sé més coses d'ell i gaudeixo les estones al seu costat. Puc dir que ens hem fet molt bons amics, és una persona increïble. Malgrat tot, segueixo trist.

Avui han vingut els metges i m'han dit que el tractament no fa gaire efecte. Es pensen que no ho noto? M'assec al costat de la finestra i l'obro, necessito que em toqui l'aire. El meu company s'adona del que em passa i m'ofereix anar a voltar pel pati. Accepto. Diu que potser farà fresca i s'abriga. Un cop a baix, ens asseiem en un banc on toca el sol. Gens de fred, al contrari. Es treu el jersei i, per primer cop, em fixo en el número que té escrit al braç. M'enxampa. Tot aquest temps plegats i no m'havia dit que també va ser presoner a Auswitch. Confessa que és per això que va demanar compartir habitació amb mi. Ja no m'amaga res: ens passem la tarda parlant: m'explica la seva història al camp de concentració, i això em provoca flaixos d'aquells dies. Finalment li dic que estic cansat i que m'agradaria tornar a l'habitació. Em fa que sí amb el cap i pugem. Vull dormir.

Cada dia estic pitjor i no paro de pensar en el sentit de la meua existència. He arribat a la conclusió que no sé què faig aquí. Ja no puc més. Hi he vingut a morir, oi? Sento que no hi ha necessitat de patir. Pensava que hi estaria bé, però és una tortura. Viure envoltat d'avis que no paren d'explicar batalletes de quan eren joves i que no paren de rondinar per com han canviat algunes coses, no m'ajuda. És com si de cop i volta a tothom li hagués agafat per parlar sobre el passat; per això no puc evitar veure'ls com àlbums de records. Intueixo que el meu company ha notat que estic fart de tot això i m'intenta fer riure, em parla sobre cada un dels infermers i infermeres. Valoro el seu esforç però ja no hi ha res que m'animi.

Cada vegada ho tinc més clar i crec que per fi ha arribat l'hora, així que agafo forces i li dic:

—Ja fa temps que et vull demanar un favor, i ara que ens hem fet bons amics crec que és el millor moment. No puc més: visc apuntant-ho tot en un paper, no recordo gairebé res de la meua vida, i el pitjor de tot és ser aquí tancat sabent que no en podré sortir mai. No vull seguir així. Ajuda'm a morir.

—Veig que ha arribat el moment —em respon en un to poc habitual en ell—. Abans, amic, t'ajudaré a fer memòria. Quan vaig escoltar a aquelles infermeres parlant: «Saps l'Asher, l'home gran d'aquí davant que pateix alzheimer, porta un tatatge que sembla d'aquells que surten als documentals dels camps de concentració...», vaig pensar que tenia un company de penes, però els teus ulls em van revelar qui eres realment. Els tenia tan presents que no hi podia haver confusió. Així que vaig començar a lligar caps. Mai no vaig deixar de pensar en aquells dos oficials nazis que havien desaparegut del mapa. En el seu moment no vaig aconseguir trobar-ne resposta, però mai vaig deixar de buscar. Em vaig jurar a mi mateix que hi hauria venjança. Qui havia de dir que seria aquí, en una residència, on el cercle es tancaria. Quina gran idea, tatuar-vos un número de presoner i canviar de nom. Veig que tu vas triar «Asher», felicitat en hebreu. Era un pla perfecte, o almenys ho semblava. Hi havia un problema: us vau capficar tant en fugir que no vau caure en la possibilitat que triéssiu un número que correspongués a un presoner de debò. Onze milions de persones innocents van morir per culpa de gent com tu. Jo

vaig tenir sort, però vaig veure com mataven, d'un a un, cada membre de la meva família. Ara només em quedes tu, així que no et complauré i no faré el que em demanes, Rolf Hauser, sinó que seré aquí, observant com pateixes. Dia rere dia, fins a l'últim.



L'Elisabet estava esperant a la recepció, intentant no moure frenèticament el genoll amb impaciència. Les entrevistes sempre la posaven molt nerviosa.

-Ja pot passar, senyoreta Palau.

La noia es va posar dreta i es va allisar els plecs de la faldilla, ràpidament passant-se els dits pel cabell i respirant profundament amb l'objectiu de calmar-se una mica. Agafà la cartera que duia el seu treball més recent, el seu currículum i les seves referències, se la posà sota el braç i entrà amb confiança per la porta que la secretària li havia prèviament indicat.

-Vostè deu ser la senyoreta Palau-, va dir l'home que seia re-re l'escriptori mentre la porta es tancava darrere de l'Eli amb un subtil "clic". No va pujar la vista dels papers que tenia davant. -Si us plau, prengui seient.- Va fer un gest cap a una cadira davant de la seva taula i ella es va asseure.

-Digueu-me per què voleu treballar per aquesta empresa-, va dir, sense deixar de llegir els papers que estava fullejant en el seu escriptori.

-Té una excel·lent reputació pels seus principis sòlids amb el client i el seu personal. A més, l'empresa té grans polítiques per a les dones.

L'home, per fi, va apujar la vista i va mirar-la als ulls. -I per què creu que això apel·la a vostè personalment?

-Perquè vull ser capaç de dormir a la nit, gaudir del lloc on treballa i avançar en la meua carrera. I perquè sóc òbviament una dona-, va respondre l'Elisabet.

-Òbviament.- Es va recolzar enrere i creuà les mans sobre el seu ventre. -Quina qualitat considereu més important en una persona a l'hora de fer negocis, senyoreta Palau?

-L'honestedat i la integritat, va respondre ella ràpidament, sense vacillar un instant.

-De debò? I la innovació, el compromís amb l'excel·lència o la lleialtat?- va preguntar ell amb sequedat.

Ella es va moure incòmoda en el seu seient. -Si una persona és honesta, es dedueix que és lleial. Si té integritat, certament està compromès amb l'excel·lència.

Va pujar una cella. -I vostè té integritat, senyoreta Palau?

-Absolutament.

La seva cella va tornar a pujar. -Es consideraria honesta?

-Sí, senyor. En definitiva.

-Si us plau, expliqui's.

-Explicar? Que sóc honesta?- preguntà, nerviosa.

-En efecte.

-Emm., doncs, a vegades sóc massa honesta.

-En quin sentit?- va preguntar ell, els seus ulls concentrant-se en ella amb intensitat.

-En alguna ocasió, he dit més del que hauria hagut de dir, o he dit la veritat quan hauria sigut millor que romangués en silenci.

-Això no sembla honestedat, sinó que vostè no deixa de ficar la pota-, va dir rotundament, i tornà la seva mirada als papers que tenia davant seu.

-No, no!-, va exclamar. -Vull dir, no acostumo a dir coses equivocades o a ficar la pota com vostè ho anomena, però de vegades, quan algú em demana la meva opinió sincera, els la dono en comptes de dir allò que ells volen sentir.

Es va tirar enrere de nou, instal·lant-se còmodament a la seva cadira. -Li agrada aquesta corbata, senyoreta Palau?

-Disculpi?

-La meva corbata, li agrada?

-Preferiria no respondre, senyor-, va dir l'Eli avergonyida.

-Vinga, senyoreta. Vostè està sol·licitant un treball a la meva empresa i ha presentat la seva honestedat com la seva qualitat més valuosa. Ara li estic demanant una demostració de dita qualitat.

Ella el va mirar amb cura, d'alguna manera segura que això era una trampa, però no sabia on esperava que fallés exactament. En adonar-se que els resultats d'aquesta entrevista depenien de la resposta a la següent pregunta, va quadrar les espatlles i el va mirar als ulls. -No, senyor, no m'agrada.

A l'Elisabet va semblar veure com la comissura de la seva boca es torcia. -I què és el que no t'agrada d'ella?

-Honestament?- va preguntar, i després va posar els ulls en blanc a causa de la seva pròpia estupidesa. -No m'agraden els colors, no l'afavoreixen. L'estampat és retro, però vostè no em sembla un tipus d'home retro, i la textura sembla estranya des d'aquí, encara que hauria de tocar-la per estar segura. Vostè em sembla un home de corbata de seda. També és massa estreta per la seva envergadura. Als homes amb espatlles amples no els hi escauen les corbates així de fines. -

Es va aturar. -En la meua opinió, senyor... - va afegir amb una veu suau i es mirà les mans.

-Ben dit. El seu coneixement de roba masculina no és enlloc en el seu currículum.

-El meu pare és l'encarregat d'una sastreria.

-Ja veig. El cas és que va ser un regal de la meua mare. Vostè què li hauria dit si hagués estat en el meu lloc?

-Ostres, no ho sabia... Disculpi.- L'Eli estava molt avergonyida. -En realitat, segur que ella li va comprar la corbata amb tota la il·lusió del món. No m'hauria semblat malament donar-li les gràcies i regalar-li un somriure, per tornar-li el favor i fer-la feliç. Al cap i a la fi, és la seva mare! Una mentida piadosa no fa mal a ningú.

-M'agrada com pensa vostè. - L'home es va posar seriós.- Avui recompensaré la seva honestedat amb honestedat, senyoreta Palau. No crec que la contracti per la feina que ha sol·licitat. L'Elisabet es va quedar bocabadada. Totes les aspiracions que tenia van quedar destruïdes. No havia aconseguit la feina. Quina pèrdua de temps, tot plegat! Va abaixar la mirada i va assentir amb tristesa.

-El que vull dir és que no m'interessa contractar-la com a becària. En lloc d'això, li interessaria esdevenir la meua secretària personal?-, va oferir amb un ampli somriure.

-Però... no m'ho puc creure! Ho diu de veritat? I la seva secretària actual?

-La Montse? - va riure - Necessito algú que em doni consells de veritat, i la seva honestedat m'ha impressionat. Tinc constància que la meua corbata és veritablement lletja. Li he fet la mateixa pregunta aquest matí a la Montse i ha deixat anar un simple "és bonica..." amb un mig-somriure ben fals. A més, ja fa un temps que hauria d'haver agafat la jubilació. Llavors, accepta la feina?

-És clar que sí!- va exclamar l'Eli amb emoció. Els seus ulls, per una vegada, eren plens de vida.



Vaig somriure, la vaig mirar als ulls i vàrem somriure plegats com sempre; no, no com sempre.

Ella també ho sabia, hi havia alguna cosa que s'interposava, i no era el vidre de l'autobús. Ella va abaixar la mirada, sabia el que estava pensant. Tot i que sentia frustració, era més el sentiment d'angoixa, de por, que es tornava insuportable dintre meu. Tot i així vaig continuar mirant-la, per no oblidar ni l'últim detall seu. Els seus trets suaus i delicats, cabells ondulats i rossos, les seves orelles punxegudes, els seus llavis fins i, sobretot, aquells ulls somiadors i francs en els que confiava cegament. Aquells ulls blaus que no podria oblidar, per molt que ho intentés. Ningú l'havia vingut a acomiadar i em sentia traït per tots els que apreciaven a la Bianca. Perquè marxava lluny i marxava molt de temps. Va ser amb aquella última mirada quan ens vam adonar del sentiment que ens unia. I vaig preguntar-li, per què?

Em mirava, vaig llegir als seus ulls tots els sentiments que m'intentava ocultar. Se sentia impotent, trist, perdut... i traït. Vaig deixar que m'examinés, com ja havia fet tantes altres vegades, però aquesta vegada era diferent, era l'última, ell no

ho sabia però jo sí, no creia que ens tornéssim a veure. No sabia a on anàvem, quan temps estaríem, però sabia una cosa, res seria igual, perquè ell no estaria amb mi. Vaig respondre, sense paraules, amb un gest, un gest que ell coneixia molt bé.

Ho va fer, va dibuixar un estel, va traçar el nostre signe. Un signe que volia dir que podíem comptar l'un amb l'altre. Estava confús, què volia dir? Vaig sentir al conductor anunciar que era l'hora. L'hora de què? De marxar? De preparar-se? De fugir?

- És hora de marxar -va dir.

Va tancar totes les finestretes, una per una. Per cada finestra tancada se sentia un xiscle i un sanglot. Quan van tancar la seva finestra, no vam dir res. Vam esperar en silenci.

Quan ja no es veia l'autobús, vaig començar a retrocedir lenta, molt lentament fins al cotxe, on m'esperava la mare. Afortunadament, no em va preguntar res. Això m'agrada de la mare, no em dedica massa atenció però quan la necessito m'ajuda i no bombardeja amb preguntes com he vist fer a altres

mares. El meu pare va morir fa set anys, jo era molt petit i no me'n recordo gaire d'ell tot i que la mare diu que m'hi assemblo molt. Ara, la mare té dos feines, durant la setmana és advocada i els caps de setmana treballa els matins com a escombriaire en un barri molt luxós.

- S'ha acabat? -pregunta.

- Sí, s'ha acabat, s'ha acabat, s'ha acabat... - ho repeteixo moltes vegades fins que realment me n'adono del que ha passat. Ha marxat!

La mare em mira intentant decidir com reaccionar, opta per conduir en silenci. Arribem a casa i no sé què fer, m'estiro al llit, intento llegir però mentre els meus ulls ajunten les lletres sense parar, la meva ment tampoc deixa de pensar. Acabo amb un mal de cap i només miro per la finestra. Els veïns acaben d'arribar, perquè sento passes al pis de dalt.

El temps passa i un dia rebo una carta, de la Bianca. M'explica que està a l'Equador, està molt lluny! També m'ha dit que em troba a faltar i que espera que ens veiem aviat.

Fa tres setmanes que vam arribar, ahir em vaig atrevir a escriure-li una carta. Li explico on sóc, que fem, i sí, li dic que vull veure'l. Espero que sigui aviat. La vida aquí no m'agrada gens, tot el que fem es netejar la casa, cuinar, netejar la casa, cuinar...

M'ha respòs, diu que està trist i que li envii fotos. Li he enviat una de la casa i una altra del paisatge. No és que sigui molt diferent, però així sap com és.

Ahir el pare va venir i ens va anunciar que hem d'anar amb compte, ens poden estar seguint. Ens vam quedar de pedra i va explicar que aquella era la raó per la que ens havíem mutat. Tinc por però ara ja sé que no he de sortir sola de casa.

Bé, sé que vaig dir que no ho faria però ahir em vaig escapar al poble perquè tenia curiositat. Van estar tot el dia anunciant que vindria un mag i volia veure'l. Ha sigut un error, només sortir de casa he notat que dos homes feien la mateixa ruta que jo. Mitja hora després no semblava una

coincidència i m'estava començant a espantar. Quan ja no han pogut dissimular-ho més, han començat a caminar més de presa. M'he posat a córrer i he anat directament a casa. Li he dit al pare tot el que havia passat. M'ha donat un mastedot i després s'ha posat nerviós. Ha dit que hauríem d'amagar-nos. Això és més greu del que sembla.

Han passat sis anys, no he rebut ni una carta més de la Bianca, jo li he escrit moltíssimes cartes i res, no hi ha resposta. Estic començant a preguntar-me si la tornaré a veure. Tot ha canviat, la mare és massa gran per fer tanta feina i jo treballo per ella. Ja no vaig a l'escola ni tampoc a la universitat. He d'ajudar a la mare en tot el que puc i no em sobra gaire temps lliure que diguem.

Tot i així, cada dimarts a les dotze del migdia vaig a la parada d'autobusos a esperar a la Bianca.

Però res, perquè res canvia?

Estem a punt d'arribar! No m'ho puc creure, han passat quants, tres, quatre anys? Sis anys.

He estat rebent les cartes que m'enviava però no podia enviar-li res. El pare m'ho havia prohibit.

I ara sis anys després tornaré a veure'l, sembla mentida. Potser ni se'n recorda de mi...

Avui és dimarts, l'últim dimarts de l'any, i he decidit que si avui no arriba, s'acabarà aquí. Mentre esperava he vist un autobús i d'una ullada he vist una cabellera rossa. Com cada vegada que en veig una, el cor m'ha començat a bategar de pressa, la noia ha baixat però no tenia cap semblança amb la Bianca. Al següent autobús, no hi ha hagut res estrany. I quan l'últim ha arribat, hi havia una altra cabellera rossa! Ha baixat, i s'ha girat. M'he quedat sense alè. Era ella! M'ha mirat i he trobat aquells ulls somniadors que ara ja són madurs. Hem estat així durant uns minuts i finalment...

Ha alçat la mà dibuixant un estel.



Quan tenia 7 anys era feliç. Després de l'escola amb els meus amics berenàvem a la plaça que hi havia dos carrers darrera casa meva. Recordo que ma mare em tenia l' entrepà preparat a la taula del rebedor perquè pogués deixar la motxilla al penjador i no hagués d' entrar amb les sabates del carrer plenes de sorra del pati a casa. M' agradava molt anar a l' escola, cada dia aprenia alguna cosa diferent. A la tarda, a l' acabar l' escola a les 4:30, sortia com una boja corrents cap a casa per deixar la motxilla, agafar l' entrepà de la mare i anar a la plaça a berenar i a jugar amb la pilota del Hamza. La tarda ens passava molt ràpida. Cap a les 8 del vespre tots tornàvem a casa a sopar. Tenia molts amics.

El 16 de febrer vaig fer 8 anys, estava molt contenta aquell dia, m' estava fent gran. Els meus amics em van felicitar a l' escola, però no tots van venir aquell dia. Segurament estaven constipats, vaig pensar. A la tarda, a la plaça només hi érem el Hamza, la meva millor amiga, Amila i jo. No entenia per què els altres que havien anat a l' escola no hi eren. M' hagués agradat haver jugat amb ells el dia dels meus 8 anys. Rondaven les 7 de la tarda, estàvem jugant a la pilota, quan el

Hamza va fer un xut molt llarg i va enviar la pilota a l'altre carrer, l'Amila la va anar a buscar perquè li agafava més a prop, el Hamza i jo l' observàvem. Es va ajupir per agafar-la, però quan es va aixecar... un home amb un vestit de camuflatge se la va mirar, ella espantada, el va mirar i... ell va treure una pistola i li va disparar al pit. Aquell moment el recordo com si fos ahir. Em va passar tot molt lent, just a l' instant de veure a l'Amila caient a terra, vaig mirar al Hamza i els dos vam arrencar a córrer. Crec que mai havia corregut tan ràpid a la meua vida. No sé què pensava quan vaig començar a córrer però la cara d' aquell maleït soldat mai se m' oblidarà.

Vaig pujar el primer carrer per anar a casa meva, quan vaig sentir un altre tret. En aquell moment el cor se'm va parar. Vaig pensar amb el Hamza, desitjava que no li hagués passat res. A l'arribar al segon carrer, una dona cridava desesperada, quan uns instants després es va sentir un tercer tret. Per fi era a casa meva, vaig picar a la porta tan fort com vaig poder, segons després ma mare em va obrir. Vaig pujar corrents les escales i em vaig dirigir a la meua habitació. Ma mare corria darrere meu per saber què estava passant. No podia parlar, estava molt cansada, i no podia assimilar el que acabava de

'passar. Mai m'he atrevit a parlar d' aquell dia amb ma mare. Però suposo que quan em va veure la cara, va entendre què havia passat. Minuts més tard, el meu pare va entrar per la porta, la va tancar de cop. Va fer molt de soroll. Els meus germans, acabaven d' entrar a la meva habitació per saber què estava passant mentre cada vegada se sentien més trets. El meu pare cridava amb tanta força, que mai l' havíem sentit cridar així: Eeeh! On sou?! Fàtima?! Ismail?!

Anava cridant els noms de cada un de nosaltres, fins que va entrar a l'habitació i ens va veure tots allà. Va fer un sospir molt llarg, i va dir: -Us haig d'explicar una cosa-. Els seus ulls brillaven, estava plorant. Mai l'havia vist així. Va tornar a fer un sospir igual o més llarg que l'altre. Ma mare va dir: -Què està passant?-. El pare se la va quedar mirant, i tot seguit ens va mirar a nosaltres. Es va asseure a la cadira de darrere la porta i ens va dir: -H em de marxar molt lluny d'aquí abans que sigui tard. Hem d' estar fora d' aquí abans que ens enxampi la guerra-. El miràvem amb molta atenció. Ens vam quedar callats, i llavors vaig entendre allò de l'Amila. Des d'aquell dia, no vam tornar anar a l' escola, tampoc a la plaça. Estàvem tot el dia a casa. Quan havíem de sortir a comprar alguna cosa, no ho podíem fer a determinats horaris.

Poques setmanes després, la ciutat era quasi buida, diverses bombes havien explotat a edificis a prop de casa nostra, no volíem que el següent fos el nostre. Vam agafar les coses mínimes i necessàries per marxar, però justament quan estàvem a punt de anar-nos-en, van trucar a la porta. Espan-

tats, ens vam amagar sota els llits, però el meu pare va obrir la porta i dos soldats se'l van endur. Recordo escoltar que un li deia a l'altre pel seu nom: Tarek. Això ens ho esperàvem. Al meu pare se l'emportaven per ser executat. La mare va començar a plorar quan se'l van endur. Poques hores després, el pare, va entrar per la porta. No podíem creure què feia a casa. Sorpresos de la seva arribada, ens va dir que era un simulacre d'execució, però que a la pròxima seria de veritat. Minuts després érem fora de casa, agafant camí a un futur millor. Cap de nosaltres sabíem on anàvem.

Volíem fugir d'aquell infern. Portàvem uns quants dies fora de casa. El menjar s' estava acabant, teníem gana i set. No érem els únics que fugíem, davant nostre hi havia moltes persones més. Quan caminàvem per un camí de sorra, uns soldats es van plantar davant nostre, no érem els únics vivint aquella situació en aquell moment, famílies amb nens també estaven patint allò. Ens van dir que el meu germà Ismail havia d' anar a la guerra, si no ho feia, tots nosaltres seríem executats menys ell. Odio la paraula executar. Desgraciadament, el meu germà es va separar de nosaltres. El menjar s'havia acabat, passàvem molta gana, tan sols quedava aigua. Una nit freda, vaig sentir crits de dones i nens plorant. Ens van despertar a tots, quan un soldat se'm va acostar (no estic segura si era un soldat o una persona que trafica amb dones), em va agafar del braç amb tanta força que em va aixecar, es deia Haddad crec: el seu companys el va cridar i es va girar. No em podia resistir, seria molt pitjor. Em va pujar a un camió

plè de nenes com jo, cap de nosaltres dèiem res, hi havia nenes més petites que ploraven perquè trobaven a faltar les seves mares. Tot era fosc, no es veia res. Més tard, ens van baixar del camió, podia veure el bosc, i una casa d'una paret blanca però molt bruta gràcies a les llanternes que portaven. Vam entrar en aquella casa, estava molt espantada, mai m'havien separat de la meva família. Des que vaig entrar a aquella casa, sentia veus de soldats cridant a dones que ploraven, una d'elles va dir: Hilal deixa' m anar si us plau! A cada una de nosaltres ens van posar en habitacions separades crec.

Tot és fosc i no puc veure res. Porto dies aquí, ho sé per què un cop al dia ens porten un tros de pa amb un got d'aigua, i ja en porto 5. Em pregunto què serà de la meva família, com estarà? Tan de bo pogués veure a la Yaiza, la meva germana gran, la trobo a faltar, o l' Ismaíl, i desitjar-li tota la sort del món . Als meus pares els voldria dir que no es preocupin, que estic segura que d' aquí poc tornarem a estar junts.

Des d' aquell dia que va començat tot, el Hamza, que haurà sigut d' ell? L'únic que sé fins ara, és que estan pagant per trobar-me.



A l'estiu hi anava cada dia per ajudar la mare. En aquells anys hi havia molts turistes i gairebé sempre, el bar estava ple. Passar les vacances treballant-hi, era una de les coses que més m'agradava. El bar era a tocar del mar. A l'hivern amb prou feines hi havia clients; només hi venien els del poble. En canvi, a l'estiu hi havia molt ambient, podies trobar estiuejants i tot de gent diversa.

Un matí mentre ajudava a servir esmorzars, em va cridar l'atenció una noia que estava asseguda a la taula número vint-i-u, apartada de la resta, al costat d'un quadre amb una tassa de te dibuixada. A poca gent li agradava asseure's allà perquè estava massa a prop de la màquina de l'aire condicionat i dels lavabos. Tot i així, semblava que a ella no la molestava gens: es concentrava llegint un llibre i no s'adonava del que l'envoltava.

Em vaig apropar a la taula i li vaig demanar què volia. Va fer una cara estranya, com de fàstic, i per un moment vaig quedar confós. Vaig tornar a insistir-hi, fins que al cap d'uns segons em va deixar anar un sorry, seguit d'una llarga explicació en anglès -per sort, això de viure en un poble de platja fa

que vagis agafant molta facilitat per xerrar i comprendre altres idiomes-. Després, vaig veure com em mirava de reüll mentre es bevia el te verd que li acabava de servir i somreia dissimuladament.

Es deia Sophie, i era molt bonica. Els seus ulls i els seus cabells eren del mateix color, marró fosc. Em va dir que estava aquí de vacances, també em va explicar que li agradava viatjar i que sempre que podia ho feia. Escrivia històries i de vegades venia al bar amb un ordinador perquè deia que allà hi trobava la inspiració. No teníem gaire temps per xerrar perquè jo anava de bòlit amb la feina; tot i així, sovint intercanviàvem alguna frase quan li servia l'esmorzar. De mica en mica la vaig anar coneixent millor.

Ens vèiem cada matí: ella, com sempre, anava amb el seu llibre i el seu ordinador, i es passava hores senceres llegint i escrivint. De tant en tant glopejava una mica de te verd. Estava tan concentrada que ni tan sols es distreia amb el xivarri que hi havia. Va arribar un punt en què vaig començar a sentir alguna cosa per ella. Ja no la veia com una clienta qualsevol.

M'agradava i no sabia com dir-li. L'estiu, però, s'anava acabant i el nou curs s'apropava.

Recordo l'últim dia que vaig anar a ajudar al bar, ja quasi no quedaven turistes i tot estava força tranquil. Era el dia perfecte per dir-li tot el que sentia. Seguint el costum de cada matí, vaig preparar-li l'esmorzar, i em vaig dirigir cap al seu racó preferit. Des de les finestres s'escoltava com les onades trencaven contra les roques, a un ritme constant.

Però ella no hi era.

A la taula hi vaig trobar un plec de pàgines. Vaig començar a llegir-les. No vaig tardar a adonar-me que era una història que parlava sobre un amor impossible, entre una noia anglesa i un cambrer. Llavors vaig girar-me per buscar el nord, i vaig mirar lluny. Com si des d'aquell racó pogués veure Anglaterra.

Català

➤ ➤ Guanyadora i Finalistes - 19a Edició Tercera Categoria

Insòlit regal de Nadal. Aina Casal Pelegrí
(Escola Roig Tesalia, Barcelona - Espanya) - Guanyador

Llàgrimes fredes. Berta Miró Pellicer
(Escola Jesús Salvador, Sabadell - Espanya)

Passeig abans de sopar. César Josep de Almenara de la Peña
(Escola Valldemia, Mataró - Espanya)

Confidències. Anna Casal Pelegrí
(Escola Roig Tesalia, Barcelona - Espanya)

Fill de la revolució. Adrià Ibáñez Pelegrí
(IES Samuel Gili i Gaya, Lleida - Espanya)



És la Nit de Nadal. El Quim i la Neus han acotxat la seva petita de cinc anys ben d'hora. Fa fred i el radiador de l'habitació escalfa a empentes i rodolons. L'hivern està sent molt sever; la Martina ha enxampat un constipat de ca l'ample i no és qüestió que agafi fred. Després d'un brou lleuger d'api i pollastre, per evitar malsons, marxen cap al llit. La Neus sap que li espera una nit de mala jeia i es prendria una tilla, però amb tant líquid té por que li agafi massa pixera. Si s'aixeca a mitjanit, l'insomni està assegurat. "Són els remordiments", es diu. Quan la Martina li ha preguntat si tindria aquell osset de peluix ella ha esmussat un somrís contingut: "Ja veure'm, bonica. Aquest any els follets de Santa Claus han tingut molta feina amb els peluixos. Crec que se'ls han acabat els ulls. No voldràs un peluix borni, oi?". La Martina ha trencat a plorar i a treure mocs pels descosits. Amb prou feines el Quim s'ha atrevit a dir: "Potser tens una sorpresa millor, o qui sap si és l'osset que tu vols..."

La Neus està empipada. No entén perquè el Quim no vol explicar-li la veritat. Tot plegat seria molt més senzill i ben segur que la petita no generaria sentiments de culpabilitat. "Què h

auré fet jo per no merèixer el peluix? Potser és per les llamina-
natures, que el papa i jo hem menjat d'amagatotis i Santa
Claus que tot ho sap...", es dirà l'endemà quan, en comptes
del regal esperat, desemboliqui un joc de l'oca reciclat que la
Neus ha aconseguit al banc de joguines.

Finalment la Neus es pren mitja píndola per dormir. No vol
que li passi el de sempre, que després dorm com una soca i el
Quim s'ha d'aixecar si la Martina té pipí o li agafa un atac de
tos seca. Però el Quim té una sorpresa: "Fem un brindis! Un
client m'ha regalat aquesta ampolla de cava, guaita, és un
brut reserva!". Mitja hora més tard tots dos dormen.

El Quim estava esquena-romput per haver traginat lots i cis-
telles de Nadal amunt i avall. Com desitjava emportar-se'n
una a casa, plena de gom a gom de torrons, begudes i comes-
tibles nadalencs! Ja fa mig any que han de fer mans i màn-
gues per arribar a final de mes amb el seu minso sou de de-
pendent. A sobre, l'amo li ha regalat un ganivet japonès –
però sense el pernil-. Per què vol semblant ganivet si no pot
permetre's estrenar-lo tallant unes llonzes ben fines del mi-
llor pernil d'aglà?. I vés que ha hagut de portar el darrer
encàrrec a un vuitè sense ascensor quan la botiga ja havia
tancat.

La Neus ha tingut un mal dia: a l'ambulatori hi havia una cua de ca l'ample. La sala d'espera estava plena de gent sense problemes seriosos: urticàries, conjuntivitis, al·lèrgies, gastroenteritis, boqueres, hemorroides i coses per l'estil. La pediatra s'ha afigurat que la petita sofria desnutrició quan l'ha pesada a la balança. Feia temps que la Neus no passava tanta vergonya. "És molt llepafils i mal menjadora", s'ha excusat. Però la Martina, sabedora que Santa Claus l'escoltava, s'ha defensat ràpidament: "El menjar de l'escola no m'agrada gens, i el papa sempre em dóna bledes per sopar i jo vull fuet i olives".

La píndola ha fet els seus efectes i la Neus somnia que és una tigressa (però, i dit sigui per esclarir l'ambigüitat, de les que viuen als prats de Bangla Desh, i no pas la cantant mexicana Irma Serrano). Ha fugit del zoo i camina soliu pels carrers de la ciutat adormida. De moment ningú s'ha adonat de la seva presència. A la llunyania albira uns gats i va al seu encontre. Potser podria ser una més del clan felí. Guimba per les teulades i, de sobte, reconeix una coberta que li resulta molt familiar: és la terrassa de casa seva, amb l'avet pelat de l'any anterior que, tot i estar decorat amb les boles i garlandes, fa molta llàstima. La curiositat mata el gat, però ella és una tigressa que només vol comprovar que la Martina estigui ben acotxada. S'atansa fins al sostre d'uralita dels veïns i ataülla la silueta fosca d'un home bellugant-se dins la seva llar. "Altra vegada el Quim practicant somnambulisme a la recerca de la xocolata", voldria somriure però no pot, perquè

ella és una tigressa. Li sobta que si el Quim ha anat d'esma cap a la cuina, una silueta negra (que més aviat pertany a un individu grassonet) s'hagi desplaçat en direcció contrària. Potser és un lladre que ha grimpat per les canonades del celobert fins al safareig. "La tanca de la finestra s'hauria d'arreglar d'una punyetera vegada", rugeix.

El Quim desitja, en somnis, xocolata desfeta i s'aixeca adormit cap a la nevera. Somia que és un prestigiós xef d'un palau que prepara els àpats de Nadal: llamàntols, cloïsses, bous de mar, llagostins i ostres franceses. Croquetes de txangurro i foie gras d'ànec pels mini entrepans, i mil delícies més per treure el ventre de penes! Ha cuinat una sopa de peix a la "Marsellesa" de les que desperta el dimoni i totes les seves temptacions. Els escamarlans ballen flamenc, per amenitzar-li la feina, i les cloïsses fan de castanyoles. Tasta el ponx i troba que li falta un rajolí d'absenta. Però al rebost, curull de viandes delicioses, els ratolins han tornat a fer acte de presència. La ratera n'ha enxampat un. Se'l sent. Potser és una rata... La reina tenia raó: "Hauríem de tenir una gata!". Però ell té al·lèrgia al pèl de gat. Sent un cruixit i agafa el ganivet japonès. Com a mínim li farà alguna mena de servei... Però la bestiola s'ha esmunyit. Ha vist passar la seva ombra bellugadissa i es dirigeix al safareig.

La Neus salta des de la teulada fins a la finestra oberta del safareig i, instintivament, es llença contra l'home del sac. El queixala amb vehemència i ràbia. El Quim, atordit pels sorolls (juraria haver sentit el rugit d'una pantera) clava el ganivet

japonès repetides vegades a una bèstia immunda, pròpia d'un malson terrible. El misteriós visitant, entre queixalades i ganivetades, desapareix força enutjat: el grau de violència en temps de crisi ha augmentat fins a llindars inadmissibles! No esperava que el rebessin amb torrons i una copeta de cava, però... "tampoc n'hi havia per posar-se d'aquesta manera!", remuga en direcció al següent destí assignat. Li han fet un set al pantaló de vellut vermell!

La Neus crida esverada. El Quim reconeix la seva veu i es desperta brusquement. Ella està a sobre seu de quatre potes, bavejant saliva sobre la seva orella, visiblement mossegada. L'escena els fa estremir. Tots dos comparteixen una sensació d'opressió al cor, punyent i dolorosa. La Neus encén la làmpada de la tauleta de nit. Atribolats, cadascú pel seu respectiu malson, es miren de fit a fit, sense entendre ni un borrall. Enmig de tots dos hi ha un sac estripat amb un peluix com el que volia la Martina, un smartwatch (aquell que la Neus sempre havia desitjat), una xemeneia de bioetanol (el Quim demana una pessigada, és la xemeneia dels seus somnis, o millor dit, la dels seus desitjos) i un feix de bitllets de dos-cents euros.

La Martina ha parat de tossir i l'endemà, quan desembolica el seu regal, és la nena més feliç de la Terra. Però la Neus s'aixeca plena de blaus i, per més que ho intenta, no recorda haver-se fumut cap patacada. El Quim està més content que un gínjol. Ha comprat a l'Amazon un pernil "modalitat lliurament exprés: en menys de dues hores".

Llàstima que ara no trobi el maleït ganivet japonès.

Mentre el Quim talla el pernil, la Neus llegeix perplexa la premsa:

"Aquest matí, els vianants de la Plaça Major s'han despertat amb un insòlit regal de Nadal: unes escultures espectaculars de gel tallades a mà en forma de rens. Es desconeix la identitat de l'escultor que ha deixat com a signatura un ganivet japonès clavat a la neu. Pel que es veu, els blocs de gel havien estat sostrets de les càmeres frigorífiques de Mercabarna a la matinada. El vigilant al·lega que tot succeí en un tancar i obrir d'ulls, just quan estava trucant al zoo per alertar-los de la presència d'una tigressa solta pels carrers de la ciutat."



“No es que yo esté tratando de acelerar las cosas,
es que hay una fuerza que nos conduce”

-Helmut Kohl

9 novembre de 1989, Berlín (Alemanya).

Veig que la foscor s'enamora del dia. Els ocells s'amaguen i el rebombori de la ciutat continua esdevenint intens. La fredor segueix dominant el meu rostre. Els flocs de neu cauen com els ulls quan s'acosta la nit. Els carrerons que puc veure van amb pijama. Adormits i blancs. La llum tènue dels fanals il·lumina una cafeteria on els avis fan les darreres partides del dia. És un lloc solitari, silenciós, taciturn... No obstant això, aquest capvespre hi ha massa gent... no és normal... M'estranya... A l'ambient es respira una flaire d'incertesa... no ho sé... és una nit tan adormida... tan gèlida... per què s'hi ha aglomerat aquesta multitud? Al costat de la Porta de Branderburg, amb una rutina calculada, segueixen els militars quiets com estàtues, dissimulant el seu cansament.

Uns crits ensordidors omplen la ciutat... un grup de persones anònimes se m'apropen corrent... les seves intencions assalten la meva consciència... m'odien... ho sé... Només tinc vint-i-vuit anys... rebo cops durs, plens de ràbia i traïció... no em puc defensar... estic plantat com un d'aquells tímids soldats... el meu inesperat final acaba de començar... petits fragments de ciment es barregen amb grans blocs de pedra... martells i barres de ferro repiquen sobre el meu cos... el formigó s'esquinça per moments... m'estic morint a poc a poc...

A la llum de la lluna, famílies senceres envaeixen el meu espai i em travessen àvidament... amb ganes... Veig llàgrimes despuntant dels ulls innocents... abraçades i petons de nostàlgia i complicitat... veus que criden esperançades per obtenir resposta de l'altre costat... un parell de germans abraçen el seu pare després de molts anys... Els guàrdies segueixen exhausts, incrèduls, no saben res del que m'està passant. Els seus gossos mouen la cua amb inquietud mentre borden nerviosos per la disbauxa del moment. De sobte, desatenc els crits i, de fons, sento un violoncel... la suite número 2 de Bach... oblidó el dolor i em deixo portar pels records...

12 d'agost de 1961. Carrer d'Unter den Linden.

El blocs de pedra s'amunteguen al mig de la vorera. Inicien la meva construcció. No sóc conscient de la missió que em tenen reservada. Un avi mira desconfiat el tragar dels militars abans d'entrar a la cafeteria Heile Welt amb el seu nét. Estic avorrit i paro l'oïda. Reconec que són tafaner de mena. L'ancià demana un cafè banyat amb anís. L'escalfor del got mitiga la fredor de les mans del nen de deu anys que l'acompanya. El petit, amb cara d'entremaliat, demana les seves postres preferides: Apfelstrudel, el típic pastís de poma alemany. L'ancià sosté una partitura de violoncel a la seva falda i, en un moment donat, es dirigeix a Georg Köhler, el cambrer del Heile Welt.

- Bona nit, Georg...
- Bona nit Karl... No sé què succeeix avui... se sent molt soroll... els militars estan molt actius i els guàrdies tenen les armes a la mà...

Karl Schoenherr és un del violoncellistes més reconeguts d'Alemanya. Uns crits estridents de la Volkspolizei, la Policia Popular del Berlín Oriental, ressonen a l'exterior. Tot està a punt per la meva imminent construcció. Així ho ha decidit el Partit socialista de la RDA.

- Ja no sé què pensar... l'ambient està tan enrarit... Ah! Avui és el meu seixanta aniversari... com passa el temps... és el segon que no celebren amb la meua muller... sort d'en Heiner, el meu petit príncep que em fa sentir l'avi més estimat del planeta... Mira, m'acaba de regalar aquest llibre...

Georg Köhler agafa el poemari. Gleisdreieck, del famós escriptor Günter Grass. Al fons del bar, les espurnes d'una llar de foc semblen lluitar fent pampallugues contra una taula de fusta on dos enamorats s'acosten, es petonegen i s'expliquen confidències a l'orella. A l'altre racó, una parella d'edat avançada descansa al sofà vermell de vellut de la cafeteria mentre assaboreixen una xocolata calenta. La dona, amb uns cabells arrissats blancs i curts, s'entreté fent ganxet i el seu marit, amb unes ulleres circulars de color platejat, llegeix detingudament el diari del dia.

- És el meu autor preferit... Com em coneixes, eh rei? – agraeix en Karl mentre fa ballar amb ritme melodiós una boina blava entre els seus dits d'orfebre.
- Ja és hora que li ensenyis... amb deu anys en Heiner podria fer miracles tenint al costat un violoncellista com tu... – pronuncia en Georg amb un mirada còmplice.
- Avi deixa-me'l tocar... Ensenya-me'n... Vull ser un violoncellista famós... – suplica en Heiner mentre devora l'Apfelstrudel.

En Karl li passa la mà per la cara i li fa tancar els ulls. El petit desplega els braços i obre les mans... l'avi l'hi posa uns papers... el seu nét esbossa un somriure perquè sap que és la partitura de la suite 2 de Bach... la seva preferida... dels seus ulls cristal·lins li rellisca una tendra llàgrima d'amor... s'apropa el full al pit i abraça el seu avi amb tota la força del món.

- Heiner, afanya't i acaba les postres que has de tornar a casa amb els teus pares... És un plaer parlar amb vostè Georg, fins aviat i gràcies per tot.

Es posen les jaquetes i s'abriguen amb les bufandes. En Karl guarda la partitura a la seva maleta perquè no es faci malbé. En Georg no els cobra com a detall per l'aniversari del seu client. A l'exterior, continuo creixent apressadament. La grisor dels blocs de pedra accentuen el meu silenci inquietant. S'acosta la nit tancada i en Karl ha de portar en Heiner a casa seva. Caminen per uns carrerons estrets fins arribar a la Porta de Branderburg. Aguanten el fred i segueixen agafats de la mà. El trajecte dura mitja hora fins que veuen la casa d'en Heiner, a la part oriental de la ciutat. Piquen al timbre i s'obre la porta. Es fan una abraçada i dos petons. Ignoren que és un comiat definitiu.

L'ancià s'equivoca i agafa un camí de tornada erroni... veu que el carrer no té sortida i decideix tornar enrere i es desvia per un altre carreró... el cru hivern es nota a les seves mans congelades i l'aire fa que li plorin els ulls. Se m'apropa... em mira sorprès perquè no entén res... un dels guàrdies que vigi-

la la frontera li crida a l'oïda... hi ha molt rebombori... la gent corre... la meva presència provoca pànic... Karl rep una empenya, cau a terra i es dóna un cop al cap. No té forces per aixecar-se... Queda estirat... desorientat... i perd la consciència... una mà amiga l'ajuda a aixecar-se i el porta cap a la part occidental... l'ancià violoncellista creu endevinar la cara d'en Georg Köhler, el seu amic cambrer, enmig de les ordres de la Volkspolizei.

La nit ha estat llarga. El dia s'aclareix il·lusòriament, em satisfà el fet de morir. Moltes famílies, després de tants anys, es reconciliaran. Llàgrimes i abraçades amistoses, no hi ha manera més bonica d'anar-me'n d'aquest món. Trobaré a faltar els ancians, a la barra de la cafeteria, comentant la seva jugada de cartes.

Uns ulls lapislàtzuli em criden l'atenció... Els reconec... És en Heiner... Corre fins travessar-me... Està neguitós, confús... Allarga la vista intentant trobar una cara còmplice... Decideix encaminar-se cap a la cafeteria Heile Welt. A l'obrir la porta repica una campaneta advertint que ha entrat algú... és un toc desconegut i innovador. Demana un cafè i l'Apfelstrudel. Per descomptat que no s'oblidaria de les seves postres. En Georg Köhler el reconeix però, en un primer moment, evita mantenir una conversa. En Heiner espera trobar-se el seu avi assegut al vell sofà del local on cada dia anaven; tanmateix, no té cap resposta. El cambrer, amb pressa i les mans ocupa-

des, es dirigeix cap a la cuina a deixar la safata i, seguidament, s'amaga en un racó dissimulat i agafa un paquet gran embolcallat amb una funda negra. S'apropa a en Heiner i li dona el paquet. Fa temps que l'està esperant...

La meva destrucció enterra el passat i ressuscita el futur. Esdevinc història. Ja era hora. En Heiner obre la funda i treu un violoncel. Mig amagada, adherida a la part posterior de l'instrument, descansa amb serenitat una partitura esgrogueïda pel pas del temps. La suite número 2 de Bach.



Peu dret, peu esquerre, etc... Així comença, i així acaba.

Sortir a l'obscur carrer i per un humit fred ser assetjat. De casa sortir i per la foscor endinsar-me. Sortir en espera per a poder sopar. Sortir del paradís per a l'infern anar de cap... Tot per una promesa, un contracte verbal amb la mare.

Entre boira nocturna jo camino. Per la groguenca llum focalitzada d'urbans fanals jo observo. I a cada passa quatre drings sonen. I a cada dring una passa acompanya. La vista per assegurar-me abaixo. I en alçar els ulls... un llarg carrer que s'estreny en l'horitzó de negror. A la llunyania s'imposa en ombres una estoica grua, fruit de remodelacions veïnals. I allà, on acaba la llum, s'inicia el bosc. Cedeix la capital a favor de Collserola. I sona estrepitós el funicular, com fletxa al cor de l'arbreda. Intenta matar-lo, però no mor.

Els ossos es gelifiquen mentre camino. Els músculs s'entumeixen en acatar la promesa. El carrer, camí com riu que mor a la mar, em deriva al final de la seva llum humana. Les files de cases semblen tancar la foscor. Intenten retenir l'avenç del no-res. S'aixeca la brisa freda. Ara albiro la gola del llop i

és aquest qui bufa amb força, volent enderrocar la meva morada. I jo em pregunto: Quin germà sóc?

Del buit m'arriba el cruixit metàl·lic. M'aturo, s'atura la dringadera, i observo: una solemne silueta retalla l'orbe mancat d'estels. Dansa aquest gegant, d'un sol braç, a desgana. Rota l'extremitat oferint resistència, però la música de vent en augment el fa cedir. Aquell crit d'oposició perduda em colpeja l'ànima com l'huracà a l'estel. Sonen les campanetes dels quatre passos al meu costat. Segueixo per instint, impulsat, sense pensar en l'acció.

Camino, caminen i camina. És ell qui s'apropa? Sóc jo qui s'acosta? Furiós bufa el llop, perquè impotent xoca el vent en la totxana de la meva ment. El fred rosega els meus braços i crema les meves cames. Em paro i observo la macabra dansa del colós. I escolto la dringadera que es perd en la negror de la nit. I l'oxidat mòbil trona amb prudent força a mercè i gràcia del llop. I jo em pregunto: Val la pena? La dringadissa ressona amb ofuscació... Ho vaig prometre. I continuo caminant, cada cop més a prop de l'obscura gargamella del caçador.

El fred comença a esquerdar la meva voluntat. Em tensa una força cap endavant, mentre les campanetes el ritme augmenten a vuit per quatre per una. Em fixo en la fi del carrer... del camí, i l'abans mig tancada boca es comença a obrir en tètric somriure. Bufa, aquest, amb renovada força. Camino jo, empès per la corda. Tira ell del sedal inexistent.

Ara comença i així comença: peu dret, peu esquerre, etc... El soroll rovellat de l'adormit gegant que despert rota amb major violència. S'exalta amb la meva proximitat... una, dues, tres passes. Em paro en sec i observo l'amenaça. El llop somriu, somriu i bufa. Les seves dents es separen i més negror rebel·len. D'aquella amplada nova, el fred amb més força mossega. Les parets comencen a vacillar, i jo em pregunto: a qui se li acut fer una casa de fusta?

Ara acaba i així acaba: peu dret, peu esquerre, etc... Em vull parar, però m'impulsa la promesa. El llop ja riu, les rialles de morbós plaer ja escolto. Era jo qui s'apropava. La dringadera el seu i, per tant el meu ritme, augmenta. Sóc ja quasi al llinard de la mort. Al costat de les dents quadrades com cases. Davant estic del mateix caçador. "Llop mort bufa i bufa i la casa enfonsaràs!" Crido per a tothom que em vulgui sentir, crido per Barcelona impàvida davant la mort, crido per la mare desconixedora del destí, crido per aquells que criden i per aquells que cridaran. La palla s'enlaira, vola i s'escapa i desarma la meva voluntat.

Pacient, el llop mort somriu. Para de bufar i m'adono de la pressió sota la qual em mata el braç del gegant. La dringadera és neguiteja i plora cristalls trencats el meu gos; la meva promesa. Em llepa impotent i plora. I jo em pregunto: Qui l'escolta, qui li escoltarà?... Ma mare, Barcelona, jo? Però ja res no importa, sols hi ha negror.



El nostre primer Sant Jordi després de la mort del pare fou com una llar de foc sense llenya, vàcua i gèlida. Morí just la vigília, envoltat de catèters, tubs i una mascareta a la sala de cures intensives. Ni tan sols vaig poder entrar d'esquitllentes una rosa vermella perquè la sostingués entre les mans, aquella rosa que ell hauria regalat a la mare i que hores abans m'havia encarregat que comprés justament per a ella. No estava permès. Només al darrer moment, quan la infermera va notificar-nos que induiria un coma al pare perquè no pagava la pena una mort amb agonia, vaig sostreure de la capella de l'hospital un branquilló d'unes flors blanques. Vaig pensar que la Verge Maria no s'ofendria si li prenia i feia passar al pare gat per llebre desant, entre els seus dits tremolosos, la rosa que em demanava. El pare encara va tenir esma per ensumar-la i dir-me: "Fa molt bona olor, però per culpa dels analgèsics té el perfum dels conillets". Després aclucà els ulls per sempre més.

L'endemà el sepeli estava ple de corones, tot i que la mare demanà explícitament que s'abstinguessin de posar roses vermelles.

El pare sempre ens duia roses vermelles per Sant Jordi, mostra de l'amor que es vivia dins la nostra família, en el sentit més ampli de la felicitat. Pertanyíem a la classe mitjana una mica vinguda a menys per la crisi, però amb una llar i sense baralles internes (com les que havien patit força amics meus, els pares dels quals s'havien divorciat).

Ell era un optimista per naturalesa. Contagiava alegria i eufòria per fruit cadascun dels minuts que ens ofereix la vida amb felicitat. La mare, de caràcter més apocat, es deixava portar com un còdol és arrossegat per l'impuls de l'onada que el conté. I l'absència del pare ens transformà en molt més que una esposa vídua i una filla òrfena per part de pare.

Vaig plorar molt la mort del pare. Però quan ja ens apropàvem a Sant Jordi, jo no sabia què fer per posar distància amb aquella memòria del mort que impedia celebrar la diada amb la seva alegria merescuda, que no em permetia compondre un poema distès per als Jocs Florals de l'escola per tal de no ofendre la mare, que impedia que jo sortís amb els amics a passejar entre els llibres i les roses.

Una vegada vaig suggerir a la mare que vingués a escoltar-me recitar el conte lacrimogen de torn que havia escrit i que havia estat mereixedor del segon premi. La mare arrencà a plorar! Com anava a festejar ella una celebració enmig de rialles i emocions si estava de dol rigorós! I jo, que sempre havia estimat amb deliri el pare, vaig estar a punt de detestar el maleït dia que li tocà morir-se, just la diada de Sant Jordi.

Aquella tarda tocava anar al cementiri, arranjar la làpida, i disposar al gerro un ram de flors de colors funestos que la mare encarregava expressament a la floristeria del costat de casa. Ni tan sols triava la darrera flor que el pare havia sostingut entre les seves mans, aquella que curiosament li semblà que olorava a conillets.

Així que, enguany, abans que la mare encarregués un altre ram horripilant, vaig voler avançar-me. Vaig anar a la floristeria amb l'objectiu de trobar aquella espècie de flors blanques amb pètals en campana i fulles lanceolades. La botiguera em mostrà els gladiols, les liliàcies i les exòtiques flors aus del paradís.

–Ho sento. No és cap d'aquestes –vaig disculpar-me–. Ha estat una estupidesa per part meva. Deu ser que no havia de fer-ho. Veurà, el pare ja delirava quan les ensumà i digué que tenien perfum de conillets. Jo només volia quedar-me de nou amb aquella flaire.

–Conillets? –va somriure la florista–. Llavors eren aquestes. Es diuen precisament així: conillets, o *Antirrhinum majus* si

les anomenes pel seu nom científic. Però la mare no compartia amb mi que el pare hauria vist amb desgrat que deixéssim de celebrar la diada de Sant Jordi per respecte a la seva.

El pare va desvariejar quan identificà el seu perfum, i jo havia trigat cinc anys en adonar-me'n. Vaig arribar a casa amb cinc branquillons de conillets.

–Segur que se li remouen les entranyes dins la tomba amb el ram abominable que li portes cada any. Com a mínim podries dur-li aquests poms de conillets.

–Prou! –cridà ella abans de tancar-se a plorar a la seva habitació.

Els dies següents transcorregueren molt tensos. Gairebé no ens dirigíem la paraula. Vaig retirar les flors del gerro i me les vaig emportar a la platja, on solia passar moltes estones amb el pare. A l'estiu fèiem flams de sorra fina i ell m'ensenyava a nedar. A l'hivern, aprofitàvem els dies de vent per fer volar els estels que havíem estat construït al garatge amb il·lusió i afecte.

Vaig apropar-me a la vora de la platja i les vaig clavar a la sorra dibuixant un cor, perquè les onades trenquessin contra elles i se les enduguessin mar endins.

A casa, la mare em sorprengué amb una alegria sobtada. Es disculpà a la seva manera i, com a mostra del seu propòsit per posar remei a aquell dol absurdament perllongat, em co-

municà que enguany tornàriem a celebrar la diada de Sant Jordi, com el pare hauria volgut.

–Ja pots anar fent les maletes. Aprofitarem que cau en diumenge, i visitarem una amiga meva a Londres. La diada de Sant Jordi és celebrada a Anglaterra com el segon dia més festiu, després de Nadal. Fan una desfilada per Trafalgar Square de cavallers medievals que lluiten contra un drac de tres caps. Per casualitat m'he trobat l'Ester al supermercat. D'entrada no l'havia reconeguda perquè jo la feia a París casada amb un fotògraf francès. Han vingut a passar uns dies a Barcelona perquè ell està fent un reportatge. De passada han visitat la seva germana que ha tingut bessonada. I vés per on, els pares d'ella no els poden acompanyar perquè han de quedar-se cuidant la germana i les criatures. Així que tenen dos bitllets sobrers d'avió, d'anada i tornada. No és increïble? Segur que és un senyal del pare perquè visquem de nou la diada de Sant Jordi. Tenies raó, filla. He estat molt desconsiderada amb tu –conclogué abans de fer-me una abraçada.

Vaig sospirar, sense badar boca. Un senyal del pare? Impossible! El pare fruïa passejant amb nosaltres pel carrer, veient les paradetes dels llibres i les roses. Jo havia conegut els poemes del Miquel Martí i Pol i El zoo d'en Pitús, que em signà el mateix Sebastià Sorribas, una diada de Sant Jordi.

Jo volia sortir amb la mare i els meus amics, i amb sort potser algun escriptor em signaria de nou un llibre seu. En cap cas

pretenia fugir dels records cap a un indret hostil i del tot desconegut.

Els carrers freds de Londres em congelaren el poc entusiasme que jo pogués arribar a sentir per celebrar el meu dissetè Sant Jordi; el cinquè sense el pare. L'Ester i l'Alain ens reberen molt càlidament a casa seva. L'Alain va voler apropar-nos a la seva galeria d'art perquè veiéssim en primícia la sala on a la tarda inaugurava la seva exposició: Snapdragon for Saint George's Day.

–Es podria traduir com Boques de drac per Sant Jordi –anava explicant-me l'Alain de camí cap a la galeria d'art–. Fa especial referència a una de les fotografies que vaig fer a Barcelona. Després de trobar la teva mare al supermercat vam voler fer el darrer tomb pel port i acabàrem a la platja. Jo ja no pensava afegir més fotografies al meu reportatge. M'havia impressionat tant el drac del Parc Güell que tenia clar que, a més de posar-lo a la portada dels catàlegs, tindria un protagonisme per sobre de les altres fotografies a l'exposició.

Vam sortir del cotxe i l'Alain aixecà la porta de ferro de la galeria amb el seu comandament a distància. Jo m'havia anat imaginant sales i sales plenes a petar de fotografies de dracs singulars que l'Alain havia trobat durant el seu viatge per Europa. Un pòster que ocupava tot el vitrall em colpí d'estupefacció.

–Ens va cridar moltíssim l'atenció. A la vora de la platja algú havia plantat un cor de flors blanques –explicava, mentre jo m'esforçava per empassar saliva i contenir les llàgrimes–. S'havia colat entre el centenar de fotografies de l'exposició. I la directora de la galeria trobà que el nom d'aquesta flor ja era de per sí tot un senyal. Aquí li diuen snapdragon, tot i que al meu país té un nom encara més insigne: le Grand Muflier. Recordo que la Kate va dir-me: “La imatge és preciosa. No et sembla màgica la troballa, després de tant cercar un drac distintiu entre tots els altres?”

Emocionada, vaig abraçar la mare. Em costava mantenir-me dempeus. Però només ens calgué intercanviar una mirada i les dues vam fer muts i a la gàbia; perquè hi ha confidències que mereixen no ser desvetllades. Només la mare s'atreví a dir:

–No voldria xafar-te la guitarra, però a Catalunya aquestes flors reben el nom de conillets.

–Estan bojos aquests romans, catalans! –va dir ell.



18 de juny de 1789

Casaques, jupons i sotanes; bonets, tricornis i perruques; tot volant pels aires enmig de la simfonia eixordadora deis crits i les baralles. Plouen paraules, discursos que s'entortolliguen formant un únic so gutural del principi deis temps; còpula de frases interminables, música de l'inconformisme que per fi, en mà de tants compositors del poble, s'escriu entre murs blancs que ara són tacats d'història. Capellans i nobles amaguen el rostre sota la levita descolorida, evitant mostrar un blanc fantasmal de vergonya i derrota. El passadís deixa pas finalment als homes del carrer; advocats, infermers i magistrats cansats del confinament enmig d'ombres i pilotes, que ara ballen mirant amb diversió els nobles deslluïts. El Rei ha cedit i ara ens toca a nosaltres, la veu del poble, tornar d'on ens van fer fora, prémer amb força el timó d'aquest vaixell que ara s'enfonsa estrepitosament. Jo, amagat entre tots els que avancen en filera enmig de la sala, m'arreglo el bigoti que es desplega burleta del meu rostre infantil, suat després de tanta emoció. Si algú em descobreix, el càstig serà terrible, però més horrible em sembla perdre'm aquest bocí intemporal destinat a canviar-ho tot.

No vull jugar amb els altres nois de la meva edat. Armat de perruca, talons i casaca, avanço fins al meu lloc entre la tribuna, jugant a ser l'adult que espero arribar a ser. El silenci envaeix la sala lentament. Després de l'últim compàs d'ester-nuts i culs arreplegant-se sobre els seients, els centenars i centenars de presents callem durant un instant. Un instant valuós, d'un valor incalculable, que es precipita en un últim moment fins al clímax final de la tornada del poble al seu lloc entre el govern. Aplaudiments i crits d'eufòria. Els nobles, enfadats, abandonen la sala per uns moments, esperant que els nouvinguts callin. No els agrada que les rates es revoltin. Qualsevol mena de pessigolles molesta el seu món idíl·lic de riquesa i privilegis. No han viscut als carrers, no han provat les nits fredes i la gana espantosa. Però tot arribarà. Riuré, riuré amb força quan pugui admirar la visió deis tricornis, bonets i jupons esclafats a terra mentre els seus amos proven la seva pròpia luxúria. Alguna cosa comença avui. Ho noto.

14 de juliol de 1789

L'ambient està carregat de violència. Observo amb ulls d'infant les baralles dels adults buscant venjança o intentant mantenir la calma. En alguns moments penso que faig malament de ser aquí, entre tots ells; hauria d'estar dormint vora els germans, fora. Però no pot ser en va tanta violència, causada segurament pel cessament de Necke, o potser per la fam inhumana que envaeix els carrers. Alguna cosa ha d'acabar avui. Busco amb desesperació enmig de l'extens oceà de caps i braços el rastre de LaFayette o Riquetti, sempre protagonistes de grans paraules que encenen esperits patriòtics, però només arribo a identificar a Bailly o Mounier, inesperadament tranquils. La lluna mossega les parets de la cúpula. Tronen els llamps furiosos, vestigis dels que a fora esperen resposta, dels que avui moren per no tenir a temps el pa sobre la taula. Un crit, un crit desesperat que il·lumina la sala amb més intensitat que qualsevol llamp nocturn. Camille Desmoulins s'obre pas entre la gentada fins al centre del saló, on escala una taula amb l'ajuda d'alguns compatriotes i esgrimeix amb un gest amenaçador una pistola fosca com la nit. Tothom calla i Desmoulins, amb llàgrimes emergents d'entre les parpelles, obre la boca vociferant mots segurs i directes:

"Ciudadans, no hi ha temps per perdre; el cessament de Necker és la senyal de la Nit de Sant Bartolomé pels patriotes! Aquesta nit, batallons de suïssos i alemanys prendran el Camp de Mart per massacrar-nos; només queda una solució: prendre les armes!"

La gent crida, crida i avança carrers enllà, sota els turons de la gran ciutat. La por pot amb mi, allunyant-me de tota la gentada que avança riu enllà. Grimpo fins al teulat d'un edifici, enfosquint-me el rostre amb els pigments de la nit i la brutícia. Un cop sota les estrelles, la son m'atrapa i, al despertar, el sol s'amaga sota una foscor invencible. Observo, amb el rostre horroritzat, com les parets cauen al fons de l'horitzó i el fum escala els murs del cel dibuixant orgull entre crits i llàgrimes. La presó de la Bastilla s'enfonsa i la cendra inunda els carrers de revolució pintant-ho tot de mort.

Nit del 4 d'agost de 1789

"Proposo la declaració que en un futur totes les càrregues públiques siguin sostingudes per tothom, que tots els drets feudals siguin redimibles pels comuns, en diners o segons una equitativa estimació; que els serveis personals, les mans mortes i altres càrregues personals cessin sense redempció".

És el vescomte de Noailles qui parla; és el món qui escolta. A partir d'ara assumim el deure d'il·lustrar la política d'un nou món. S'haurà de redactar una Constitució i ennoblir els drets dels ciutadans que fins ara ens han sigut ignorats. Somric enmig de la gentada alegre de la nit bruna. Hi ha molt soroll, així que quan un guardià esquifit em crida des de l'altre costat de la tribuna; no el sento. A l'arribar fins on sóc, m'agafa pel coll i em porta fora de la sala. "Que fa un noi com tu on no li toca? Això és per adults! Que no et torni a veure passejant per aquí!". Un cop al carrer, la gran porta es tan-

ca darrere meu. Per molt que cridi ningú m'obre i els carrers resten en silenci. Sento que m'han expulsat de la història. Camino fins un parc on un cigne llisca sobre un llac glaçat. Què en sap ell de les guerres, de la mort i de la fam? És llavors quan observo un París que reneix sobre les seves pròpies cendres, la festa de les llums, del canvi, del progrés. El món calla i escolta. Jo, impertorbable en el temps, cerco, curiós, un motiu per existir en aquest despropòsit de disturbis i sense sentits dins la soca d'un arbre mil·lenari. Ens han escoltat, finalment hem emergit per canviar-ho tot, és cert, però també estem perdent moltes vides. Encara no sé, en el fons del meu cor infantil, que el que he perdut aquests dies és més valuós que qualsevol tresor o qualsevol religió. Sembla que el cigne ara em xiuxiueja a l'orella el comiat de la infància, l'adéu definitiu de la infància, l'adéu definitiu de la innocència irrecuperable; s'obre la crisàlide, neix l'Adult sense remei, sucumbeix el Noi sota el llac glaçat, Fill del temps, Fill de tothom, Fill de la Revolució.

Winners and Finalists - 19th Edition

First Category

- Worry Dolls. Sasha Foubister**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain) - Winner
- The Bright Vanilla Candy. Tomás Roderó Alegre**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)
- A Strange Day. Polina Redina Chupina**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)
- The Spirit. Ágata Romero Rodríguez**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)
- The Heist. Hugo García García**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)

Second Category

- What Am I?. Andrea Pérez Pujol**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain) - Winner
- The Universe's Complexities. Paula García Jiménez**
(Academia Británica Cuscatlán ABC, Santa Tecla - El Salvador)
- Change Be Not Proud. Anushka Kaiwar**
(Oakridge International School, India)
- What Goes Up. Nora Stone Roig**
(Aula Escuela Europea, Barcelona - Spain)
- Cars. Diana Ayrapetyan**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)

Third Category

- Murphy's law. Khushi Kohli**
(Macleans College, Auckland - New Zealand) - Winner
- Melancholy At Dusk. Ganesh Viswanathan**
(New Horizon Public School, Navi Mumbai - India)
- Shadows. Carmen Nagore Bermejo**
(Escuela Plaza de la Cruz, Pamplona - Spain)
- About Peace And Other Broken Promises. Pau Canivell Gàmez**
(IES La Llauna, Badalona - Spain)
- The Last Wish. Ritika Prabha**
(Government Girls Higher Secondary School, Gardanibagh - India)



English



➤ Winner and Finalists - 19th Edition First Category

- Worry Dolls. Sasha Foubister**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain) - Winner
- The Bright Vanilla Candy. Tomás Roderó Alegre**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)
- A Strange Day. Polina Redina Chupina**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)
- The Spirit. Ágata Romero Rodríguez**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)
- The Heist. Hugo García García**
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)



Looking around the house for the last time, I felt a dreadful pang at the thought of never seeing it again. It was a beautiful house, with three floors, four if you counted the attic, where all unwanted possessions were stored. It was in the middle of a small country village, which was home to a huge coal mine. The village was dusty and full of smoke, due to all the coal fires. We were very happy in that house, which had been lived in by each owner of the mining company, the current one being my father. One day, however, father came home with a dreadful cough and a bad headache, and the doctor, who had been summoned on mother's orders, said that it was time for a change of air.

The next couple of weeks were hazy, and before I knew it we were packing to go and live in Paris. I went to ask father yet again why we had to move and he answered yet again because the doctor had ordered a change of air. I turned away bitterly, and he gave me a hug. When we broke apart, I was holding a little wooden box, beautifully carved, which, father said, was from my grandmother for me. I opened up the box eagerly, barely noticing the beautiful carvings, and peered inside. At first I didn't know what to make of it. Inside there we

are two inch-long dolls made of multi-coloured fabrics. I halted, not knowing how to react. Father explained that they were worry dolls. Apparently you tell them your worries and then put them under your pillow and they solve your troubles. I backed out of the room, muttering my thanks, and silently resolving to try them out. After all, I was sure to have plenty of things to worry about in Paris.

Well, there we were, standing in the dingy sitting room of our furnished flat in Paris. A thin layer of dust coated everything; it looked as though the room had died. I made my way along the narrow passage that led to my bedroom. It smelt of damp, wet, and mildew, and I wondered if I'd ever get used to it. I found my room and entered. Nothing in the room matched, and I thought longingly of my matching white and blue bedroom in our old house. In this room there was an oak chest of drawers, a pale green cupboard with gilt handles, a bed with iron posts and a brown chest. I looked up and noticed the window. It was abnormally big for such a small room, and I opened it, airing the room and letting in delicious smells of frying onions and baking bread. I lay down on my bed, stroking the unfamiliar bedspread, and breathing in the unfami-

liar smells. Although it wasn't dark yet, I sank into a deep sleep.

The next week was blissful; we explored Paris, ate in cafes and enjoyed the peace and quiet of the sunny holidays. A week later though, our peace was disturbed, as people returned from their holidays and children started school. What we had thought to be deserted streets became alive with activity. Shops re-opened, bars and restaurants heaved with people, and you couldn't move for people talking loudly in little groups. I loved watching the world go by from my window, trying to pick up bits of French (in that task I completely failed) and I began to recognise people who came to sit at the café opposite our flat. I became good friends, by sight, with a kindly looking gentleman, who always had a sketch pad with him, and I wondered what he could have been drawing. He was short and tubby, with round glasses and a fluffy moustache that obscured his nostrils. Even that pleasure didn't last, and it was announced that I was to attend school, whether I spoke French or not.

The days that followed were a blur of trying on uniform, sewing up holes and shining shoes. Then the day arrived, a chilly morning in November, with ominous grey clouds. I set off to school with a big grin on my face, determined to make a good impression, but as soon as I took a look at my fellow classmates, some of whom were pulling faces and others who were whispering to each other and looking in my direction, I saw that I was not going to make any good impres-

sions, no matter how big my smile was. I sidled into the desk at the front and looked straight ahead. The teacher glared at me, as though it were my fault for disrupting the students, and addressed the class. Only then did I realise that attending school would be pointless unless I could speak French, so I decided that there would be no point in listening to the teacher, and I spent the rest of my day dodging paper balls that were thrown at me whenever the teacher's back was turned.

I managed to get through the day, but as I trooped home, a thousand worries fluttered through my head, like angry wasps stinging at every opportunity they had. On top of that, as if to worsen my mood, it began to rain. Not splash-in-puddles-look-for-frogs-rain, but measly-stay-in-doors-rain. I got home and tiptoed past the kitchen, where my mother was cooking something, and I crept past the study, where my father was busy on his typewriter. Upon entering my room I shut the door, opened my window, lay down on my bed and cried. All the worry wasps came back and stung me again and again. All of a sudden it came to me. Worry dolls! I hadn't thought of them since the day that father gave me the box. I jumped off my bed and fetched the box. I opened it up and, for the second time, I peered inside. They were still there, looking old and dusty. By bedtime, I had worked myself up into a state of excitement and I jumped into bed and turned off my light at once, pretending to be asleep. Once my parents had left the room, I switched the light back

on and took the two dolls. For a second it struck me that it would be a bit unfair to give each worry doll so many things to worry about, but I guiltily decided that it wouldn't matter and fell asleep with a great burden lifted off my shoulders.

The next morning, I got out of bed feeling oddly happy. I walked to school with a skip in my step, and as I was about to enter the class room, my teacher came out and explained in halting English that I was to be moved to an English and French bilingual class. She gave me some very unclear instructions and then dismissed me with a wave of her hand. I set off, even happier than I had been before. I somehow found the classroom and a short, tubby little man, with round glasses and a fluffy moustache that obscured his nostrils, came out and welcomed me in. He looked at me for a few seconds as if not sure what to make of me, and I stared back not knowing what to make of him. Lost in my own thoughts, I was greatly surprised when he grabbed my hand and pumped it up and down, almost tearing off my arm. I observed him closely, and then realised that he was my friend from the café. He led me over to a big table, where various students sat. Some were freckly and blonde, others were darker, and had curly hair, and there was even one Japanese boy. The class wasn't like any other I'd seen; there were no maps on the walls, or desks in neat rows; there weren't even punishment posters! This class had bookshelves, littered with stories, and pictures and drawings covering the walls. I looked around; all the pictures were different, but one in particular

caught my eye. It was me! I was leaning out of my window with a far-away expression on my face. I grinned in delight. Through the course of the day I learnt many things. One, that when the teacher Monsieur Champagne was in an exceptionally good mood, we would have a day of doing whatever we liked. (That day happened to be one of them.) Two, that Monsieur Champagne was an artist and would teach us art and a little French. And three, that the students there were the nicest people I'd ever met.

When I got home from school, I was in a considerably better mood than I had been the day before. I went to my room and took a paper bag out of my satchel. It contained what I had produced in my free time, the project that had mystified my classmates. I tipped its contents out onto the bed. Now, on my bed, lay nine hundred and eighty-eight worry dolls. All day I had been feeling guilty about giving the worry dolls so much to worry about, although I must say that they had done an amazing job, so I decided to make some more. I now had a thousand worry dolls. That night I gave each of my worry dolls a trouble to solve and I tried to go to sleep. But I couldn't. The wasp-like worries had gone, but there was still one little bee buzzing about. At first I couldn't figure out what it was. I racked my brains for the worry that it might be, but I couldn't find it. And then I realised that it wasn't a worry – it was an idea.



In the bright snowy mountains where the vanilla creatures live, a wonderful vanilla tree grows.

The vanilla creatures, recently called Bombrius, care a lot about their mountains. For many years, the Bombrius have created lots of new structures for their civilization. They have lots of beautiful houses and trees. A little Bombriu called Hoola-Hoopsu went to see his grandmother because he missed her.

When Hoola-Hoopsu arrived, he saw a new tree in his grandmother's garden. "Hello, I have arrived," Hoola-Hoopsu said.

No one replied.

There were roots hanging from the ceiling.

The windows were locked with a knot.

Instead of water there was poison.

There was a shadow behind me; I could see it in the dirty mirror.

I was petrified. I turned around and I saw the tree, the tree I had seen when I arrived. That tree started to give me bad feelings. So, I approached the tree and I saw a little candy. That candy was white with some little black spots.

I got closer to the candy, and I heard a voice. "Hello," I said suddenly. "Is there someone here?" I asked.

"Hoola-Hoopsu, I need your help please," someone replied.

So, I got even closer to the candy, and I saw someone inside it, and that someone was...

My grandma!!!

"What are you doing here grandma?" I exclaimed.

"I was trapped by the candy and the tree," she replied.

"You have to help me Hoola-Hoopsu!" my grandma shouted, desperate.

"You have to get my magic vanilla hammer that is in the kitchen, but be careful because there are vanilla monster trees."

"Ok, I will get that hammer!" Hoola-Hoopsu said confidently.

Hoola-Hoopsu went to the kitchen and saw the monster trees. He got a very sharp sword that he had for emergencies. And he cut off the branches of the monsters in one swing. He went to get the hammer but you needed a secret code to get it. So, he thought and thought until he noticed something.

"My grandma called me Icy Cream when I was little, so I think that is the code," Hoola-Hoopsu thought. So, he put in the code and it worked. He got the hammer and broke the candy in two.

"Are you okay grandma?" Hoola-Hoopsu said.

"Yes I am and thank you," his grandma replied.

"So now that your house has been destroyed, you can come and live in my house," Hoola-Hoopsu said.

So Hoola-Hoopsu's grandma went to live in her grandson's house and they were both happy.



You wouldn't believe what happened to me yesterday. First I was woken up by Aunt Petunia shouting that I had to wake up and make the bacon perfectly because it was Dudley's birthday. Dudley's Birthday! I had totally forgotten about that. Even though I was very tired, I dragged myself out of the room (well, it's basically a cupboard). I slowly went into the kitchen and I immediately saw tons of presents all piled up like a mountain on the table. Then I began frying the bacon and eggs. After I plated them up, it was very hard putting the three on the table but I still somehow managed it. Afterwards, Aunt Petunia came into the kitchen with Dudley. He immediately started counting the presents; there were thirty-six! Dudley said that it was one less than last year (well look at me; no one remembers my birthday and I don't even get any presents). I noticed that this was about to turn into a tantrum so I quickly gobbled down my breakfast before it ended up on the floor. Then Dudley started opening all his presents: a racing bike, a camera, a remote-control airplane, sixteen computer games and a VCR. I was filling up with jealousy but then the telephone rang and Aunt Petunia answered it. While she was speaking, I saw that the expression on her face was

changing to a grumpy one. When she put the telephone down she said that Mrs. Figg had broken her leg and that meant that she couldn't take him (him was me). At that point my body was filling up with happiness and excitement; I was about to dance but I contained myself. All of this meant that I would be going to the zoo with Dudley and his nasty friend Piers.

When we came to the zoo Uncle Vernon bought Dudley and Piers big chocolate ice creams but I only got a cheap lemon ice pop. It did taste quite good though. Then we went to see all the different animals but after half an hour Dudley got bored, so we went to the zoo restaurant. The food was amazing and I had had enough luck for one day but then Dudley started a tantrum because his knickerbocker glory didn't have enough ice cream, so Uncle Vernon bought him another one, and I got to finish the first! At that point I was so happy and excited; this was by far the best day ever. I was beaming and I couldn't image anything better. After that, Dudley and Piers decided that they were completely full (I don't know how can Dudley be ever full; he's just so fat; I sometimes call him a pig

in a wig) so now they wanted to go to the reptile house, which was a few meters away from the zoo restaurant (I checked on my map that Dudley gave me because he thought it was useless) so we set off to see the reptiles.

The reptile house was quiet, dark and damp. It had little windows at the top that barely gave light. Dudley and Piers ran forward to find the biggest snake because they weren't interested in all the other turtles, spiders, etc. When they found a giant snake right at the end of the reptile house, it was curled up at the end of the tank. Dudley immediately called Uncle Vernon so that he could wake up the Boa Constrictor. It didn't wake up so Dudley and Piers went away to find another giant reptile. I came up to the tank and I said to the Boa Constrictor that probably he was tired of everything and you would never guess what happened next! The Boa Constrictor spoke back to me (no one heard her except for me). Then I asked him where he came from and he pointed at the sign that was stuck onto his tank. "From: Brazil," but then he said that he wasn't from Brazil; it was only that he was bred from a Boa Constrictor from Brazil. Then suddenly Dudley noticed that the Boa Constrictor was moving so he ran up to him and then pushed me out of the way. Dudley was about to press his nose against the tank, then the glass disappeared and the Boa Constrictor was sliding away screaming, "Brazil, here I come!" Well, what happened next is pretty easy to guess. Mr. and Mrs. Dursley, Dudley, Piers and I went racing back home and then Aunt Petunia thought that it was all my

fault, so I got punished. My punishment was no food and to be locked in my cupboard and that's where I am writing you this letter from.

I hope you'll write back,

Your best friend,

Harry Potter



It was a dark night, very deep inside the woods of an enormous forest in the middle of nowhere. Not a single soul was near. It was freezing cold outside. I heard a noise. It sounded like some wind passing at the speed of light in front of me. My body was as still as a rock. My breathing was slowly becoming louder and louder every second. Starting to creep deeper and deeper into the forest, I saw something approaching. It was like a shadow... I didn't know what to do; I felt that that moment was going to be the last moment of my life. As the shadow got closer and closer I could identify its shape. It had the shape of a human, but it wasn't one. I was sure. All of a sudden, a sound was heard; my brain told me to turn around, but I didn't want to. In the end, my brain won the war and I looked over my shoulder, and the only thing I saw was a shadowy forest. When I looked in front of me...there it was, the horrendous creature staring at me. It had a transparent body, and long and nasty hair; we were two girls.

My knees were trembling, and my legs were too weak to hold my entire weight. My body ended up hitting the cold and dirty ground.

When I woke up I was in bed at the little home in the forest. I told Mum all about yesterday's adventure in the woods. That same night I went to the woods again, but with Mum. I saw the same kind of spirit again, but Mum couldn't see it. The only thing I remember after that is a pointed tool going through my body, and Mum crying.

I've tried to talk to Mum, but she doesn't listen to me; she ignores me completely. It seems like she doesn't see me anymore...



The black van loomed out of a corner and came to a halt in front of a white, square-like building. It was two o'clock in the morning but the guards in the search towers were wide awake moving their spotlights all around the fenced building. The only way in was through a gateway with even more guards and all around the perimeter there were cameras filming everything that was going on. One thing was for sure: there was something inside that they wanted nobody to see.

Out of the van came nine men all dressed in black with masks over their heads, bulletproof jackets and tranquilizer guns. They didn't want to hurt anybody but they would tranquilize them if they had to. One of the men gave a signal to the driver and he zoomed out of view making the least noise possible; it would be better if they didn't know they were coming. Each of the men had a code name, the leader's was N-Man. He signaled the group and they all took their positions, each person aiming at a different guard and then, they fired. The shots were not heard as the guns had silencers because, if they didn't, more guards would spill out of the building and their mission

would have been over. They hurried to the guard tower and took off their uniforms and weapons so that they wouldn't be recognized. Doing as planned, the group split into three and headed for different entrances to lower suspicion. The group with N-Man (N for short) headed for the objective whilst the other two made sure no guards came. N hurried down a long, bare passage with a single metal door at the end, with a little glass panel to see through. Inside were a dozen scientists dressed in white lab coats with name tags pinned to them. Some of them were working at computers but most of them were crowded around a large, circular table with a contraption in the middle. It was made up of three poles; two were vertical and the last one was placed on top. It seemed the device was not switched on since the scientists were not paying much attention to it. Luckily there were no cameras in the passageway or in the room, as what was in the room was top secret. The small group equipped their oxygen masks so that they would not be affected by the sleeping gas. N opened the door and threw the smoke grenade. All the people in the room stopped to see what was going on but they weren't prepared for what happened next. The smoke took effect ins-

tantly but one of the scientists raised his finger over a red button and just as the gas was taking effect, he pressed it.

The sound was deafening; the wail of the siren and the red lights would attract all the guards in an instant. Sure enough, they could hear footsteps and gun shots were heard as the other groups tried to hold off the guards. N and the other two quickly dismounted the device into a bag and made a run for it. All around them there were unconscious guards, which meant that the other groups were at least making their way out. They only passed a few scientists and joined the back of a group of guards who were making for the exit. In the courtyard the three separated as carefully as they could, heading for the gateway and a second later the other men emerged from the building, sprinting towards them. Out of nowhere came the bulletproof van, speeding down the driveway and they all jumped in. They relaxed as the van took a turn into the forest, away from the danger. Now they all looked at the contraption. What they had stolen from the labs was a teleporter, but it was just a prototype. Either way, they could easily use this one to match it to theirs and have an actual teleporter or, at least, they hoped so, but that is another story.



English



➤ Winner and Finalists - 19th Edition Second Category

What Am I?. Andrea Pérez Pujol-Busquets
(St. Paul's School, Barcelona - Spain) - Winner

The Universe's Complexities. Paula García Jiménez
(Academia Británica Cuscatlán ABC, Santa Tecla - El Salvador)

Change Be Not Proud. Anushka Kaiwar
(Oakridge International School, India)

What Goes Up. Nora Stone Roig
(Aula Escuela Europea, Barcelona - Spain)

Cars. Diana Ayrapetyan
(St. Paul's School, Barcelona - Spain)



I was standing there, my bare feet touching the carpet and my head pounding loudly. I headed to the bathroom leaving a trail of blood as I walked. I washed my hands in the sink, staining the water. I reached for the soap on the top shelf. As I extended my arm, an agonizing pain ran down it. I rested both my arms near the sink letting the soap slip off my hands, fall onto the floor, and break in half.

I looked up and saw my guilty and confused reflection in the mirror. What had I done?

In order to clear my head I decided to take a quick refreshing shower. I stepped off the carpet in order to get into it. The cold marble touched my feet which made me shiver. The frozen sensation inside me made me remember that night.

I was driving along the main road. One hand in the steering wheel, and the other one out the window. I could feel a thin line of air between my fingers. It was like I could now touch a limit between the sky and the road. After some minutes it started to feel different; I couldn't feel it anymore. I looked at the road. I was in the middle of nowhere, driving, with no idea where I was going and hoping I didn't run out of gas.

I got out of my clothes and got into the shower. That memory had made me nervous again, I just needed to relax. It was going to be okay.

I slowly introduced both my feet to the hot water which had now steamed up the mirror. I felt good for once after that night. But again, it didn't last long. I was late on the bills, so the water became cold within a few minutes.

I stepped out, grabbing a towel and wrapping it around me as I headed to my bedroom. I sat on top of the old mattress making an awful sound. 'Could it get any worse?' I asked myself.

Half an hour had already passed and I was still there, sitting on the bed half naked. The image of my head banging against the steering wheel kept appearing to me, my hand rapidly protecting my eyes from the glass and blood splashing my side mirror.

I was getting cold. I got out the coziest clothes in my closet and dressed slowly, trying not to touch the deep cuts under my knees.

I walked to the night stand where my unpaid bills and keys were. I sat down next to it and slowly laid my body down flat on the floor. I stared at the ceiling for hours. Observing the shadows while the light changed outside. After some time it all became dark, and I was just lying there serving no useful purpose. I felt useless. In fact I was.

"It was an accident" I kept saying to myself. The police car's siren kept ringing in my head. That frightful sound was louder every time. I could see the blue and red lights. Unconscious, sitting there. My head, bleeding. My knees cut after banging against the car keys. The thing was, I could feel nothing. It was like a dream.

Two men jumped out of an ambulance quickly. They ran over to where I was and opened my front door. One of them grabbed me, while the other one asked me questions like: "Can you hear me? Where does it hurt the most?"

They were all questions I couldn't answer. Not then, not now. I had two big profound cuts in my knees. And I wasn't feeling real pain. I just felt shivers and sudden pains which left in a matter of seconds.

I walked to the kitchen, opened the curtains and made sure there wasn't any neighbour looking. I closed the curtain and looked at one of my kitchen drawers. I wasn't sure what I was doing. But I had to know.

I quickly opened the drawer before I got cold feet about it. I grabbed a knife, and slashed my hand from my thumb to the end of my palm.

Nothing. Just a shiver. I was... I didn't know any more. I just stared at the wound, waiting for my hand to react.

"What am I?" I muttered to myself.



Deciding which flour to get may not seem like such a complicated task, but it is when you could possibly get shouted at by your mother if you don't choose the one she never specified for you to get. So here I am, staring at two different flours -one held in each hand- reading the packages and mentally debating which one is the best. I'm all about that wholeness, and whilst one says 'whole wheat flour', the other simply says 'pastry flour'; so obviously I'm choosing the first one. As much of a hard task that may have been, the hardest is now to find the way back to the cashier. As I don't like supermarkets and this one being ridiculously huge, is a great combination resulting in me not being able to find my way through it safely. I don't understand why people have to stare at me whilst I awkwardly walk around through the aisles to search for the check out, when they could help me instead. I've probably passed seven aisles and no- oh wait, wait, wait I think I see it. I start running back to the cashier, the lights suddenly go out, I cross over to the right too much and bang onto what seems like a water stand; probably due to my terrible width estimations. Great, best day ever. Getting up is harder and much more embarrassing than you think, due to the

pain and the noise of the fallen water bottles rolling away from you on the ground. Lucky for me right now, people are worried, trying to figure out what is going on with the lights.

It is strange that the lights turn off here in New Zealand, due to its rareness. I think that the last time the lights went off was 2 years ago, and because of a simple breakdown which was fixed ten minutes later. I can start sensing the unsteadiness of the place, and quickly grab inside my purse for my phone.

89% battery.

I use the phone's flashlight to start steadily walking towards the cashier. Everything is off, and all I can do now is wait.

76% battery.

I've been sitting here for over half an hour, occasionally turning the flashlight on and trying to call my family. Things have started to become weird, because not only is the electricity not working, but we aren't able to call anyone. I get up, push my cart to the side, and head my way out the door.

I stand, paralysed, as the wind gently touches my face, with no words to say. I see people running around, screaming for their lives, searching for their loved ones. I see people getting out of their cars and running to a place they consider safe. I see people just like me, standing with absolutely amazement and nothing to do. But worst of all, I see nothing. There is an absolute darkness that envelopes us all with so many questions but no answers. A darkness that calls our names but pushes us away when we get close to it. A darkness that is so little, but feels like a lot. I can't really see anything, but I can sense it all. I can sense the people running, the people screaming, the people crying. I can sense the scared people, the paralysed, and the 'out of place'. I can sense everything, but see nothing. I start running. I bang into one person and another. I trip, but I get up instantly. My mind is lost, in a place full of people.

61% battery.

I start knocking on my door furiously, to find that it was open. I jolted in, my flashlight pointed right in front of me. I see my parents, fright and weakness drenched all over them. I cry out, hugging them. They hug me back really tight, as if they had been scared they had lost their only treasure in life.

48% battery.

My parents have gone out, probably to search for answers. There is absolutely nothing I can do now, except from going

out and finding answers myself. I've been home for approximately 30 minutes, with no news or any changes regarding light. I have tried charging my phone, but it is impossible.

40% battery.

I have decided to go out. I have been useless, and I need to know what is going on. Apart from that, I need to get food.

I'm not even out yet, and I can already hear the screams and the sirens and the world calling out for help. I can hear even the slightest of sounds, because when one of your senses is in no use, your other senses work harder. I can't see the people, but I can hear them so well that it feels as if I can. I head out, and as I take my first step, someone crashes into me so hard we both fall. I hear him say; "Oh, I'm so sorry." He gets up before me, and stretches out his hand to help me up. I accept, and just as I'm up, I grab my phone and turn the light on, right on his face.

"No photographs please, just autographs."

"Ha." I laugh. "If you're so famous, how come I don't know you?"

"Jacob."

"Sarah."

We shake hands.

And we start walking, side my side, with no complications or shyness, just as if we know that there will be no tomorrow. I sense him smiling, and all of a sudden, I feel safe and secure, like we have created a bond that will hold us together and will protect us from any harm. I smile as well.

25% battery.

We have gone nowhere, without saying a word. I'm worried about my parents, and about the time it could possibly be, but I push those thoughts to the side of my brain. All the clocks have stopped working since the universe's light went off. I have my theories, but I don't know if any are correct. All I know is this is the end of life. I don't know how to put it into words, but life has lived its life, and now it is time for it to end as well. The sun has disappeared, vanished, and there is nothing we can do about it. No more nights; no more days. Just a long lasting infinity that will soon be over.

5% battery.

I am still with him, silence stealing the words trapped inside our throats. We are walking slow, not minding the people still running across us and screaming their lungs out. We walk so confidently, as if trying to assure ourselves nothing bad will happen to us. No trauma nor harm can stop us; yet I feel I'm preparing myself to die from the inside out. I put my phone back into my pocket.

0% battery.

We have sat and talked about our adventures in life, up until now, which I can roughly estimate is 11:30 at night. We both look out, still sensing the steadiness of the situation. And just as he began talking about leaving his family behind, I sailed off into my thoughts, wondering about the tomorrow that could possibly never exist.

I glance at him; he glances back. I am tired, miserable, and probably stink, but I can guarantee that I am thankful; thankful for life, and thankful for living the last moments of my life like this. I wrap my arms around him, he does too, and as we take deep breaths to soak up the situation, I close my eyes. Three, two one.



'The tweens', terrific or terrible? I just turned thirteen a few months ago. I'm yet to figure out if this transition from a child to a 'tween' and then stepping into 'The Teenage', is really a rollercoaster ride or just hype!

I believe how it actually is, will depend a lot on our attitude and outlook and how the teenage unfolds and unravels its mysteries. One thing is sure - it's definitely tough to face and handle all the 'CHANGES' which come your way one after the other. It's almost as if change is laughing at you and saying, "Let's see how you deal with this new challenge and then the next." It is like comparing life to a game show: change being the obstacle course in this game, the difficulty you face is the audience and you are the participant. When you get through this obstacle course you will have learnt a lot and widened your horizons, in spite of falling and being laughed at occasionally.

'Change, the only thing that is constant', an overused quote, so apt for me, especially this year. An entire truck load of changes just rammed into me....

Of course it all started with the usual 'tween/teen' changes of the body, emotions etc. Everybody telling you that everything is normal and it will all be good and that each one of us is beautiful the way we are! At this stage we also learn to put the blame so conveniently on 'HORMONES'. My sudden temper, tears, exaggerated responses, were all explained by hormonal imbalances. It was indeed a relief to know that all this was not permanent and that I am not deranged!

Then it progressed further and equations in friendships began to change every few months or even days. Everyone was a new person every week and at times we were complete strangers to one another. It would make me wonder what happened to the comfort and ease of the lovely friendship.

OMG! Some friends even began to have crushes and 'BOY troubles'! Are we so different now, I wondered? The confusion about how to deal with different situations and emotions which change every day is still a mystery unsolved!

Friendship, attraction, crushes, love, jealousy (the little green monster) at the same time self-esteem, studies, grades, career, dreams, right and wrong, parents, God....and so much more - sure sounds like a rollercoaster ride to me! I have been lucky to have a strong support system in the form of my parents and some good teachers to help calm my confusion and of course the 'hormones', so to speak.

Now, if all this isn't enough for a 'tween/teen,' I had to face another big CHANGE—the Death of my loving grandpa. He was very close to me and someone I really looked up to. It was numbing to know he was no more. So many questions popped up in my already overflowing brain - a whole lot of WHYS? He wasn't so old. He was a good man, Why would God (the Supreme Power) take him away? Besides this, I had to be strong for my dear mother as it was, I'm sure, a bigger loss for her. I surely wanted to be there for her just like she is always there for me.

The change in life, without my Grandpa, was quite major. Nothing could be worse now, I thought. Life sure was in a hurry to teach me more (at least that is what it felt like then). Within the next couple of months my favorite horse at the horse riding academy, 'Sincara', went away to heaven's abode, after bidding me farewell in my dream. It was shocking for me. I was broken and wanted to have nothing to do with horse riding anymore. I gave up. After having my Grandpa and Sincara taken away

from me, I felt like I was doing something wrong. With the loving guidance of my parents and teachers began to bring out the innate positivity in me again. I made friends with 'Field Smasher', another loving and beautiful horse and he too played an important role to bring about a positive change in me.

Things seemed to be going just fine at home: school, friends, studies, horse riding and my world seemed perfect. But once again 'CHANGE', decided to knock on my door and entered to make big waves!

On one not so fine day, my dad announced that he was changing his job and we were moving to another state. I could not believe it. He went on to explain the details but the rest of his words fell on deaf ears and my eyes welled up the minute I heard that we were moving. My heart missed a beat and then I had palpitations each time anyone spoke about the move.

The mix of emotions is something I'm still trying to figure out. It was like the dispersion of light we studied in physics. Light when passed through a prism splits into a spectrum - all the colors of the rainbow. My emotions were a mix of anxiety, anger, sadness, apprehension, happiness for my dad's success, hope and a whole lot more. Later I realized how one can experience tears and later find the happiness that they deserve. This is much like

the formation of a rainbow because there has to be rain along with sunlight to form.

With a lot of help from my parents and teachers, principal and friends from my old school, today I am in a better position to deal with this major change. My old school let me attend as a special case just to help me feel secure. I am so grateful to them. This made me realize that I have the best of both worlds. I realized that I am blessed and indeed a very lucky girl.

This is what I learnt and would like to share with all my peer group :

- Every single thing about change isn't always good and it's okay to be sad or disturbed for a little while. The sun always comes up, sooner than later!
- Change is difficult, in the initial stages, then again almost everything is tough initially, even a new hobby!
- The thing we find scary about change is the fact that things that are familiar aren't going to be there anymore.
- We fear change because it takes time and effort to create the same familiarity again. To like something or someone TIME is the essence and key.
- We don't need to , and in fact shouldn't try to, forget or block out the old times. We should instead treasure it

and focus on building the new. Our memories support us and give us strength and we can fall back on them from time to time. They help us deal with change.

- When there is change we generally think of the things we have to give up rather than what we can gain by the change!
- There is no perfect life, only perfect moments as we learn to live in the present .
- Like I read somewhere, Change is like a long staircase and we can't see the top, but we still take the first step. When we decide to take the first step almost always everything turns out to be just fine .

So , when we learn to look at change positively, we can look change in its eyes and say, "CHANGE- Be Not Proud....you always seem difficult and scary but You are Not So !"



Finalist Second Category

What goes up. Nora Stone Roig
(Aula Escuela Europea, Barcelona - Spain)



When I was seven years old, my mother, following who knows what impulse, decided to skydive from a small airplane in Ontario, a few miles from Ottawa (where we had been staying that summer). As I saw her board the plane, together with one of the more adventurous of my aunts who had decided to go along with her, I began to sob uncontrollably. My father and uncle did their best to comfort me. They kept attempting to reassure me, telling me that they were sure that everything would be ok, that my mother was completely safe. But what they didn't quite understand was that I wasn't crying because of the fear of never seeing my beloved "mummy" again. I was crying because I wanted to be the one jumping out of that tiny airplane. I wanted to be the one to soar, the one to feel that euphoric freedom that I had always dreamed of. But I could not. I was too young.

Ten years have gone by since that day, and today, I am the one to jump. I jump fastened tightly to an expert, but I jump nevertheless. I jump, and time stands still. I cross the invisible barrier between the safety of the plane and the menacing

outside world in slow motion. And then, in less than the space of a heartbeat, the whole world turns upside down.

All around, currents of icy air jab at me like frozen needles, and deafening noise pounds my ears. It's as if Zeus himself were howling at us, furious at us for trespassing into his sacred territory. I find myself drowning in this dizzying, thunderous buzz that seems to be drilling a hole through my eardrums, and which refuses to let me think clearly. And the speed! The extreme velocity intensifies with every passing instant.

At first, it feels as if my stomach has come loose from the rest of my body, and can now float freely around my abdominal cavity. But as I begin to accelerate, that feeling disappears, and the sensation of lying on my stomach, on the ground, takes over. Except that there is no ground, only wind that tries, in vain, to hold me up.

After what feels like an eternity, the world goes back to normal. The parachute does its duty, and we begin placidly floating downwards.

I finally get myself to open my eyes. And as I start to look around, my breath is taken away completely. From up here, I can see the whole world unfolding around me. Despite my evident powerlessness, I get a strange feeling of absolute control over the small blue planet that I call home, as if every single tree, every rock, stone, animal, or human depended on me, and I could control them with my will. As if all the matter in the cosmos was in symphony with the beating of my heart. This is, undoubtedly, the most petrifying experience I have ever lived. And yet, it is the most stimulating as well.

Down on earth, glittering constellations made up of street lights, car lights etcetera form colossal galactic cities. Around them, men, women, children, cars, and buses flutter frantically like flies, moving closer to the light as if in a trance.

Everyone down there must be under the impression that a small human is moving rapidly towards the ground. Any observant person who has noticed me must think they see me succumbing to the intense attraction that every single inhabitant of planet Earth feels in their bones. Like an overprotective mother who refuses to give her children the chance to go out there and discover the universe, they think that Earth forces me to rush back to her loving embrace. But I disagree.

From my point of view, it isn't me who's going back to her. She is the one who is soaring up to meet me. And I suddenly realize that I'm no longer scared of her. I welcome her, like an old friend. Gradually, I let go of everything. All my fears, all my hopes, all my dreams, all my memories... Everything that makes me who I am slowly fades away; the last remnants of my essence will remain up there. I give up. That freedom that I wished for as a child now seems comical and naive to me. What I most desire is to return to mother earth. For, what other choice do I have?



My hands were holding on to the wheel. The radio was keeping me company while I drove at 90mph. I looked down those country lakes, and those green fields. I knew I was going to miss everything about this place. Not only the calm weather and the blue lakes, but also the old roads, the feeling of the first ray of sunshine peeking through my bedroom window, and even the old bars, where I held my darkest secrets and my sweetest lovers. But I wouldn't miss that feeling that made me feel unsafe at night. The feeling of loneliness. But most importantly, the oceans of thoughts about her wouldn't haunt me anymore. I was going back. Back to the dry, old, broken city. Back to the best years of my life, but this time I was a bit older. I was going back in time, but in the present.

I still remembered everything about there, about them, and about her. I remember the feeling I got when I first tasted the perfume of the old road when I fell down. I remember the smell of my favourite meal, cooked by my beloved mother. I remember the way that she made me feel, it was unreal. I remember every single one of my friends. One made me laugh, making me feel reckless. One made me feel as young as an adult can feel. One made me feel accepted. One made me cu

rious about life. But, one of them helped me when I most needed it. Now one's living life and traveling around, one's happily married, one's one of the smartest people I know, one's not doing so good, but money will never be a problem to them. But, the last one is still stuck where we all started.

I turned the volume of the radio up, and I felt chills in my bones. I listened to the song closely, and my head was struck with a whole new universe of thoughts. I was always holding on to her. I breathed in and tried to fight the depressing yet amazing memories that were bubbling up inside my head, and focused on the road once more. I was going home.

We were gifted with thought, yet we don't use it as much as we could. We ignore it, because we can't physically see it. Some people don't take the time to think. I've always thought that that's because that would only remind them of how alive they are. It's amazing how thoughts can make you travel in time and freeze it. Time machines do not physically exist, but there's one stuck inside my head. Time doesn't exist, yet I seem to travel back in time a lot. Maybe time's only a blank space where all your memories are filled. One's memories are

precious. Don't think about time as numbers. Think about time as a place where you can float on thoughts, freeze on memories and suck on those scenarios that your mind makes up. You are able to kill time. You can pause time. If you feel like it, fast forward time. Don't let time limit your decisions. Don't use time as a limit. Use time, don't let time use you.



English



➤ Winner and Finalists - 19th Edition Third Category

Murphy's law. Khushi Kohli
(Macleans College, Auckland - New Zeland) - Winner

Melancholy At Dusk. Ganesh Viswanathan
(New Horizon Public School, Navi Mumbai - India)

Shadows. Carmen Nagore Bermejo
(Plaza de la Cruz, Pamplona - Spain)

About Peace And Other Broken Promises. Pau Canivell Gàmez
(IES La Llauna, Badalona - España)

The Last Wish. Ritika Prabha
(Government Girls Higher Secondary School, Gardanibah - India)



Murphy's law states that "If something can go wrong, it will."

You were always that something.

I should have known, it was so clear. From the way you never used to walk, you sauntered. It was like time was simply a concept someone made up a long time ago that was never meant to be enforced, with deadlines merely being notions that could never be imposed on you. Every reparation that you were faced with was shrugged off because you knew there was nothing that could get you to change your ways. Not even for me. But when you did finally show up, you brought your melancholic presence with your ever present smirk. I hated that smirk. I would make fun of every girl that rhapsodised about how enigmatic and mysterious it is, but that would make me a hypocrite as my naive self fell for it as well. But wherever that smirk went, trouble followed and you wreaked havoc.

"The opulence of the front office decor varies inversely with the fundamental solvency of the firm."

Your 'office decor' was false bravado. Shoulders taut, clenched jaw and eyes locked. Too bad everyone's so distracted by your decor to realise how much of a coward you

are. That the fact that confrontation scared you because you were never bold enough to take the risk nor to own up to the issues at hand. You would skirt around

issues as if one wrong move would send you teetering off the edge, so you just avoided them all together. You were good at portraying splendour and using opulence as a cover so no-one ever looked into how your 'fundamentals' were lacking and that your 'solvencies' were short sighted and short lived. How could I forget though, nothing really mattered to you did it, as long as you looked good doing it?

"Left to themselves, things tend to go from bad to worse."

All those issues you skirted around or left hanging, piled up in a corner and their presence constantly loomed over us. I clearly remember that averted look, the pause and then the not so subtle change of topic because you didn't really feel like discussing things. I realised earlier on not to prod or bring up anything deeper than surface level small talk, so I pushed them aside and left them there to collect dust. But of course,

it was like paperwork you keep neglecting at work even though you

know it's due soon; you can't just fool yourself into thinking it doesn't matter because

it does. So like neglected paperwork, we just stuffed issues inside a cabinet to be forgotten and out of sight until there was no more space in the cabinet and it burst. By that point, like the cabinet, our relationship was damaged beyond the point of repair.

"Matter will be damaged in direct proportion to its value."

I guess I valued you more than you ever valued me, because it didn't even slightly pain you when you cut me off as soon the prop walls in your 'office' fell, along with your facade. I was just another prop to help create the perfect image you strived for, which is why my value was temporary. Simply there to help cover up the fact that you weren't as perfect as you like to portray. It was obvious you never cared, you hopped to the next girl the minute we broke up. It pains me to say to you that leaving did hurt, and it did affect me.

Because I cared about you, I really did.

"Smile. Tomorrow will be worse."

I realise we were too different. A collection of polar opposites, even a whole anthology of paradoxes. We were not meant to be, and maybe all that drivel about constellation,

stars, fate, luck and destiny were true. Our stars were too distant to form the constellation that held the fate of you and I.

Although you left me broken and bruised, I've been able to take something away from the ashes of our relationship.

Thanks to you, I now understand the importance of laws - to ensure nothing bad happens and keep order. But I was abiding by your laws, which only safeguarded you.

Maybe it is time I make my own.



The call for evening prayer could be heard over the noisy city of Bastan. Cars moved sluggishly in never-ending lines on the dusty roads. Street hawkers called out to the pedestrians, inviting them to sample their dishes or stop for a cup of tea.

Young boys lugging around their wares set up little stands and arranged their merchandise on display. The sequined skirts, bright scarves and boxes of jewellery were lit up under the naked bulb that hung loosely from the frame of the makeshift shop.

Along the whole of Masjid Road wafted the delicious smell of freshly made snacks – crispy samosas, flavoured bread pakoras and mint chutney to go with it. A small commotion surrounded Sadiq's stall whose famed samosas were known to bring the Nawab of Lucknow to his handkerchief-sized shack. The hot oil hissed while he put in a new batch of the delicacies to fry. Once evenly golden, he strained the samosas and put them out to cool before he wrapped them up into newspapers for his customers to take home.

The market place had opened for business. The polite demands for bargains were met with courtly refusal – leading

to more pleading or hostility. The occasional buyer could be heard reminding the sellers that they were indeed regular customers and making promises to introduce their friends to the exotic carpets that were displayed.

People whirred past, making their way to the buses, trains and tongas that connected Bastan to the rest of the Province. The odd pedestrian who stopped abruptly was reprimanded, "In the name of Vishnu, why have you stopped in the middle of the road, you oaf?" The distant Aarti – Hindu prayer- where people wore vibrant saffron and chanted in unison with the low thumping of the drums, the clear ringing of the temple bell, and the rhythmic clapping of the hands could be heard faintly.

Amjad sat in his master's car that was parked a little distance from Sadiq's shop. With his boss, Mr. Khanna in a meeting, it would be past 10 o'clock before he reached home. He looked in the mirror to find a pair of glassy eyes staring back at him-expressionless and tired. He massaged his temples with his cold fingers. His eyes and throat had dried up, preventing him from crying or talking. The lines on his forehead furrowed in-

to his face. He had been a handsome young man with a shy smile playing around his lips. The days of his youth – not that he was old yet- belonged to a time that felt so far away that it strained him to think of it. He was certain it was yesterday that his daughter was born – a happy infant who had looked around the room with keen wonder. He looked at his little finger that she used to hold while walking with him in the bazaar where they bought the week's groceries. He would take her to Sadiq's shop to buy her a tiny samosa that was specially made for her.

Time had played its mysterious tricks on him – decades flew by before he realized his little girl wasn't little anymore. His wife was the one who had broached the subject of their daughter's wedding.

"What nonsense, Shazia! She's still a little girl. Surely you don't think now is the right time to look for a groom!"

It was a few years later that Namrah spoke to him about it herself. He bought her wedding dress with the advance pay that Mr. Khanna had given him that year. Unbeknownst to his wife, Amjad dabbed a kerchief to his eye when his daughter left for her matrimonial home. The gloom that had spread across the sky when his daughter had left was similar to the melancholy that hung in the air that evening. The moon was faintly showing against the sky which was turning inky blue.

When Amjad walked to Sadiq's shop, he was immediately recognized. Sadiq asked his nephew – a careless boy of fifteen who looked longingly at the frying oil and forgot to flip the pakoras even as they burnt – to handle the customers.

"I'll be back after the prayers, son. Do be sure to turn off the stove," he said hurriedly as he washed his hands and wiped them on the towel in the back of his shop. Away from the heat of the cooking and into the cool air, Sadiq looked at his troubled friend and embraced him. Wishing God's peace upon each other, they spoke of the events of Amjad's day. He had woken his friend up from his afternoon siesta to ask him of the whereabouts of Amir, the travel guide in Bastan who arranged people's pilgrimage to Mecca. A groggy Sadiq replied that he hadn't the faintest idea.

"Sadiq, my brother, he ran away with my savings for Hajj."

The bed that Sadiq slept on squeaked as he jumped out of bed – his eyes wide open in terror.

"In the name of God, tell me you are not serious!"

"I promise you, Sadiq. I looked in his shop and didn't find him there."

Sadiq had asked his friends to look for the man at his home only to find that he had packed everything except for the lock which bolted his door and left for the west winds. A search for hours led to nothing fruitful for no one knew where or

when he had left. Amjad drove his master to his afternoon meeting and waited for word from Sadiq. By evening, when he returned, there was a small pool of people who had gathered outside Amir's office. Each haggard face bore a look so distraught that it scared Amjad to look in a mirror lest he see the same expression on his face.

When someone had hinted for the first time that Amir had run away with the money, Amjad felt his knees give away. His eyes tore open. He kneeled on the ground with his face in his hands. He thought of his family – the image of his wife and daughter from their trip to Agra a few years ago appeared before him. When he told his wife, he saw the colour drain from her face. She put her cloak around him and cried in anguish. It had taken both of them years and years to save the money for pilgrimage. After the repayment of the loan they had taken for their daughter's wedding, they had made it a priority to set aside funds for the journey. Amjad's wife cried and consoled her husband. She covered him in her cloak and embraced him while he stood next to her, shivering. It was a while before she sat down on the carpet with a look of shaken disbelief. She put her head down and the soft fabric bore the stains of her tears. Soon enough, she lay down in exhaustion and fell into dreamless sleep.

Amjad made his way to the beckoning call of prayer. His feet washed, he walked on the cool floor and joined his fellow bro-

thers as they bowed in the direction of the holy shrine. He felt the noise of the city drain away as he lay prostrate in reverence. His palms outstretched in devotion, he chanted his favourite verse:

And be patient. Indeed, Allah is with the patient.



The world we live in is ruled by prejudices, rivalry and ignorance. But it is possible to change it.

Alex was a quiet boy, nearly eighteen, who was in his last year of high school. And he hated it. But he was special; he had an important secret: he liked a girl. He had been lying to himself, refusing to accept it at first, but months passed and Alex realized he couldn't deny it anymore. He was heterosexual, and he knew that, if known, that would cause him lots of trouble. That is why he didn't tell anybody.

Society was pretty narrow-minded. Every couple that wanted to get married had to be from the same gender, and if they wanted to have children they had to go for adoption or for artificial fertilization. Alex's mothers were very conservative people too. They raised him and his little sister following the traditional principles: homosexuality, atheism and race. But one day he made a mistake.

He was in the school gym when the bell rang announcing the end of classes. Everyone left quickly, but he was still taking his bag when the sound of footsteps approaching surprised him. He turned around to see Diana walking towards him.

-Hi, Alex –she said, smiling. Diana Miller, the girl who had the most beautiful smile he had ever seen, had actually noticed him outside class. But he wasn't supposed to think of her that way. She was his classmate, not even his friend. But most importantly, she was a girl.

-Oh, hey –he mumbled, nervously. That girl was driving him crazy.

-I forgot my coat in the changing room –she explained.

As soon as she was ready to go, Diana approached him.

-I'm going home now, aren't you? –she asked while putting on her jacket.

Alex nodded.

-Shall we go together?

-Yeah, sure.

During the walk, Diana told him so many things that he could barely respond. She loved talking, and she did it a lot. But Alex wasn't paying attention to her words. He could not stop

looking at her, the way she spoke, how she moved her hands while doing it, the sparkle of her dark eyes... And time passed really fast.

-This is it –she stopped walking-. This is my house.

Alex looked at it. It was a nice place with a big garden and flowers behind the fence. Diana brought him back to reality.

-I'll see you at school tomorrow –she said.

And she smiled again. But at that point, Alex couldn't control himself. He wanted to kiss her so badly, that he didn't even think about what he was doing. Before she walked away, he moved closer and he kissed her on the lips. It was short and fast, but he did it. And it felt nice. But he regretted it almost immediately.

Diana pushed him aside as soon as she realized what had happened. Her eyes were wide open; anybody could have sworn she was horrified just by looking at her expression. She slapped him on the face.

-How dare you? –she shouted, moving away from him. Alex didn't say a word. He couldn't- I should have known; you are so weird –Diana stared at him angrily-. I am going to tell everybody! –she yelled.

Alex was breathing heavily. Sweat covered his forehead. His hands were shaking and his heart was beating so fast he thought she might hear it.

-I am going to tell them you are straight!

He looked at her startled. She wasn't just upset, she was truly mad at him. Alex turned around and started running away while Diana kept yelling at him.

-You are a monster! –she said.

The moment he got home he locked himself in his bedroom. He was holding his tears back. His life, especially at school, was going to be a nightmare. He knew what happened to heterosexual people. And he was right.

The next day at school, most of the students moved away when they saw him in the corridors. But there were others much worse. They called him names; they made fun of him... A boy even tried to shove him. But for Alex, the worst part was the "correctional", as they called it. It was a punishment. This was a place where people who were different from the rest -which meant religious or not homosexual-, were obliged to go. Alex thought it was like a psychiatric ward; they wanted to cure them.

The first time he went there, he discovered he wasn't alone. He had to wait in the clinic's waiting room, and there were more people there too. He sat next to a young woman.

-What's your crime? –asked Alex, joking- If I may ask.

She glanced at him for a moment, so he used that few seconds to analyse her. She was dark-skinned, she had brunette hair and was in her late 20s.

-The same as yours, I guess –she replied-. I'm straight.

-How do you know why I am here?

The girl laughed briefly. Then she looked at him again.

-You don't look like a Muslim or a Jew, so the last reason for you to be here if you aren't religious, is that you are not homosexual –she explained.

-I could be Christian –he answered.

-But you aren't –she grinned at him-. I'm Claire.

That is how they started talking every day in the waiting room of that hell. The psychologist always said the same. And Alex was more and more certain that there was nothing wrong with him.

-The first thing they say is that this is a just a phase – Claire told him once-. But it isn't. And when you get to know that, they start talking about a disease. They make us come here because they want us to be cured, so this may be the treatment. But we don't need a cure. They do.

-Who are they? –asked Alex.

-Society –she confessed-. “Normal” people. They are the ones who need to heal.

-But, how?

-Through education, Alex. That's the key. We are educated in what the powerful want us to think. They make us think what they want –Claire watched him thoughtful-. What do you think?

Alex considered it for a while. He had never met someone who thought like that and actually expressed it without concern. And he liked that.

-I think society is blind –he said.

-Society is blind on purpose.

-But we can change it –replied Alex-. We need to change it.

-I am sorry to disappoint you, but you cannot modify the educational system, Alex –answered Claire, sceptically.

-Maybe I can't do that, but it is time to show them something, and I have an idea.

-What sort of idea?

-A good one. But I need your help.

To celebrate the end of the school year, the school organised a performance for everyone who wanted to see it. That was the perfect opportunity for Alex to show them what he really thought.

When the public started clapping, expecting a play like every year, a big screen appeared on the stage. Suddenly a spotlight was turned on and two people showed up, everything behind the white screen. That way, the public was only able to see two human figures, two shadows. They were holding hands. Then they hugged and left. Right after, two more shapes got behind the screen, doing exactly the same.

The public didn't understand what was happening. They could only see those shadows hugging and holding hands. They knew nothing else.

Then all of them, who had stood behind the screen, appeared there again, holding hands. There were fourteen people altogether. Finally, all the lights were turned on and the actors walked to the front of the stage.

The public went crazy. Alex and Claire were there, they were the first couple who had appeared. And there were more people with them: boys, girls, Muslims, Christians, Jews, some of them were black, the others were white...

Alex took the microphone. He was feeling confident.

-This is the reality –he said. There was absolute silence-. What you have seen were only shadows. People's shadows. And all of them were equals. None of you knew if they were a boy and girl, two boys or two girls. None of you knew if they were black or white. You didn't know if they were religious or atheist. Because it doesn't matter –Alex was excited. He knew his words very well-. It doesn't matter whether you love a man or a woman. It doesn't matter at all, because the important thing is our race: the human race. Not black or white people, just people. The shadows, the essence of the human beings, are always the same. And it is okay to love a boy or to love a girl, regardless of your own gender. It is love, that is what really matters, and love is what keeps us alive.



You may think that celebrating your birthday during a war can't be an enjoyable thing. You have no idea of how wrong you are. Amusement can be found even in the most remote place... as long as your eyes sew up all the wounds we are surrounded by.

My big brother, whose name is Nadym, made up an entrancing game that we play all day, every day, since it all started. It consists of running towards him and then hugging him under the biggest table of the living room. When I am in his arms, I have to close my eyes and put my head against his chest. That's when I always hear his heart beating fiercely. We play the game every time we hear a deep noise from the sky, when the roof shakes or when we simply feel afraid. Despite being only eight years old (well, today I've proudly turned nine), I believe that he only wants to play this game because he's scared of bombs. I know it because our parents were also.

For my birthday, I only wanted the figure of Larna Sowsky, a fictional superheroine who was able to beat all her enemies without any superpower. I saw the toy that inspired me for

years in the store window of Ergo Laster, which was situated three streets away from our house. I knew it was difficult to get permission from my brother to go and buy it with part of the savings we had made over the last four months, but I asked him anyway.

- It's too risky - Nadym answered calmly - We cannot know when it will happen, but it will, so you will stay at home by my side.

- I've been dwelling in this mournful house for five months, working, barely eating... - I tried to find the most appropriate words, but I was out of control - ...and playing your stupid game over and over! I need to go outside and buy my birthday present. You promised me, Nadym.

- I have never promised you something like that - he affectionately put his left arm over my shoulder - If we went outside, how would we be able to win our game?

I nodded to him, but I had no intention of living another day without the Larna figure. I knew it was only a toy, but I also knew it would give me strength to keep fighting against the

toughness of those sorrowful days. I took advantage of a Nadym's moment of distraction: he was trying to fix the front door. I went to the kitchen and pushed aside the blanket that my brother used to cover a tiny hole that connects our house with the outside. The scarcity of food of the last few weeks allowed me to fit through it. When I was finally outdoors, I took a deep breath to inhale the soft breeze that I had sorely missed during the last months. Then, I ran desperately to the Ergo Laster shop with the money in my left pocket. I was stepping inside the shop when I heard a tremendous noise falling from the sky. I lay on the floor of the toy shop and, protected by its shelves, I closed my eyes with the desire of a body to hug. My heart stopped for a couple of seconds... until I realized that the bomb hadn't exploded where I was. I've never felt more relieved in my whole life.

After the terrifying experience, I didn't want to buy the figure anymore. From that moment on, I was aware that the only thing I needed was my brother.

I remembered the day our parents died. Nadym hadn't even had time to assimilate their loss as he was already plotting how to bring food to our inhospitable house in order to feed me. My brother said I was the only reason he had for staying alive. That's why he stole, argued or even fought against our own neighbors. Nadym always wanted to keep me safe so he told me that he was working to get the food he was giving to me... But I saw the scars on his humble face and knew what he was really doing, although I never told him.

I ran back to our house while thinking what I was going to say to Nadym. I decided to tell him how sorry I was and to promise that I had the intention of living with him at home forever, without any complaint or thought of running away. I just wanted to say how much I loved him for protecting me every day since our parents left.

When I was only one street from home I saw that the whole area was wrecked. The houses had been clearly damaged by the noise I had heard before. My soul crumbled into a million pieces and I knew that they were never going to join together again.

Our house was unrecognisable, the wall where the door was had disappeared but it wasn't the only thing that had gone. At that moment, I just wanted to find my brother but I couldn't see him. "With a spark of luck, he could have escaped in time", I repeated to myself. I entered the kitchen and smiled when I saw the tiny hole, the only thing that remained. I shouted my brother's name with all my strength while entering the living room, but nobody answered. I looked closely at all the rubble I was surrounded by, and glimpsed something amongst the pieces of walls. I sunk my hands into the wreckage and when I got them out I noticed that they were stained with blood. Nadym was there, covered with all those pieces of what before had been our house. I spent all my efforts getting him out of there. He was eternally sleeping. I tried to let my eyes burst into tears of pain, but the only thing I was able to do was break my lips into a wide grin when I saw what he was

grabbing. He didn't want me to buy my beloved heroine's figure because he already had it. He was just waiting for me so as to give me my birthday's present. At that moment, I realised that I was losing consciousness.

I don't know how long I fainted for, but when I woke up I thought I was in the bed I used to have when we lived all together without war. Practically, I have no memories of that peaceful time. When I saw my brother lying on the floor, next to me, I did what he used to tell me to do every time I felt afraid.

I wrapped myself in his two arms and we won the game for the last time. That time, however, his heart wasn't beating.



The sunlight was sparkling brilliantly against the wide expanse of water which was Ganga. I was mesmerized by the beauty of the common, everyday scene which unfolds here every afternoon. It was another busy, bustling day by the Ghat* here in Varanasi and even though I have lived all the seventeen years of my life here, I can never get bored of this...

“Megha...Megha!”

I do get annoyed every once in a while though. I stared at her and she asked me to look. So I looked and there standing near a golgappa* stall (eating and laughing like the happy couple they were) was my Ragini didi* and my most cool Jija ji!* “Isn't that your older cousin and her husband?” Khushboo was looking at me expectantly so I nodded my head. She smiled wistfully. “They look so good together...” She is my best friend from college, so for the sake of respect for her feelings I didn't roll my eyes. “Come on. You are just close to being eighteen, lots of time to find someone to look good with.” Grinning from ear to ear, she pulled me down towards the edge of the water to sit on the steps. “Say, haven't you indicated that there was a big mess attached to getting those two love-birds

together for life?” she said, looking at me with imploring eyes, a star-struck look. I did roll my eyes this time. “Always the sucker for happy-ending-love-stories...”

“Aww! Who isn't?”

Sitting down on the steps, I closed my eyes for a bit, trying to decide the starting point of this 'happy-ending-love-story'. I stared up at the crisp blue sky, feeling the expectant gaze of my friend's boring into my left temple.

“Well to begin with... It wasn't really a love story from the beginning. The hero or heroine were not in love with each other, not even one sided or anything like that.”

Khushboo made an incredulous face but encouraged me to go on. So I continued.

“It started with my grandma, actually. Srimati Kalyani Joshi. She was respected a lot, not just by our family but the ones around us as well. A woman of discipline, tradition, intellect and wisdom, the head of the family. A staunch supporter of womens' empowerment, equality and such. In her off white

or mild coloured cotton or khadi sari, with her tawny skin and hair that refused to grey too much even at the age of sixty nine, she has an impressive aura, you see. Well...to describe her easily, she was a woman steeped in tradition but with a positive outlook towards future and modern thoughts. She was just critical, I guess. Wouldn't just accept anything just because it's what the masses are doing or it is modern to do so." I looked up at Khushboo's face and saw her enraptured in the tale. "She showered the three of us with her heart. Ragini, Suraj, and me; her grandchildren. Tough love when needed as well." Khushboo chuckled knowingly at that, putting her elbows on her bent knees and placing her chin in her palms.

"Ragini was especially special. The oldest daughter of our family with a very bright future. Decisive, strong-willed, smart, and beautiful. Grandma was so proud of her. There wasn't a day when she hadn't talked about Ragini with pride. My Shulekha Aunty, the eldest daughter in-law, Ragini and Suraj's mother had a special bond with grandma. They were very like-minded and very close too." Khushboo was looking at me with such concentration. If only she could put the same concentration into her studies... I laughed internally at the thought. "But my grandma was concerned for Ragini. She saw her as too driven by career and Ragini was becoming increasingly proud and arrogant, given her continued success. Grandma was worried that she is moving away from real happiness, whatever that may be. She thought that Ragini needed someone to balance her. Shulekha aunty agreed with

her wholeheartedly. And my lovely grandma, she had just the person in her mind to achieve that balance."

Khushboo clapped her hands like a five years old kid! "Oh! Now this is where the hero comes in, isn't it?!" I shook my head in amusement and disbelief. "Hm...technically. Ajay Shastri, the oldest son of the Shastri family. They are our close friends. My grandma held Ajay in very high regard. He did deserve to be held there though. So good natured and smart he is. A reserved but well-loved person, polite but firm. All in all grandma liked him a lot. We all do."

The dull ache came back in my chest as I remembered that accursed day my grandma died. "It was over two years ago, my grandma had a heart attack. It was a very serious one. We rushed her to hospital. Our collective breath has been held for the time that she remained unconscious with the doctors hovering near her. Ragini was in Mumbai, pursuing architecture. She had been called and was on her way back instantly. After a while the doctors said she is alright and out of danger. We were so happy! By the time Ragini reached us she was looking okay." I felt Khushboo's arm wrap around my shoulders as they shook. "It was so sudden." I took a deep breath. "She has been discharged from the hospital. Ragini hadn't gone back yet and Ajay was visiting us that day as well. We were all talking in the living room, when we heard Shulekha aunty screaming for help from grandma's room. We all rushed there and saw grandma clutched in my aunty's arms. She was having a severe cardiac arrest. My mother called the doctor in a

hurry. We were all so frantic! Grandma grabbed Shulekha suddenly and everyone became quiet, deep down we all knew that this was the end. My grandma had a fierce expression on her face. She looked my aunty in her eyes and said in the most firm but breathless voice, 'Shulekha, It is my most beloved wish to see Ragini get married but I don't think it's possible anymore. So, it is my last wish that my Ragini be married to Ajay. I do not have much time to explain as to why I took this decision but I want you all to fulfil my wish. Promise me, Shulekha.' I don't remember what Ragini's or Ajay's reaction were to this, probably shock, I guess. Both of them were childhood friends. After few minutes she was rushed to the hospital and after just over ten minutes there, we received the news that she is no more." I sighed and we straightened up. The sun was getting close to the horizon. "The coming days after that was mostly a blur of lots of people, funeral arrangements, tears and confusion. I was quite bereft. We were all just waiting for the inevitable. For seven months the silent tension kept brewing. Everyone consented to the marriage except Ragini. It was during Durga puja holiday, when Ragini came back that Shulekha Aunty and Uncle talked to her about marrying Ajay. As expected a big argument erupted. Everyone was very hurt by this, it was grandma's last wish before death after all. Ragini was very upset and torn. She loved grandma a lot but marriage was too big a step. She was very confused and hurt."

"It was the seventh day of the Puja that my aunty came out of Ragini's room crying and holding a letter. It said that she could not give consent for marriage and that she is going back to Mumbai. Ajay and his mother were present at our home during this, for the celebration. We all decided that she must be at the train station. Suraj bhaiya*, Ajay and me ran for it. When we reached there she was sitting on a bench waiting for the train. Suraj was ready to scream his head off at her. He was so angry! It was Ajay who stopped him. He asked us if he could talk to her. And he did." I smiled at the good memory.

"And now they are married and by the looks of it quite happily for the last half a year." Khushboo beamed at me. "Yeah" I nodded, "not only that but Ragini has also achieved that balance that my grandma was aiming for, at least I think that was it. She is very happy. With a great career too."

"Wow...love through arranged marriage..." Khushboo whispered with a faraway look.

I shook my head at her as the sun began to set behind the Ganga, painting the sky and the water in a myriad of colours.

"Of course, it's India after all." I stood up and offered her my hand. "Let's get back home!"

End.

Meaning of Hindi words used (*).

Ghaat – Cnonstructed embankment of a riverside.

Golgappa – A popular Indian snack. Known by many other names as well.

Didi – Older sister.

Jija Ji – Brother in-law

Bhaiya – Older brother.